
UN
caballero bajo
EL
muérdago
CATHERINE
KEAN

Un caballero bajo el muérdago

Una novela romántica medieval de Navidad sobre una segunda oportunidad

Catherine Kean

Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Epílogo

Extracto traducido de A Knight’s Temptation
Acerca de Catherine Kean
Libros de Catherine Kean

Capítulo uno

Lincolnshire, Inglaterra.
Julio, 1187.

"Lil, ¿qué piensas *realmente* de Ren?"

Lady Liliana Thornleigh, de doce años, flotando felizmente boca arriba en el estanque del bosque, iluminado por el sol, exhaló un profundo suspiro y agitó los brazos para incorporarse. Su camisola de lino mojada se abrió por delante, amenazando con exponer sus senos. Aunque estos eran pequeños, y ella prefería comer arañas que desnudarlas. Agarró la prenda y la volvió a colocar en su lugar.

Agachada en el agua, quitándose el pelo húmedo de la cara, miró furiosa a su amiga que estaba cerca. "Acaso, ¿por qué tienes que hablar de él?"

Ren era un truhán molestoso y arrogante. Cómo deseaba ella que él entrenara en otro lugar para convertirse en escudero. Después de todo, estaba en Maddlestow Keep solo porque su señor padre lo había acogido generosamente, cuando el propio padre de Ren no podía soportar vivir con él.

Pasar la tarde nadando en este estanque aislado, cerca de la fortaleza, un lugar al que sus padres la habían llevado a ella y a su hermano mayor cuando eran más pequeños, tenía como objetivo escapar del castillo y del calor abrasador. Por una tarde, ella esperaba estar libre de Ren. Y, sin embargo, su mejor amiga, Lady Averil Mansfield, había decidido hablar de él.

Liliana frunció el ceño porque Averil estaba sonriendo. No era cualquier sonrisa. Más bien, sus labios se curvaron en ese gesto petulante que revelaba algún un secreto.

Ella retorció su largo cabello rubio en una cuerda y se lo echó sobre el hombro izquierdo. "Está bien. ¿Qué estás tan ansiosa por decirme?"

Averil miró hacia el agua y pasó los dedos por la suave superficie. Su sonrisa se amplió.

"¿Bien?" Insistió Liliana.

"Creo que le gustas a Ren."

Liliana gimió. "No digas tal cosa."

"¿Por qué no? Es la verdad."

Liliana metió las manos en el agua y dijo: "Ren es un tonto impetuoso. No puedo entender por qué mi padre lo tolera."

"Él es el mejor amigo de tu hermano."

"No hay razón para que mi padre aguante las bromas de Ren, especialmente cuando la mayoría de sus travesuras van contra mí."

El calor azotó el rostro de Liliana. Ella había soportado tremendas humillaciones por culpa de

Ren. Primero fueron los cardos metidos en las puntas de sus botas. Descubrió esas fastidiosas molestias cuando, estando apurada para llegar a la misa de la mañana, metió el pie en la bota y gritó de dolor. Luego, la rana que dejó caer en su regazo, en la comida del mediodía, durante la visita de Lord y Lady Kendelson. Incluso cuando Liliana gritó de sorpresa, la pobre criatura saltó encima del mantel, el plato de verduras asadas, y al final, en el borde de la jarra de vino plateada.

"Creo que Ren juega esas bromas porque quiere llamar tu atención."

"¡No! Lo hace para volverme loca. Ojalá se fuera muy, muy lejos."

"Esa sería la solución perfecta. Entonces, Liliana, podrías pasar las tardes con tu hermano Haddon, de catorce años, cuando quisieras, como era antes." Esto era aún más exasperante desde que Ren llegó a la fortaleza el mes pasado, ya que Haddon prefería pasar sus días con él. Aunque, seguramente ella, su hermana, era más importante que algún idiota recién llegado.

Liliana luchó contra una punzada de celos. Ella había acudido a su padre y le había contado las travesuras de Ren. Su padre, por desgracia, parecía haber intentado con todas sus fuerzas no reírse, pero había prometido hablar con Ren. Lo que su padre había encontrado un poco divertido en la maldad de Ren estaba fuera de su alcance.

Con sus ojos ardiendo, Liliana miró el agua reluciente a su izquierda. Cómo anhelaba sumergirse en la superficie deliciosamente fresca, deslizarse bajo el agua, mientras el mundo que la rodeaba se reducía al suave susurro y la burbuja del agua contra su piel. Allí, Ren no podía molestarla.

Una risa masculina surgió detrás de los árboles a poca distancia. Liliana se puso rígida y los ojos de Averil se abrieron como platos. Mientras ambas miraban hacia el sonido, Averil se cruzó de brazos, cubriéndose el pecho apenas oculto por su camisola transparente y empapada.

Liliana reconoció la risa de Myles, uno de los hombres de armas de confianza de su padre, que las había escoltado hasta el estanque del bosque, junto con otros cuatro guardias. Ella exhaló un suspiro de alivio. "Son solo los hombres de las armas." ¡Menos mal! Gracias a la bondad que Ren no la había seguido hasta aquí. Los escuderos practicaban con la espada esa tarde. Sin embargo, su ansiedad solo demostró lo mucho que Ren consumía sus pensamientos.

"Los hombres de armas no nos están espiando, ¿verdad?" Averil parecía nerviosa. Sus brazos todavía estaban cruzados.

"Por supuesto que no están espiando. Están de guardia, de espaldas, como les ordené."

"¿Qué pasa si deciden espiarnos de todos modos?" El color había desaparecido del rostro de Averil. "Nuestras prendas húmedas son... bueno... transparentes."

"*Nadie* nos está espiando."

"Oh, Lil. No podría soportarlo si fuera así."

Las lágrimas brillaron en los ojos de Averil y su mirada revoloteó hacia las gruesas y bajas ramas del árbol donde ellas habían dejado sus vestidos y zapatos. Liliana se tragó la impaciencia que clamaba en su interior. El estado de ánimo de Averil había sido muy volátil últimamente, desde que le empezaron a crecer los senos. Los de ella eran más grandes que los de Liliana, aunque ambas tenían doce años. Pero, los senos eran los senos, ¿no? Todas las mujeres los tenían. Tampoco había motivo para derramar lágrimas ante la menor provocación.

"Los hombres no espiarán," sostuvo Liliana con firmeza. Myles, el capitán de la guardia, fornido y de cabello castaño, la conocía desde que era un bebé y era tan protector con ella como un padre. No dejaría que los otros escoltas las observaran en el estanque.

Myles había acompañado a su familia, a este lugar, todos los veranos durante muchos años, y nunca rechazó la oportunidad de sentarse a la sombra del bosque, beber cerveza de su petaca y disfrutar de la soledad. Se alegraba especialmente de acompañarla, cuando llegaban sus amigos.

Sin duda, ellos estaban intercambiando bromas e historias obscenas, mientras hacían guardia.

Liliana se fijó en la mirada de Averil. “Vinimos aquí a nadar. Deberíamos estar disfrutando del agua antes de tener que regresar al torreón.”

Sonriendo, Averil se secó los ojos. “Tienes razón. Aún…”

“¿Qué tal una carrera? La primera en llegar a la orilla opuesta...”

“Recibe una tarta de frutos rojos, arrebatada delante de las narices del cocinero, por la bella mano de su amiga.”

“Acordado.” Liliana sonrió. “¿Lista?”

“Necesitamos hacer una cuenta regresiva.”

“Está bien,” indicó Liliana. “Tres, dos…”

Averil se zambulló en el agua. Su ruidoso chapoteo ahogó el conteo de Liliana.

“No es justo,” gritó Liliana. Luego, riéndose, se lanzó a las profundidades. A mitad de camino hacia la orilla opuesta, agarró el pie de Averil y lo tiró con fuerza.

También riéndose, Averil dio una patada y salpicó a Liliana en la cara. Farfullando, Liliana tosió un trago de agua. Después, hundiendo las manos en las profundidades, ella devolvió el asalto acuático, utilizando sus brazos y piernas. Finalmente, exhausta, flotó boca arriba junto a Averil y admiró el cielo azul sin nubes.

REN DE VORNAY, de catorce años, estaba agachado entre los altos helechos y arbustos que crecían a la sombra de los árboles del bosque. “Mira a esas dos damas.” Una risa irónica le hizo cosquillas en la garganta. “Parecen cisnes planos y al revés.”

El codo de Haddon se hundió en el costado de Ren. “No llames a Lil cisne plano y al revés.” Sus palabras sonaron duras, pero estaba sonriendo. Su mirada de ojos azules volvió rápidamente a las jóvenes.

Ren apartó con cuidado una hoja de helecho que obstaculizaba su visión. Él y Haddon habían terminado temprano la práctica de espadas. Calientes, con la ropa empapada de sudor, habían ido al estanque para refrescarse, solo para ser recibidos por Myles y sus hombres, quienes les habían dicho que Liliana y Averil ya estaban allí. Myles había insistido en que “no sería apropiado que los muchachos nadaran con las jóvenes,” y había sugerido otro lugar río abajo para que Ren y Haddon fueran.

Bajo la atenta mirada de los cuatro hombres, Ren y Haddon se alejaron.

“¿Vamos a dejar que él nos diga qué hacer?” Ren había murmurado, reforzado por la rebelión que se había agitado dentro de sí, desde el día en que su padre se comprometió. “Él no es un señor, solo es un capitán de la guardia.”

“¿Qué estas sugiriendo?” Haddon había preguntado. La inquietud había ensombrecido su mirada.

“A la primera oportunidad, volvemos corriendo. Nos escondemos hasta que Liliana y Averil terminen de nadar. Entonces, el estanque es nuestro.”

“¿Y eso no es desobediencia?”

Ren se encogió de hombros. “No estamos desobedeciendo una orden dada por tu padre. Tampoco arriesgaremos el decoro al nadar con Liliana y Averil, que es la preocupación de Myles, ¿no es así? Simplemente, estaremos esperando nuestro turno.”

Después de una breve vacilación, Haddon asintió con la cabeza en señal de consentimiento.

Momentos después, convencidos de que los muchachos ya no eran una preocupación, los

hombres les dieron la espalda y reanudaron su conversación. Pero, Ren y Haddon habían regresado corriendo, moviéndose silenciosamente entre la maleza, y se habían acercado lo suficiente como para espiar a las dos doncellas.

La mirada de Ren se deslizó hacia Liliana, de pie ahora en el agua hasta la cintura, apartándose el cabello dorado de la cara. Las gotas brillaban en sus mejillas y garganta. Mientras ella inclinaba su rostro hacia la luz del sol, su piel clara brillaba. Esa mirada recorrió la esbelta curva de su cuello hasta su camisola, que se pegaba a su piel y delineaba los huecos y curvas de su cuerpo. Sus pechos, redondos y firmes, senos duros como bayas, empujaban contra la tela húmeda y la gasa como si se esforzaran por liberarse.

Su aprecio por los senos había aumentado recientemente, gracias a una sirvienta de senos pronunciados, que disfrutaba haciendo alarde de lo que se le había dado, especialmente si podía tentar a uno de los jóvenes a tener una relación lujuriosa detrás de los establos. Él no se había acostado con ella, a pesar de que ella tomó su mano, lo empujó hacia su pecho desnudo, y luego hizo todo lo posible para seducirlo, pero él había escuchado a otros escuderos hablar de su apetito voraz. Las manos de Ren se cerraron en puños, ya que Liliana era mucho más tentadora que la bien dotada sirvienta... o cualquier otra mujer que hubiera conocido.

Él se tragó un gemido. Ella era muy encantadora.

Liliana no solo era hermosa en rostro y forma, sino también en su corazón. Días atrás, él la siguió al establo, escondiéndose detrás de fardos de heno y escuchándola, mientras ella visitaba ese establecimiento y alimentaba a cada caballo con una zanahoria. Había hablado con los animales como si la entendieran y fueran sus amigos. También la vio dar golosinas pegajosas, cubiertas de miel, a los niños campesinos que trabajaban junto a sus madres y padres en la fortaleza, y rescatar a un gatito que se había acercado demasiado a las ruedas de un carro en movimiento.

Durante una semana completa, él había intentado llamar su atención, pero ella no parecía notarlo. Él y Haddon se habían hecho amigos cercanos, pero eso la había distanciado a ella aún más. Finalmente, había recurrido al engaño porque, aunque a ella le molestaban sus bromas, al menos lo reconocía, así fuera para mirarlo con rabia. Sin embargo, a pesar de todo su esfuerzo, ella todavía parecía pensar en él como uno más de los humildes escuderos que entrenaban en el castillo de su señor padre.

¿Cómo lograría que Liliana lo aceptara? Si tan solo él supiera.

“Liliana,” dijo Averil. Ella también estaba de pie ahora, retorciendo su cabello castaño oscuro para escurrir el agua. Su voz llegó hasta el bosque. “¿Crees que tu hermano…? Bueno…”

“¿Bien?” Liliana la convenció.

“¿Que a él… le gusto? ¿Más que a una simple amiga?”

Ren soltó una carcajada. El codo de Haddon volvió a golpear su costado, lo que provocó que Ren inhalara bruscamente.

“¡Quédate tranquilo!” Haddon se quejó. “Nos vas a delatar.”

“¿Yo? ¡Serás tú!” Respondió Ren, todavía riéndose. Aunque se tapó la boca con la mano para amortiguar el sonido.

“Cállate la boca.” Sonriendo, su amigo miró hacia el estanque. “Quiero escuchar.”

La expresión de Liliana se había vuelto pensativa. “Honestamente, no sé si Haddon siente lo mismo por ti.”

Ren sonrió. Haddon sí se preocupaba por Averil. Le había dicho a Ren cuánto la adoraba, pero Haddon claramente no se lo había dicho a su hermana... ni a la joven en cuestión.

“¡Oh!” La mirada decepcionada de Averil se posó en el agua. “Porque…”

“Te gusta.”

Un sonrojo recorrió las facciones de Averil, cuyo tono rosado era evidente bajo la brillante luz del sol. “Es muy guapo, con sus hombros anchos, cabello dorado y ojos azules. Creo que es el hombre más hermoso que he visto en mi vida.”

Haddon miró por encima del hombro y dijo: “¡ja! ¿Se enteró que?”

Ren puso los ojos en blanco y Haddon le dio un puñetazo en el brazo.

“También es muy galante,” prosiguió Averil con una sonrisa tímida. “Hace unos días me lo encontré en una de las escaleras. Iba al jardín a bordar y miraba los escalones hacia abajo, no hacia adelante. Chocamos y dejé caer mi canasta. Para mi sorpresa, él me ayudó a recoger todo el hilo caído.” Ella suspiró soñadoramente. “Él fue muy amable.”

“Me alegra que te haya ayudado,” expresó Liliana. “Así debería haberlo hecho, si fuera en parte culpable.”

“¡Oh! Estoy segura de que la culpa fue mía. Estaba apurada. ¿Cuántas veces nos han dicho que no nos apresuremos en las escaleras porque podríamos tropezarnos con los dobladillos de nuestros vestidos?” Suspirando de nuevo, Averil negó con la cabeza. “De todos modos, estamos hablando de Haddon.”

La expresión de Liliana se volvió tímida, una mirada que Ren no había visto antes en su rostro. No pudo evitar sonreír. Si ella lo mirara así, se convertiría en un tonto tartamudo. “Desearías que Haddon te besara,” dijo Liliana.

“Beeso,” chilló Averil, su rostro se puso escarlata.

“Aquí vamos,” murmuró Ren.

“En efecto.” Las ramas crujieron cuando Haddon se acercó al estanque. “¿Ella quiere que la *bese*?”

El asombro infundió la voz de Haddon. Parecía intrigado... e interesado. Mientras Ren miraba a su amigo y luego volvía a mirar a Averil, un resentimiento agudo y punzante brotó dentro de él. Haddon tenía una joven admiradora. Era una *hermosa* joven admiradora. ¿Por qué Ren no podía hacerse notar también?

Con las mejillas todavía de un rojo brillante, Averil se dejó caer en el agua de modo que solo su rostro asomaba por encima de la superficie. “No dije exactamente que quería que Haddon me besara.”

Liliana se rió. “Sin embargo, estabas pensando eso.”

Averil también se rió. “Lo estaba.”

“¡Lo sabía! Ahora, ¿cómo le hacemos saber tus deseos a Haddon, quien es mi querido, pero ajeno hermano?”

“No puedes decírselo,” suplicó Averil. “¡Ay, Liliana, no puedes! Me sentiría mortificada.”

“Probablemente lo estarías, si Ren estuviera con él,” coincidió Liliana, entrecerrando los ojos.

Ren se rió. ¿Ahora iban a hablar de él? ¡Qué entretenido!

A pesar de que su excitación crecía, la culpa pesaba sobre su conciencia. Tuvo la repentina necesidad de levantarse de su escondite y llamarlas, porque no debería estar escuchando las palabras privadas de Liliana sobre él. Todavía no era un caballero (tenía años de riguroso entrenamiento que completar), pero sabía lo suficiente sobre el código de honor caballeresco para darse cuenta de que escuchar a escondidas en este caso estaba mal.

¡Fuego del infierno! Pero si se daba a conocer, Myles y sus hombres vendrían corriendo y Haddon también sería descubierto. Probablemente serían denunciados ante Lord Thornleigh y castigados. Además, la curiosidad de Ren lo convenció de quedarse como estaba. ¿De qué otra

manera sabría lo que Liliana realmente pensaba de él? No tenía otra manera de averiguarlo. Se obligó a permanecer quieto detrás de la maraña de maleza que lo ocultaba.

Averil negó con la cabeza. “Si Ren descubriera lo que siento por Haddon, se burlaría de mí sin cesar, delante de todo el castillo.”

“Lo sé,” expresó Liliana.

“¿Tienes… alguien a quien deseas besar?” Averil parecía esperanzada, como si no quisiera estar sola en su deseo de ser besada.

“Cielos, no.”

Una leve sonrisa curvó la boca de Averil. “En secreto, ¿ni siquiera Ren?”

Haddon se rió y miró a Ren, incluso cuando Liliana sacudió la cabeza con vehemencia.

“No besaría a Ren, ni siquiera si el propio rey Enrique me lo ordenara.”

La mandíbula de Ren se apretó. Su culpa y sus celos se retorcían como espesas enredaderas alrededor de su corazón.

“Es guapo,” murmuró Averil. “Ren es oscuro, indómito y pícaro, mientras que Haddon es dorado, caballeroso y hermoso. ¿Has notado el cabello de Ren? Tiene un aspecto muy sedoso y de un color marrón tan oscuro que casi es negro. Y sus ojos... cautivadores y...”

“Puede que sea pícaramente guapo. También es grosero, egoísta, arrogante y tan irritante como un sarpullido grave.”

Respirando profundamente, Ren apretó los puños. ¿Cómo se atrevía Liliana a despreciarlo de esa manera? Es cierto que le había gastado algunas bromas, pero ella lo hizo parecer como si no tuviera ninguna cualidad redentora. ¿Realmente le creía tan carente de carácter? La angustia lo atravesó, rozando su alma, porque era exactamente lo que su madrastra sentía por él. Él nunca obtendría su aprobación, a diferencia de sus dos hermanos mayores, quienes siempre obtenían elogios y sonrisas brillantes de ella, sin importar cuán pequeños fueran sus logros.

“Haddon es un buen juez de las personas,” dijo Averil. “Ren no puede ser tan malo si es amigo cercano de tu hermano.”

Exactamente. Ren miró a Haddon y lo encontró inclinado por la cintura, riéndose en silencio.

La rabia y los celos amargos hirvieron dentro de Ren. Se enderezó y miró a Liliana. Qué venganza perfecta, salir y confrontarla justo cuando ella hablaba mal de él...

Una mano firme se posó sobre su hombro.

Ren volteó. Encontró a Myles y dos de sus hombres de armas parados detrás de él. Los rasgos desgastados de Myles estaban fruncidos. La mirada del guerrero de cabello castaño se deslizó hacia Haddon, con sus rasgos marcados por la culpa, quien se había levantado de su lugar entre la maleza. Con desaprobación en sus ojos, Myles miró a Ren.

“Milords,” la voz baja de Myles retumbó, bajando el brazo a su costado. “¿No pudieron encontrar el otro lugar que les sugerí?”

Sus emociones estaban a punto de desbordarse. Ren lo fulminó con la mirada. Sus brazos temblaron. Él no era un campesino de baja cuna. Era el hijo de un señor y no tenía que explicar sus acciones a este viejo patán.

Sin embargo, antes de que pudiera responder, Haddon dijo: “no queríamos hacer daño. Teníamos muchas ganas de nadar aquí. Estábamos esperando a que terminaran las damas para poder tener nuestro turno.”

El ceño severo de Myles permaneció inamovible.

“Estábamos pensando en seguir adelante de todos modos. ¿Verdad, Ren?”

“Correcto,” espetó Ren. Eso era mentira, pero Haddon tampoco había traicionado a Ren. No había revelado que Ren fue quien insistió en que ignoraran las palabras de Myles y regresaran al

estanque. De ninguna manera Ren iba a decepcionar a su amigo.

"Mmm." Myles se rascó la barbilla. "Bueno, me alegra saber que planeaban irse, no seguirán espiando a las dos jóvenes."

El rostro de Haddon enrojeció. "Myles…"

"NO SERÍA bueno que los escuderos que aspiran a ser caballeros fueran sorprendidos espiando, ¿verdad, milords? A Lord Thornleigh ciertamente no le agradaría oír hablar de ello."

Ren apretó los dientes. Trató de ignorar las palabras del hombre mayor, pero Myles tenía razón. A juzgar por las expresiones de los hombres de armas, ellos también estuvieron de acuerdo.

"Nos vamos ahora," expresó Haddon. "Vámonos, Ren."

Ren asintió una vez. Sus dientes rechinaron con tanta fuerza que el dolor le atravesó la mejilla.

"Muy bien. Como te vas a otra parte, mis hombres y yo daremos por terminado este asunto. No se lo mencionaré a Su Señoría." Myles hizo un gesto hacia el sendero de los ciervos, visible a través de los árboles, indicando que debían seguir su camino por ahí.

Ren miró por última vez el estanque. Liliana y Averil nadaban, una al lado de la otra, agitando el agua en otra carrera para llegar a la orilla opuesta.

Lo que anhelaba decirle a esa rencorosa Liliana...

Haddon tiró de la manga de Ren y lo empujó hacia el sendero.

Ren se fue, pero en el último instante su mirada encontró el árbol donde las mujeres habían puesto su ropa. El vestido drapeado de Liliana ondeaba con la brisa. Sabía que la prenda de seda era suya; la había visto usarlo y recordó el color azul vibrante, que combinaba con sus ojos. Una idea se le ocurrió y sonrió, saboreando una deliciosa llamarada de triunfo.

Caminó penosamente detrás de Haddon por el sendero, sus botas crujieron sobre las ramas y ramitas caídas. Avanzó lo suficiente como para que Myles y los hombres de armas regresaran a sus puestos. Volteándose sobre sus talones, se deslizó entre la maleza hasta llegar al árbol y luego agarró el vestido de Liliana. También tomó sus zapatos de cuero. Se encontró de nuevo con Haddon, quien lo miraba con los ojos muy abiertos.

"¿Qué diablos haces?"

"Vete," espetó Ren, corriendo por el sendero del bosque.

"¡Debes devolver esas cosas!"

"¿Por qué debería? Ya escuchaste lo que Liliana dijo sobre mí." Ren siguió corriendo, ignorando las ramas de los árboles raspando su túnica y el olor húmedo de la tierra removida. Esta vez, Myles y sus hombres no lo atraparían.

"Olvídate de lo que dijo Lil," expresó Haddon, corriendo detrás de Ren. "Se suponía que nunca debías escuchar."

"Lo sé, pero, ella quiso decir cada palabra." Una risa amarga ardió en la garganta de Ren. Si ella hubiera pensado mal de él antes, cuando todo lo que él quería era llamar su atención...

Ahora, ella tenía todos los motivos para despreciarlo.

Capítulo dos

S*u vestido había desaparecido.*

Con el agua goteando de su camisola sobre la orilla fangosa, con los brazos cruzados sobre los senos, Liliana se quedó mirando la rama del árbol bañada por la luz del sol, al final de la tarde. Faltaba su vestido de lino azul. Tampoco estaban sus zapatos.

Su mirada sorprendida se dirigió a las sombras grises y verdosas de los árboles circundantes. ¿Un extraño, incluso más de uno, había eludido de alguna manera a Myles y a los guardias, la había observado a ella y a Averil nadar, y luego había decidido robar sus pertenencias? Qué pensamiento tan vil y aterrador, saber que habían sido espiadas, especialmente cuando le había prometido a Averil que eso no sucedería. Un escalofrío frío recorrió la columna de Liliana y se abrazó a sí misma con más fuerza.

Pero, ¿por qué los ladrones no se habían llevado también el vestido y los zapatos de Averil? ¿Por qué solo la ropa de ella?

Liliana solo podía pensar en una persona que fuera tan despreciable.

"Ren," murmuró. Su estómago se retorció en nudos de furia y angustia. Miró hacia el bosque para buscarlo si todavía estaba cerca, observándola. Sin embargo, sus instintos le dijeron que él ya no estaba.

De pie junto a Liliana, Averil exhaló un suspiro de preocupación. Ella estaba de pie con los brazos cruzados como Liliana, en señal de solidaridad, con la ropa aún tendida en la rama del árbol. "¿Crees que Ren tomó tus prendas?"

"¡Sí!"

"¡Oh! Lil. ¡Debe haber estado mirándonos nadar!" Ella hizo una pausa y luego añadió en voz baja: "¿crees que Haddon también estaba mirando?"

La culpa se apoderó de Liliana, porque le había asegurado a Averil que no tendrían espectadores. Al encontrarse con la mirada de su amiga, Liliana dijo: "pudo haber pasado. Lo lamento mucho."

El rostro de Averil palideció. Luego, como si encontrara fuerzas, enderezó los hombros. "¿Ahora qué vamos a hacer?"

"Debemos decírselo a Myles." Sin embargo... La voz de Liliana se entrecortó. Su camisola mojada era tan transparente que estaba prácticamente desnuda. No podía permitir que Myles ni los otros hombres la vieran en tal estado.

¿Cómo iba a explicarles a sus padres que le habían robado el vestido y los zapatos? ¿Le prohibirían volver a nadar en este estanque? Oh, que haya piedad del Cielo...

Averil palmeó el brazo de Liliana. "No te preocupes. Me vestiré, encontraré a Myles y le contaré lo que pasó. Él sabrá qué hacer."

Las lágrimas picaron en los ojos de Liliana. “Gracias.”

Una tierna sonrisa curvó los labios de Averil. “Sé qué harías lo mismo por mí, mi querida amiga.”

A pesar de la cálida brisa de la tarde, Liliana se estremeció. Ella se quedó sola, armada con un pesado palo, mientras Averil se alejaba rápidamente hacia el bosque. Liliana había prometido gritar si por casualidad Ren no era culpable de robarle la ropa, y veía a algún extraño acechando en el bosque.

El silencio la rodeaba, afectada de vez en cuando por el susurro de los pájaros en las ramas de los árboles, o el zumbido de las libélulas volando sobre el estanque. La ira hervía a fuego lento en la boca de su estómago. Ese fuego ardía más con cada momento que pasaba. Ren le había robado sus cosas. Ren pagaría por humillarla una vez más.

Por fin, Averil regresó con una manta.

“Myles sacó esto de su alforja,” ella expresó, mientras Liliana arrojaba el palo a un lado. Averil ayudó a envolver los hombros de Liliana con la áspera lana gris. “Dijo que le avisaras cuando estés lista. El camino está lleno de piedras y ramitas que podrían lastimarte los pies descalzos, así que te llevará hasta su caballo.”

Llevarla a su caballo, como si fuera una inválida. Liliana ahogó un sollozo mortificado. Apretó las manos en los bordes de la manta y gritó: “¡estoy lista!”

Con expresión sombría, Myles salió de entre los árboles. Su boca se aplanó cuando llegó a su lado. “Pido disculpas sinceramente por este percance, milady.”

Al encontrarse con su mirada preocupada, ella preguntó: “¿sabes quién es el responsable?”

“De hecho, lo sé.”

Tenía la garganta tan apretada que apenas podía hablar. No obstante, ella tenía que saberlo. “¿Fue Ren?”

Myles asintió. “Antes, lo pillé a él y a tu hermano escondidos entre los arbustos de allí.” Señaló hacia una espesa zona de helechos; algunos de ellos parecían pisoteados. “Los envié a su camino. Pero, debieron haberse escabullido…”

“Ren,” interrumpió Liliana. “Él es el bribón que hizo esto. Haddon no.”

“Estoy de acuerdo,” expresó Averil, asintiendo firmemente. “Haddon no sería tan cruel, especialmente con su hermana.”

Sin responder, Myles se inclinó por la cintura y tomó a Liliana en sus brazos. Su olor familiar a caballo, cuero y aire fresco, la rodeó como un abrazo paternal. Qué tentada estuvo de dejar caer las lágrimas calientes que la amenazaban, pero no quiso llorar. No hasta que estuviera sola en su habitación.

Liliana permaneció en silencio. Averil corría detrás de ellos, mientras Myles la llevaba hasta su caballo, que esperaba en el camino de los ciervos. Como si ella todavía fuera la niña que él había mimado a través de los años, la empujó suavemente hacia la silla. Una vez que ella y Averil estuvieron instaladas en sus monturas, Myles las llevó hacia sus hombres, quienes esperaban en sus caballos más adelante en el camino.

Sosteniendo la manta cerrada con una mano y agarrando las riendas de su yegua con la otra, Liliana cabalgó hacia el castillo, que exhibía altos muros de piedra y un imponente torreón, bruñidos con una luz dorada cada vez más profunda. Estar envuelta en lana, en un día sofocante, hizo que el sudor le corriera por la frente y la nariz, y que el cabello se le pegara a la cara. Sin embargo, ella se negó a quejarse. Con la espalda rígida y la mandíbula apretada, esperaba con ansias el momento en que viera a Ren.

Como si sintieran su furia cuidadosamente controlada, Myles y los otros hombres no

intentaron hablar con ella, sino que conversaron en voz baja entre ellos. Incluso Averil, a quien normalmente le encantaba charlar, no dijo una palabra.

Cuando Liliana entró en el patio, un movimiento llamó su atención. Haddon estaba de pie junto al borde de piedra del pozo, salpicándose el torso desnudo con agua de un cubo. Ren, también desnudo de cintura para arriba, estaba a su lado, hablando y sonriendo.

Un llanto furioso pasó por los labios de Liliana. Antes de que los mozos de cuadra pudieran alcanzarla y ayudarla a desmontar, frenó su caballo y se deslizó hacia abajo. Se agarró a la manta con tanta fuerza que le dolía la mano.

"Lil," Averil la llamó. "¡Espera!"

Liliana frunció el ceño. Ella no esperaría. Ni un momento más.

Los músculos de los hombros bronceados por el sol de Ren se flexionaron cuando se pasó una mano por el cabello húmedo y la miró.

"¡Tú!" Ella se acercó a él, con la manta azotando sus talones, sin prestar atención a las piedras que le mordían las plantas de los pies.

"Buenas tardes, Lil," expuso Haddon.

"Lady Thornleigh." Ren se inclinó por la cintura en una reverencia galante, con su cabello cayendo hacia adelante en una maraña rebelde.

Su furia hervía. ¿Cómo se atrevía Ren a burlarse de ella con tan falsa cortesía? Obviamente, no la respetaba ni le importaba la caballerosidad. No le habría robado sus cosas si hubiera tenido una pizca de honor.

Mientras él se enderezaba, su mirada se encontró con la de ella. La picardía bailó en sus ojos marrones y una sonrisa irónica apareció en la comisura de su boca.

Ella se detuvo frente a él. "Me robaste el vestido y los zapatos."

Su sonrisa se amplió, mostrando sus dientes blancos y bien formados. "Milady."

"Me robaste el vestido y los zapatos," lo dijo nuevamente, esta vez más fuerte.

Un destello de inquietud cruzó el rostro de Ren, incluso mientras extendía los brazos. "Lil."

"No me llames así," espetó ella. "Solo Haddon tiene el derecho."

"¿Y por qué es eso?" Preguntó Ren, mientras sus brazos bajaban lentamente a los costados. ¿Lo había imaginado o ahora había un tono tenso en su voz?

"Él es mi hermano," ella dijo entre dientes. "Ya sabes que somos hermanos."

Ren seguía sonriendo, pero la alegría no llegaba a sus ojos. "Él es de carne y hueso, y por ser pariente, tiene derecho a ser un familiar."

"Exactamente."

El agua goteaba de las puntas del cabello de Ren sobre sus hombros. Las gotas brillaban en su piel y, por alguna razón, solo mirar el agua despertaba una extraña sensación de hormigueo en su vientre. Era ira, sin duda. También sentía rabia, ya que él era un hombre tan arrogante, testarudo y desagradable...

Él dio un paso lento y mesurado hacia adelante. El pulso de ella se aceleró, incluso cuando su mirada se volvió a cruzar con la de él. Hasta ahora, no se había dado cuenta de que era tan alto ni tan ancho de hombros.

"¿Cómo es posible que alguien más lo haga bien?" Ren estaba diciendo, en un tono bajo y uniforme.

"¿Qué?" Arriba los Santos, ¿qué quiso decir?

"¿Averil te llama Lil?" La mirada de Ren pasó por encima de Liliana por un momento. Oyó hablar a Averil y Myles, pero bloqueó mentalmente el sonido. Ren estaba tratando de distraerla, intentando desviar su atención del verdadero asunto en cuestión: que él le robó la ropa.

Un calor furioso calentó el rostro de Liliana. “Sí, Averil me llama Lil. Ella es mi amiga. Mi…”

“¿Y cómo uno puede llegar a ser tu amigo?”

Su mirada se había agudizado en su rostro. El calor de su mirada era tan intenso que apenas podía respirar. Estaba demasiado cerca. Malvadamente cerca. Solo tuvo que levantar la mano y pudo limpiar el agua que se deslizaba por su torso.

Esto era vergonzoso, pero una pequeña y rebelde parte de ella anhelaba tocarlo. Sus dedos traidores… Cómo ansiaban deslizarse sobre su piel, para saber si su carne era suave como la de ella, o dura, como el bronce aceitado.

También podía oler a Ren, un aroma terroso que le recordaba a la luz del sol, el estanque del bosque y las rocas cálidas. Un aroma que quería profundizar, aunque no debería gustarle nada de él.

La confusión suavizó los bordes de su ira. Un temblor la recorrió e instintivamente ella dio un paso atrás.

Él la siguió, y su paso ocupaba más terreno que el de ella. Estaba tan cerca ahora que su aliento le calentaba la sien. El calor de su piel desnuda la calentaba a través del pequeño espacio que los separaba.

“Ren…”

“No has respondido mi pregunta.”

“¿Por qué debería?” Su voz sonaba débil y sin aliento. Ella no era débil. Tampoco era una damisela mansa y marchita, y no permitiría que él le jugara otros malos momentos.

Levantando la barbilla y sosteniendo su mirada a pesar de la impactante cercanía, ella dijo: “me robaste la ropa y los zapatos.”

Él se rió con un sonido áspero. “Sí lo hice.”

¡Ja! Por fin, la verdad. Él había admitido su estupidez delante de testigos. Ella debería dar la vuelta sobre sus talones, alejarse para encontrar a su padre, y contarle cómo las travesuras de Ren habían arruinado su tarde.

No obstante, por alguna razón, no podía desviar su atención de la boca de Ren. Su cuerpo también estaba extrañamente lánguido, como si hubiera estado dormitando toda la tarde en un prado soleado y acabara de despertarse.

“¿Quieres saber por qué lo hice?” Él expuso.

Ella luchó por mantener su furia. “No, yo no…”

“Escuché lo que dijiste sobre mí. Yo estaba enojado.”

La vergüenza la invadió. Sus palabras habían sido crueles. Por otra parte, él no tenía derecho a estar escuchando a escondidas. “Esa no es razón…”

“Quería que me reconocieras, ¿de acuerdo?”

Esto era sobre reconocerlo a él.

Tal como se lo había dicho Averil.

Una expresión salvaje similar al anhelo brilló en sus ojos marrones. “Tal vez estuvo mal por mi parte actuar de esa manera. Pero, esta es la primera vez desde que llegué a Maddlestow que hablas conmigo.”

Pero, la inquietud de ella se arremolinaba en su interior, luchando contra su ira. No solo su cuerpo estaba lánguido, sino que su mente se había vuelto lenta. Ella luchó por encontrar una respuesta adecuada. “Esa no es excusa…”

“¿No?” El tono de él se suavizó y un lento temblor recorrió todo su cuerpo hasta la punta de los dedos de sus pies. “Es por todas las razones.” Su mano izquierda se levantó. Con mucha

suavidad, apartó un mechón de pelo que se pegaba a su mejilla. La tocó como si fuera un tesoro raro, delicado y precioso. Un extraño dolor se apoderó del vientre de ella.

"¿Quué?" Ella logró susurrar. El resto de sus palabras se perdieron. Su toque succionó el aire de sus pulmones y se le aceleró el pulso...

"Lord de Vornay," expuso Myles con severidad detrás de Liliana.

Ella saltó.

La decepción cruzó por el rostro de Ren. Su mano bajó a su costado.

Mientras la conmoción corría por las venas de Liliana, la ira continuó. *¿Qué estás haciendo, desmayándote ante su toque?* Una voz dentro de ella la regañó. *Ren te ha atormentado y te ha robado la ropa. ¡Con qué facilidad te manipula ahora!*

Su agarre con los nudillos blancos se hizo más fuerte sobre la manta. Ella se alejó de él. No quería el toque de Ren ni ahora, ni nunca, especialmente con Myles y Haddon observando y los sirvientes curiosos presenciándolo todo. Qué cerca había estado de ser engañada por Ren, una vez más.

"Lady Thornleigh, ¿se encuentra bien?" Preguntó Myles.

"Lo estoy," espetó ella. "Perfectamente bien."

Averil llegó a su lado. Su rostro estaba sonrojado y Liliana se dio cuenta de que su amiga estaba mirando a todas partes menos a Haddon. La furia de Liliana aumentó aún más, porque la idiotez de Ren hoy no solo la había afectado a ella, sino también a la pobre Averil.

"Lord Haddon y Lord de Vornay," dijo Myles, en un tono brusco. "Vendrán conmigo para dar explicaciones a Su Señoría. Milady, ¿vendrá con nosotros a darnos cuenta de lo sucedido?"

"Yo... Primero, me pondré presentable."

"Muy bien."

La mirada de Ren se cruzó con la de ella. Sus ojos todavía ardían, pero el momento de emoción desprotegida había desaparecido, reemplazado por cautela. Con una rígida reverencia, dijo: "la veré pronto, milady."

"¿Quieres eso?"

Él se enderezó y levantó una ceja insolentemente. "Eso espero, ya que tú y yo vivimos en esta fortaleza."

La mirada de Liliana se deslizó hacia Haddon, que se encontraba cerca. Haddon, el hermano que había sido un amigo tan cercano a ella como Averil, antes de que Ren se lo quitara. Eso, combinado con el percance de hoy... La angustia amenazaba con partirle el corazón en dos. "Podemos vivir en el mismo torreón, Ren. Pero, no deseo verte ni hablar contigo nunca más."

El asombro se extendió por el rostro de Ren. "¿Verdad?"

"¡Verdad!"

El dolor tensó sus rasgos. Luego, él se encogió de hombros, como si eso no le importara en absoluto, mientras que la ternura que le había mostrado hacía unos momentos parecía ser solo una actuación. "Si tu lo dices, milady."

Sus ojos ardieron con lágrimas no derramadas. "¡Sí!"

¿Realmente, ella pudo hacerlo? En verdad, no lo sabía. La confusión, el resentimiento y la rabia se arremolinaron en su interior, retorciendo sus emociones de un lado a otro, como un árbol joven azotado por una tormenta invernal. Sin embargo, a pesar de lo gentil que había sido su toque, no le había dado ninguna razón para sentir nada por él más que odio.

"Liliana," expresó Haddon. Su tono, teñido de impaciencia, implicaba que ella estaba actuando como una niña petulante.

¿Ahora su hermano iba a ponerse del lado de Ren? ¿En contra de ella? Eso, no lo podía

soportar.

Liliana dio la vuelta sobre sus talones.

Averil la siguió. “Oh, Lil,” susurró, deslizando su brazo alrededor de la cintura de Liliana.

Con lágrimas brotando de los ojos de Liliana, ella y Averil se apresuraron hacia el torreón.

“A CAMBIO, deberías robar la ropa de Ren. Eso sería justo.” Averil asintió con firmeza, antes de llevarse a la boca un bocado de pan empapado en salsa.

Suspirando, Liliana miró su plato de estofado de cordero. Hace poco, los sirvientes habían llevado la pequeña mesa de roble a su habitación y ella la había acercado a la ventana abierta, donde ahora estaban sentadas ella y Averil. La luz del sol poniente entraba a raudales, brillando en el largo cabello de Averil y resaltando los pliegues del vestido verde salvia de Liliana. Afortunadamente, el calor despiadado del día anterior había desaparecido y la brisa de la tarde era suave y agradable.

Después de darse un baño perfumado, lavarse el cabello y vestirse, Liliana le había avisado a su padre que hablaría con él más tarde sobre lo sucedido en el bosque. Luego, había ordenado que le enviaran la cena a ella y a Averil a su habitación. Liliana no había podido soportar comer en el gran salón, no cuando Ren y sus ruidosos compañeros escuderos estaban allí. A estas alturas, la mayoría de los jóvenes ya habrían oído lo que había ocurrido esa tarde. Pensar en ellos riéndose silenciosamente de ella, mientras intentaba recuperar la compostura y olvidar todo el incidente... La idea la hacía sentir mal.

“Consideré robarle sus cosas como represalia,” admitió Liliana. “Sin embargo, le dije que no quería volver a verlo ni hablar con él nunca más. Lo dije en serio, Averil. Cualquiera que sea el plan que ideamos... no implicará que tenga que verlo o hablar con él.” La mirada de su amiga se volvió pensativa. “¿Podríamos colarnos en la guarnición, mientras los escuderos están entrenando con armas y robar las prendas de Ren?”

“Tal vez.”

“¿Qué pasa con Haddon? ¿Nos ayudará?”

“Él podría.” Liliana tocó su guiso. Olía delicioso, con toques de romero y ajo en el rico caldo, pero no ella tenía apetito.

“No pareces nada convencida.” Averil estaba frunciendo el ceño.

Liliana dejó su daga devoradora. “Escuchaste a Haddon en el patio de armas, cómo se puso del lado de Ren y habló como si yo fuera ridícula por estar enojada. Eso dolió incluso más que… que la estúpida broma de Ren.”

“Bien.” Averil tomó un sorbo de vino y luego arrugó su bonita nariz. “Y pensé que Haddon era el hermano perfecto y valiente.”

Liliana sonrió. Su amiga también sonrió.

El calor llenó el alma magullada de Liliana. ¿Qué haría ella sin la maravillosa amistad de Averil?

Un cosquilleo de anticipación recorrió a Liliana, porque mientras estaban solas, quería preguntarle a Averil sobre los sentimientos desconocidos que había experimentado en el patio, cuando estuvo cerca de Ren: la emocionante sensación de aturdimiento, la forma en que su respiración la había atrapado y la manera que su pulso había galopado como un caballo desbocado. Por un breve momento, ella se sintió salvaje, imprudente, como si quisiera experimentar todas las tentaciones que Ren le ofrecía. Esa rebeldía la había excitado y asustado

al mismo tiempo. Debe haber una buena razón por la cual ella había sentido eso por Ren. ¿Qué significaban esas curiosas sensaciones?

Justo cuando Liliana estaba a punto de hablar, alguien llamó a su puerta.

Ella maldijo en silencio la interrupción. No obstante, nadie en el castillo la molestaba, a menos que fuera importante. Se levantó y fue hacia la puerta. Una sirvienta afuera en el pasillo hizo una reverencia. “Milady, a su padre le gustaría hablar con usted.”

“Muy bien. Bajaré en un momento.”

La criada hizo una nueva reverencia y se alejó rápidamente. Al cerrar la puerta, Liliana volvió a mirar a Averil, y descubrió que su amiga se había levantado de la mesa.

“De todos modos, debería irme ahora,” indicó Averil, metiéndose más pan en la boca. “Prometí ir a visitar a la nueva niña esta tarde. Ella todavía sufre ese fuerte dolor de cabeza.” Averil se acercó a Lil y la abrazó con fuerza. “Continuaremos conspirando contra Ren más tarde, ¿de acuerdo?” Después de un beso en la mejilla y un saludo de despedida, Averil se alejó por el pasillo.

Liliana dejó escapar un suspiro tembloroso. Había esperado que su padre la llamara para escuchar lo que tenía que decir sobre las travesuras de Ren, pero ahora que lo había hecho, sus nervios estaban a flor de piel. ¿Tendría que enfrentarse a Ren, mientras hablaba con su padre? ¡Oh, piedad! Esperaba que no.

Se pasó las manos por el vestido para suavizar las arrugas. ¿Debería trenzarse el pelo húmedo? No. En lugar de retrasar la reunión, dejaría su cabello suelto y sin recoger. Salió al pasillo iluminado por antorchas de caña, encendidas a lo largo de las paredes. Un ligero sudor se formó en su frente, pero mantuvo la barbilla en alto y se dirigió por el pasillo hacia el rellano de madera que daba al gran salón. El sol poniente arrojaba una luz anaranjada, a través de las altas ventanas cubiertas de cuernos, que recorría todo el pasillo. Hasta ella llegó el murmullo de las conversaciones, probablemente provenientes de los sirvientes que se demoraban después de la cena.

Rezó para que Ren y sus amigos no estuvieran allí, esperando a que ella saliera de su escondite.

Incluso si Ren estuviera en el pasillo, ella caminaría orgullosamente a través del rellano y bajaría las escaleras. Después de todo, este era el castillo de su padre. El calor amenazó con inundar su rostro, pero ella quedó obligada a calmar su creciente ira. Ceder nuevamente a su furia no lograría nada.

Caminó a lo largo del rellano y empezó a bajar las escaleras. Sus zapatos golpearon las tablas de madera. Se dio cuenta del repentino silencio y de las miradas sobre ella.

Varios hombres de armas estaban en una mesa, jugando a los dados, mientras que en otra mesa, un grupo de criadas estaban sentadas con niños somnolientos acurrucados en sus regazos.

No había señales de Ren. Un suspiro de alivio salió de los labios de Liliana.

La gente inclinó la cabeza hacia ella, a modo de saludo silencioso, mientras ella pasaba y les respondía, asintiendo con la cabeza.

“Liliana. Aquí estás.”

Su padre estaba sentado ante la enorme mesa de roble tallado sobre el estrado. Ante él había pergaminos extendidos, junto con un libro de contabilidad donde llevaba las cuentas. Él sonrió, arrojó la pluma y fue a su encuentro.

“Pareces una dama diferente a la que vi antes.” Tomando sus manos, él las apretó suavemente, con su piel callosa y áspera contra la de ella.

“Me siento mucho mejor después de un baño y algo de comida.”

“Me alegra oírlo.” Le soltó las manos y su expresión se volvió solemne. Señaló las sillas de respaldo alto que estaban orientadas hacia el fuego de la enorme chimenea cercana. Caminó con él hasta esa chimenea y se sentó. Sus zapatos rozaron el vientre del viejo perro que dormía sobre las cálidas baldosas vidriadas.

Su padre suspiró, mientras se sentaba y estiraba las piernas. “Lamento lo que tuviste que soportar hoy. Ese joven Ren... Tenía la esperanza de que al acogerlo, su comportamiento mejoraría. Desgraciadamente, no fue así.”

Liliana no estaba muy segura de qué decir, así que cruzó las manos sobre su regazo y miró fijamente las llamas que devoraban los leños en la rejilla de hierro.

“Como sabes, tomé a Ren como un favor para su padre,” expresó el señor. “Ren tiene edad suficiente para comenzar su entrenamiento para convertirse en caballero, y Lord Tristan de Vornay es un aliado leal. En verdad, Su Señoría no sabía qué hacer con el niño. Se había vuelto a casar, hace dos meses, con una viuda que era solo doce años mayor que Ren. La madre de Ren había muerto al dar a luz y Tristan extrañaba tener una esposa. Sin embargo, desde el momento en que la nueva esposa de Tristan se instaló en el castillo, eso le disgustó a Ren.”

“¿Por qué?” Preguntó Liliana. No quería sentir ni una pizca de simpatía por Ren, pero lamentablemente la sintió. “¿Qué razón tenía ella para que no le agradara?”

Su padre se rió entre dientes. “No lo sé. Pero, pronto quedó claro que ella no toleraría que Ren viviera en la fortaleza y que hiciera todo lo posible para hacerle la vida imposible. Por supuesto, Tristan no quería echar a su hijo menor. Entonces me escribió. Acepté que Ren fuera entrenado aquí.”

“Y eso tampoco funcionó,” resaltó Liliana en voz baja, mirando sus dedos entrelazados, los cuales eran pálidos y parecían contrastar con el color verde de su vestido.

“De hecho, eso no funcionó. Estaba dispuesto a pasar por alto los trucos tontos que Ren te hizo. Si bien, podrían haberte molestado, no fueron dañinos, solo eran tonterías juveniles. Pero, desobedecer una orden directa de una persona mayor, y luego robarte la ropa y los zapatos son asuntos mucho más de los que podría perdonar fácilmente.”

Ella levantó la vista, atraída por el tono de las palabras de su padre.

Él sonrió cuando su mirada se encontró con la de ella. “No te preocupes. Ren no volverá a molestarte.”

“Gracias padre.” Después de un momento, marcado por el silbido y el crepitar del fuego, ella preguntó: “¿lo castigaste?”

“Lo regañé por su desobediencia. ¡Sí! Después, le dije que empacara sus pertenencias.”

El shock la sacudió. “¿Lo despediste?”

“Lo hice. Lord Kendelson me dijo durante su reciente visita que necesitaba más escuderos, porque había enviado a diez de sus caballeros y hombres a una de sus propiedades del norte para sofocar un levantamiento allí. Envié a Ren a la fortaleza de Kendelson con una misiva que había escrito y sellado: una carta de presentación, por así decirlo. Ren se fue antes de la cena. Planea tomar un barco río abajo y llegar al castillo al anochecer.”

La cabeza de ella dio vueltas. Miró ciegamente al perro dormido y deseó que sus pensamientos y el latido de su pulso se detuvieran.

“Pensé que estarías contenta, Liliana.”

“Lo estoy.” Ella se encontraba así. Por supuesto que lo estaba. Y, sin embargo, una parte de ella se sentía inexplicablemente consternada. Ahora, tal vez nunca sabría por qué había experimentado esas extrañas, pero maravillosas, sensaciones en presencia de Ren.

“Al joven de Vornay le irá bien,” dijo el padre. “Kendelson es un gobernante estricto que

impondrá la disciplina que Ren necesita para encontrar su camino. Myles me dijo que el muchacho demostró ser una gran promesa con la espada, y Kendelson tiene algunos de los mejores caballeros de toda Inglaterra. Ayudarán a Ren a desarrollar sus habilidades de lucha."

Ella asintió, todavía luchando con la verdad de que Ren se había ido. "Eres sabio y bondadoso, padre, al pensar en lo mejor para él."

"Y para Haddon. Él también se dirige a casa de Lord Kendelson."

"*¿Haddon?* Pero…"

"Pidió ir a entrenar con Ren. Estuve de acuerdo. Tu hermano se irá en los próximos días."

Liliana ahogó un grito de enojo. Haddon iba a dejar Maddlestow por culpa de Ren.

"Será bueno para tu hermano ser entrenado por guerreros que no están bajo el mando de su padre. Sobre todo," expresó el padre con un guiño, "hice lo mejor para ti. Espero que seas más feliz ahora que Ren se ha ido."

Ella logró esbozar una sonrisa. "Gracias padre."

Después de charlar con su padre por un rato más, Liliana se disculpó y regresó a su habitación. Las contraventanas de su ventana todavía estaban abiertas de par en par, y el cielo nocturno estaba salpicado de estrellas que incluso eran visibles más allá. Cerró las contraventanas y se dirigió a la cama para ponerse la camisola de dormir, que su sirvienta había dejado afuera.

Al final de la cama estaban el vestido y los zapatos que Ren había tomado. Encima de estos había una bolsa de lino atada con una cuerda.

Frunciendo el ceño, ella se acercó a la cama y abrió la bolsa. Dentro había un caballo tallado del largo y ancho de su mano. La escultura, de madera pulida, representaba al caballo parado, con la cabeza en alto y mirando a lo lejos, con la crin y la cola agitadas suavemente por el viento. Sin embargo, el animal no estaba relajado: los exquisitos detalles de los músculos agrupados y las fosas nasales ensanchadas transmitían que el caballo estaba completamente alerta, y listo para lanzarse al galope en cualquier momento.

Sus dedos rozaron el hermoso tallado. ¿Quién le había dejado esto?

Fue Ren.

Antes de salir de la fortaleza, él debió entregárselo a uno de los sirvientes y pedirles que se aseguraran de que ella lo recibiera.

La mano de Liliana tembló. ¿Le había dado el caballo como disculpa?

Esa ira recurrente se desenroscó dentro de ella, pero esta vez vino acompañada de remordimiento. Quería despreciarlo por todo lo que le había hecho pasar y robarle la lealtad de Haddon. Pero, por lo que su padre había dicho, Ren había soportado mucho últimamente, más de lo que tal vez fuera justo.

La confusión se agitó, mientras ella pasaba su dedo por el lomo del animal. Debería odiar a Ren, rechazar su regalo y tirar el tallado por la ventana. No obstante, destruir un objeto tan espléndido tampoco estaba bien.

Con esos ojos ardiendo, ella volvió a meter el caballo en su bolsa y lo guardó en el fondo de su baúl de lino. Un día, tal vez volvería a mirar ese tallado.

Hasta entonces, haría todo lo posible para olvidarse por completo de Ren.

Capítulo tres

Maddlestow Keep, Lincolnshire.
22 de diciembre, 1194.

"¿Bien? ¿Qué opinas?" Liliana, de diecinueve años, se quitó las agujas de abeto de las manos y retrocedió varios pasos, mientras su mirada recorría el muro de piedra con argamasa que tenía delante. Las suelas de sus zapatos crujían sobre el romero seco, el tomillo y los juncos esparcidos por el suelo del gran salón de Maddlestow Keep.

Averil terminó de atar un lazo de cinta roja en un botín de vegetación hecho de ramas de abeto, entrelazadas con hiedra, y atadas con racimos de acebo, luego se movió al lado de Liliana. "Creo que se ve absolutamente hermoso, Lil."

"Yo también." Liliana sonrió, porque tal como lo había imaginado, la guirnalda se extendía desde el fondo de una vasija de hierro forjado, sosteniendo una antorcha de caña encendida, hasta la siguiente. Ella y Averil habían asegurado la guirnalda alrededor de las cuatro paredes del gran salón, incluso cubriéndola con coloridos tapices. También habían decorado el enorme hogar con ramas más grandes de abeto y ramitas más adornadas con cintas de bayas de acebo de color rojo brillante. El olor acre del abeto persistía en el aire y se unía con el olor de la madera quemada y las hierbas trituradas, que era una mezcla acogedora y festiva de aromas.

En las últimas Navidades, el padre no había querido que hubiera adornos en el pasillo. En verdad, durante esos años Liliana tampoco había tenido muchas ganas de celebrar. Habían tenido demasiada tristeza para soportar. En 1190, Haddon y Ren se habían unido a la cruzada del rey Ricardo para liberar las tierras orientales de las garras de Saladino, y hacía tres inviernos, recién regresado a Inglaterra, Ren había dado la noticia de la muerte de Haddon, quien fue alabado como un héroe. Sin embargo, esa gloria fue de poco consuelo para ella, habiendo perdido a su único hermano, y para su padre, quien se quedó sin su único hijo y heredero. La noticia del fallecimiento de Haddon agotó las últimas fuerzas de su madre enferma y ella falleció, a principios de la primavera de 1192.

Este año, sin embargo, la Navidad sería diferente. Por primera vez en mucho tiempo, la emoción de la temporada hormigueó dentro de Liliana. No podía decir muy bien por qué, pero sabía que ya era hora de sacudirse las lúgubres telarañas que se habían instalado en los rincones oscuros del pasillo. Con Averil y su precoz hija de dos años, Rosabelle, de visita, seguramente esta Navidad sería especial.

Liliana miró la entrada arqueada del edificio delantero. Las escaleras del interior conducían a la puerta que daba al patio, por lo que era una de las escaleras más concurridas del torreón. "¿Nos queda suficiente vegetación para rodear esa entrada?" Miró los restos de hiedra, acebo y

abeto esparcidos sobre una de las mesas con caballetes de roble detrás de ella.

Averil negó con la cabeza. “Solo quedan restos. Tendremos que recolectar más abetos del bosque, pero Rosy pronto despertará de su siesta. Quizás tengamos que dejar eso para mañana.”

“Está bien. Bueno...”

“¿Qué pasa con esto?” Averil levantó el muérdago de hoja ovalada que habían tomado de las plantas prósperas, las cuales crecían en los manzanos del huerto del torreón. Averil tenía un brillo travieso en sus ojos. “Sería el lugar perfecto para el muérdago.”

“¿Estás segura de que es prudente? ¿Quién sabe quién podría caminar debajo y a quién tendrás que besar?”

“¿A mí?” Claramente, tratando de parecer sorprendida, Averil dijo: “¿y tú, Lil?”

“Evitaré esta escalera.”

“¿En verdad? ¿Cómo lo harás? Es la ruta principal hasta el patio.”

Liliana se rió y negó con la cabeza. De hecho, eso sería difícil. Probablemente imposible.

En verdad, ella no se oponía a unos besos en la mejilla. Todo fue una diversión inofensiva. Sin embargo, Burton, el mayordomo del castillo, estaba luchando contra un fuerte resfriado, por lo que se ofreció a ayudarlo con los preparativos para la Navidad. Había visto la lista de invitados que llegarían en los próximos días, y un nombre dejó todo su cuerpo entumecido por la sorpresa.

No podía imaginar por qué su padre había invitado a Renfred de Vornay a pasar la Navidad en Maddlestow. La Corona le había concedido a Ren una propiedad después de su regreso de la cruzada. En los últimos años, gracias a una buena gestión de sus tierras y a un matrimonio fortuito concertado por los ministros del rey, él se había convertido en uno de los señores más ricos e influyentes de todo Lincolnshire. Si bien la esposa de Ren había muerto al dar a luz el año pasado, y él era uno de los aliados más fuertes de su padre, Liliana no tenía ningún deseo de verlo de vuelta en el castillo, compartiendo sus celebraciones, mientras su hermano estaba muerto.

La risa irónica de Averil irrumpió en los pensamientos de Liliana. “¿Por qué de repente te ves sombría? No tienes miedo de unos cuantos besos, ¿verdad, Lil?”

Averil estaba sonriendo de manera muy irritante, como si ya estuviera conspirando para asegurarle muchos besos a Liliana. Al menos Averil estaba sonriendo. El pasado mes de abril había sufrido una terrible tragedia con la muerte de su señor marido. Lo habían arrojado de su caballo, mientras inspeccionaba los campos de su finca y murió dos semanas después.

Si Averil quería muérdago sobre la escalera, lo tendría.

“Ciertamente, no tengo miedo a los besos,” expresó Liliana. Después de todo, ella era una dama noble, hija de un señor rico y bien relacionado, y ningún invitado o sirviente del castillo se tomaría libertades a las que no tenía derecho.

Ella caminó hasta una silla junto a la chimenea, la empujó por el suelo hasta lo alto de las escaleras y luego tomó el muérdago de la mano extendida de Averil.

Averil siguió a Liliana hasta la silla. “Sabes que hablo de un beso en los labios, no de un beso rápido en la mejilla.”

El recelo recorrió a Liliana. Su amiga más querida todavía tenía esa terrible habilidad de leer su mente. De hecho, había estado planeando que cualquier beso que experimentara bajo el muérdago fuera en la mejilla.

“¿Quién sabe?” Averil murmuró. “Gracias a ese muérdago, es posible que conozcas al señor de tus sueños.”

Tratando de encontrar un punto nivelado en el suelo irregular, Liliana ajustó la posición de la

silla. “¿Crees que encontraré a mi propio caballero *caballeroso*? ¿Un héroe valiente digno de las canciones, que está destinado a ganarse mi amor?”

“Exactamente.”

Liliana resopló. “Sería un milagro divino.”

“Los milagros suceden en Navidad.”

Liliana luchó contra una oleada de remordimiento. El único milagro navideño que quería era que su hermano estuviera vivo y sano. Extrañaba muchísimo a Haddon. Pero, ese deseo más sincero nunca podría hacerse realidad, por mucho que lo deseara.

Liliana se levantó los dobladillos de su vestido y camisola de lana que llegaban hasta el suelo y subió a la silla. El vértice de la entrada todavía estaba ligeramente fuera de su alcance. Conteniendo la respiración, se estiró de puntillas.

La silla se tambaleó.

“Oh, Lil, ten cuidado,” dijo Averil. “¿Te sostengo la silla?”

“No te molestes. Estaré bien.”

Ella solo necesitó un momento más para meter el tallo del muérdago en el hueco roto del mortero.

De repente, una corriente helada subió por la escalera y agitó su vestido. Alguien había abierto la puerta al pie de las escaleras.

“Lil,” instó Averil.

“Lo sé. Me daré prisa.” Liliana se estremeció por la corriente fría. Con un empujón firme, colocó el muérdago en su lugar. Este no entró del todo porque el tallo era demasiado largo. Necesitaba un último empujón.

“¿Qué veo delante de nosotros?” La curiosa voz masculina resonó en el hueco de la escalera. “Milord, es la mitad inferior de una dama.”

“Efectivamente, así es,” respondió un segundo hombre. Su voz era cálida, con un ligero tono ronco, y a Liliana se le erizaron los finos pelos de la nuca. Ella nunca olvidaría esa voz.

¡Ay, piedad! Seguramente, eso no…

“*Um*... ¿Lil?” Averil parecía nerviosa ahora.

El muérdago estaba seguro en el mortero. Liliana se apresuró a bajar de la silla. Ella no podía soportar enfrentarlo al él. Hoy no. Ahora no…

Su zapato se enganchó en el dobladillo de su vestido.

La silla se tambaleó.

Liliana chilló. Intentó agarrar la silla tallada hacia atrás, pero su mano se cerró en el aire. Oh, ¡cielos! Ella se estaba cayendo...

Averil gritó. Se oyeron pasos en las escaleras.

Unos brazos fuertes agarraron a Liliana por la cintura. Jadeando, reconoció la repentina detención de su caída y la atracción contra el amplio torso de su salvador. Sus manos rozaron la parte delantera de su capa de lana del color gris de un cielo tormentoso. Los olores del aire fresco del invierno, el cuero y el jabón (una tentadora mezcla de aromas) se aferraron a él y llenaron las fosas nasales de ella.

Él la puso suavemente de pie. Sus zapatos tocaron el suelo y exhaló un suspiro tembloroso. Los brazos del hombre todavía la rodeaban, gracias a la bondad, porque sus piernas estaban inestables. Su corazón latía salvajemente contra sus costillas, y no solo por haber estado a punto de caer. Sabía quién la retenía, lo sabía sin la menor duda. Un anhelo perverso se agitó en su interior, como si hace mucho tiempo fuera ayer. Toda la vergüenza y la confusión que había encerrado se liberaron y su rostro se inundó de calor.

Un joven pelirrojo estaba al lado de su salvador. “¿Se encuentra bien, milady?” Preguntó.

“Lo estoy. Gracias.”

No quería mirar a su salvador a los ojos. No quería reconocerlo (había jurado no volver a verlo ni a hablarle nunca más), pero él acababa de salvarla de una herida grave.

Un nudo duro se le hizo en la garganta, mientras su atención se elevaba desde la barbilla cuadrada de su salvador hasta su nariz recta, y luego hasta sus ojos marrones de espesas pestañas. Sus miradas se cruzaron.

Su respiración se congeló. Sus ojos… tantas cosas se registraron en esas profundidades marrones, incluido el familiar y pícaro indicio de travesura.

Liliana logró esbozar una sonrisa. “Gracias, Ren.”

REN LE SONRIÓ A LILIANA. No pudo evitarlo, porque ella estaba en sus brazos como una vez había soñado. Olía de maravilla, como si fueran dulces flores de verano teñidas de lavanda. Ya no era la joven que recordaba tan vívidamente, sino una mujer, con rasgos aún más hermosos que antes.

Estudió su rostro vuelto hacia arriba, observando su suave frente, sus pómulos altos y el perfecto marfil de su piel. Incluso antes de que él encontrara su mirada, sus mejillas se habían vuelto de un color rosado brillante. Sus hermosos ojos ardían de mortificación y él percibió en ella una contradicción de emociones: asombro, alivio y consternación.

Su atención se centró en sus labios, llenos y ligeramente separados para revelar sus dientes inferiores blancos y rectos. Un temblor lo recorrió. Por mucho que deseaba acercar su boca a la de ella y besarla, para calmar la ansiedad de su próxima caída, sabía que ella no lo permitiría. Lo más probable es que le abofeteara y se marchara furiosa. No era la forma en que quería comenzar esta visita, especialmente cuando las circunstancias lo habían obligado a llegar dos días antes de lo planeado.

Exhalando una bocanada de aire entre sus dientes, ella se echó hacia atrás en sus brazos. Él no quería liberarla todavía. Ella había logrado mantenerse alejada de él durante su última visita a Maddlestow, cuando llegó para darle la noticia de la muerte de Haddon. Lady Thornleigh estaba enferma en cama y Liliana se había quedado al lado de su madre, atendiéndola. No había visto a Liliana, más que un par de veces, mientras ella corría por el pasillo para completar sus tareas. Si bien, él había admirado el tierno cuidado que ella había tenido hacia su madre, Ren estaba bastante seguro de que Liliana lo había evitado deliberadamente. Si ella planeaba hacer lo mismo otra vez, y esta era una rara oportunidad de verla y hablarle, no debía desperdiciarla.

“¿Estás realmente bien? ¿Estás segura de que no estás herida?” Él preguntó.

“Lo estoy,” ella dijo con sus palabras casi susurradas. Sonaba sin aliento, de la misma manera que gemiría si él la acariciara con su mano, arrastrándose sobre su piel desnuda...

Llevando sus pensamientos a territorio más seguro, dijo: “te ves bien, Liliana.” Le sonrió a Averil, de pie junto a su amiga. “Usted también, milady.”

“Es amable de tu parte decirlo, Ren,” expresó Averil, devolviéndole una sonrisa.

La boca de Liliana se abrió, como si tuviera la intención de responder. Después, como si se fortaleciera contra el impulso, apretó los labios. “Tú también tienes buen aspecto,” expuso finalmente, un tanto de mala gana, mientras su mirada recorría el escote de su capa y el alfiler de plata tachonado de gemas que la mantenía cerrada. “Pero, no te esperábamos hasta Nochebuena.”

“Sí.” Él suavizó su tono, tratando de sofocar el resentimiento en sus ojos. “Lamento haber

llegado dos días antes, pero hay asuntos importantes que debo discutir con tu padre. Espero que el mayordomo todavía tenga habitaciones para mí y mi escudero. Inclinó la cabeza hacia el hombre que estaba a su lado. “Este es Guy de Provence. Es un poco sinvergüenza, pero, ha prometido portarse lo mejor posible mientras esté en Maddlestow.”

Tal como se esperaba, Guy hizo una elegante reverencia. “Lady Thornleigh.”

“¿Has mejorado tu comportamiento?” Averil soltó una risita. “¿Te portaste tan bien como cuando vivías en este castillo, Ren?”

Él se rió. Había sido un tonto indisciplinado todos esos años atrás. Aunque no necesitaba el recordatorio de Averil. Solo tenía que mirar a Liliana, quien ahora estaba frunciendo el ceño.

“¿Mi padre sabía que llegarías hoy?” Ella preguntó.

“Le envié una misiva ayer. ¿Confío en que le llegó?”

“Él no me lo mencionó.” El disgusto de Liliana se hizo más profundo. “Pero, ayer estuvo fuera del torreón la mayor parte del día, atendiendo asuntos patrimoniales. Se fue de nuevo esta mañana.”

“Posiblemente, no tuvo la oportunidad de decírtelo, Lil,” dijo Averil, dirigiendo su mirada a la de Ren. Un reconocimiento silencioso pasó entre ellos. Era posible que Lord Thornleigh no le hubiera dicho deliberadamente a su hija la inminente llegada de Ren.

“Ha estado muy ocupado,” coincidió Liliana. Su tentador pecho presionó contra Ren, mientras ella respiraba profundamente, y un escalofrío de placer pecaminoso la recorrió. “No importa,” continuó. “Le pediré al mayordomo que te prepare una habitación.”

“Gracias,” expuso Ren.

Claramente esperando que su conversación terminara, Liliana se presionó contra sus brazos y el extremo de su trenza rozó su muñeca. “Estoy seguro de que si has viajado hoy, te gustaría tomar un poco de cerveza o tal vez un poco de vino caliente.”

“Sí, efectivamente, milady,” dijo Guy con una sonrisa.

“Sería muy amable,” respondió Ren, todavía manteniendo firme a Liliana.

“Tendrás que liberarme, Ren, para que pueda convocar a los sirvientes.”

Saboreó su expresión, que era una mezcla de molestia y cortesía forzada. “Lo haré. Una vez que hayamos terminado aquí.”

“¿Terminado aquí?” La confusión ensombreció sus ojos.

Luchó por no sonreír como un gato engreído. “Creo que tenemos una obligación que cumplir.”

“Oh,” murmuró Averil.

Guy se rió.

Ren miró deliberadamente hacia el muérdago que colgaba en el aire sobre ellos y luego volvió a mirar a Liliana. Sus ojos se abrieron como platos. Su garganta se movió al tragar.

“Realmente, debería… llamar a los sirvientes,” ella dijo. “Están ocupados con los preparativos para Navidad y...”

“Ven ahora,” él la persuadió. “No podemos ignorar la tradición del muérdago.”

“No en esta época del año,” estuvo de acuerdo Averil.

Liliana le lanzó a su amiga una mirada penetrante, sin duda, había esperado que Averil la ayudara a escapar de su situación. Ren contuvo una carcajada. La expresión de Liliana era ahora una atractiva mezcla de resignación y horror.

Bajo el Cielo, él nunca se había imaginado que hoy estaría besando a Liliana. Hace años, haberla besado habría sido su sueño más anhelado hecho realidad. Había querido el sabor de sus labios, anhelado mostrarle cuánto la admiraba y deseaba. Ahora aquí estaba ella, cálida y

temblorosa en sus brazos. No iba a negar su increíble buena suerte.

Sintiendo claramente su determinación, ella se puso rígida en sus brazos. Obviamente ella estaba luchando por pensar en una manera de negar su beso. “Es solo un beso, Liliana.”

“Entonces terminemos con esto.”

La molestia corría por sus venas. Él luchó por mantener bajo control su emoción rebelde. Besar no era arduo. No era una coreografía ni un acto que debiera ser visto con desdén. Besar era un placer. Quizás a ella no la habían besado lo suficientemente bien o con la suficiente profundidad como para darse cuenta de esto.

Era fuego del infierno. Ahora él quería saber sobre todos los otros hombres que ella había besado.

Los celos, tan calientes como una brasa ardiente, ardían en sus entrañas. No importa cuántos otros hubieran besado su exuberante boca, su beso sería el mejor que ella jamás habría tenido.

Con el fuego de la resolución impulsándolo a seguir adelante, él inclinó la cabeza y presionó sus labios contra los de ella. Sus labios cerrados eran suaves, cálidos bajo los de él. Ella soltó un pequeño jadeo de sorpresa, un reconocimiento de placer inesperado, y él profundizó el beso, mientras que el suave movimiento de sus labios la convenció para que le devolviera el beso.

Ella tenía un sabor increíble. Sus brazos se apretaron para acercarla aún más. Un gemido retumbó en su garganta.

Era vagamente consciente de que Averil se reía y aplaudía.

“Es un beso,” dijo Guy.

Ren apartó su boca de la de Liliana. Con el rostro enrojecido, ella lo miró fijamente con expresión aturdida.

“¿Continúo?” Preguntó con una sonrisa.

“¿Qué?” Ella susurró.

Una ráfaga de aire helado subió las escaleras detrás de él. Alguien había abierto la puerta exterior.

“¡Aah chooo!” El violento estornudo resonó en el edificio delantero.

Liliana saltó al agarre de Ren. Él quería abrazarla fuertemente, sofocar su rebelión con un beso aún más apasionado, pero con un suspiro de mala gana, la soltó. Ella retrocedió varios pasos y se detuvo justo fuera de su alcance, con las manos en puños a los costados. Su postura desafiante despertó un recuerdo de hace mucho tiempo: ella alejándose de él en el pozo, después de haberlo confrontado por su ropa robada. Con esfuerzo, él hizo a un lado el recuerdo.

Se oían resoplidos en el edificio delantero, junto con pisadas pesadas.

“Es Burton, el mayordomo,” expresó Liliana. “Le pediré que haga los arreglos necesarios.” Cada palabra fue claramente educada, como si no hubieran estado simplemente en los brazos del otro.

“Es usted muy amable, milady.” Ren deseaba que ella lo mirara, que reconociera la intimidad que acababan de compartir, pero ella no lo miró a los ojos.

Un hombre alto, nervudo, de pelo gris, ojos rojos y nariz roja e hinchada apareció en lo alto de las escaleras. “Bilady,” él dijo, inclinándose.

“¿Cómo está tu resfriado?” Preguntó Liliana.

“¡Ay! Igual, pero, te agradezco por preguntar bilady. Byles me pidió que le informara que Lord Renfred de Vornay y su escudero acaban de llegar, pero veo que ya ha atendido a nuestros invitados.”

“Sí, lo he hecho. Burton, ¿puedo presentarle a Lord de Vornay y Guy de Provence?” Liliana les hizo un gesto. Sus modales eran exquisitamente corteses, como lo que Ren esperaba de una

dama de su estatus noble, pero supuso que ella estaba contando los momentos hasta que pudiera huir.

"Buenos días, Burton," expresó Ren.

El mayordomo les hizo una reverencia. Luego su rostro se arrugó por la confusión. "Bilords, ¿se quedarán esta noche? Pensé que no llegarían hasta dentro de un par de días."

Ren respiró hondo para responder, pero Liliana habló primero. "Llegan temprano debido a asuntos importantes que discutirán con mi padre. Por favor, prepara habitaciones para su estadía. Después del viaje, también les apetece algo ligero y una bebida."

"Por supuesto." El hombre nervudo sacó un pañuelo de su manga y se secó la nariz. "Además, bilady, ¿podrías ir a la cocina? El cocinero tiene algunas preguntas sobre la fiesta del día de Navidad."

"Iré de inmediato."

Una vez más, Ren intentó captar la mirada de Liliana, pero ella se negó rotundamente a verlo.

"Hasta que nos volvamos a encontrar, milords," ella dijo con una reverencia baja y perfecta. Luego, agarrando la mano de Averil, empujó a su amiga hacia la escalera y ambas desaparecieron de la vista.

AFUERA, bajo el fresco sol de la tarde, Liliana se dejó caer contra el muro de piedra del torreón, echó la cabeza hacia atrás y soltó un suspiro: ¡santa Madre! ¿Qué acababa de pasar? ¿Cómo había terminado colgando un manojo de muérdago y siendo besada por el único hombre que despreciaba?

"Lil," susurró Averil. "¡Besaste a *Ren*!"

Un nuevo sonrojo calentó el rostro de Liliana. Estaba caliente por todas partes, desde el cuero cabelludo hasta los dedos de los pies. Su estómago también estaba revuelto, como si hubiera tragado una taza de vino caliente demasiado rápido. La sensación flotante y sin aliento, que había experimentado cuando estuvo junto al pozo años atrás y Ren le había quitado suavemente el cabello de la cara... Esa misma había regresado, solo que esta vez más fuerte, y acompañada de un dolor sordo en lugares femeninos, que no deseaba contemplar en ese momento.

Qué increíblemente malvado era que Ren pudiera despertar deseos tan intensos en ella. Esas sensaciones tentaban con una promesa tan dulce. Él había asediado tan fácilmente sus defensas emocionales, cuando ella debería haberse mantenido distante. Eso fue muy desconcertante.

Averil sonrió. "¿Bien?"

"¿Bien qué?"

Con un juguetón golpe en el brazo, Averil dijo: "¿cómo estuvo el beso?"

Exquisito. Maravilloso. Para mi asombro, ese fue el momento más deliciosamente impresionante de toda mi vida. Reprimiendo la inoportuna oleada de deleite (no debería sentirse cautivada por las atenciones de Ren), Liliana se alejó de la pared, encogiéndose de hombros. "Estuvo bien."

"En verdad." Averil se cruzó de brazos, una señal segura de que no había terminado de hablar de besos. "Muy bien."

Tres muchachos que cuidaban los caballos, junto a los establos, miraron hacia el torreón, sin duda preguntándose de qué estaban hablando Liliana y Averil. Otros sirvientes en el patio que hacían sus recados también las miraban furtivamente.

"Por favor, Averil," expuso Liliana, manteniendo la voz en voz baja para que no se

escuchara. “No quiero hablar del beso de Ren en este momento.”

“¿Por qué no? Me pareció maravilloso,” dijo su amiga, sin moverse. “Ciertamente, él sabía lo que estaba haciendo. De hecho, casi estaba celosa.” Inclinándose y bajando la voz, Averil preguntó: “¿fue tu primera vez?”

“¡Esos dientes! Si debes saber…”

Los ojos de Averil brillaron. “¡Debo saberlo!”

“Fue mi primera vez, así en los labios.”

Chillando, Averil sonrió. “Oh, Lil. ¡Qué maravilloso!”

“No es maravilloso.” Suspirando, Liliana cerró los ojos. “No me gusta Ren. Nunca, jamás lo habría besado...”

“… Si no fuera por el muérdago,” terminó Averil asintiendo con complicidad. “Qué suerte que hayas pensado en colgar el muérdago cuando lo hiciste.”

¿Suerte brillante? ¿Qué tal una suerte terriblemente podrida? Liliana sintió que Ren no iba a dejarla olvidar lo que había sucedido entre ellos. El desgraciado truhán le recordaría ese beso todos los días de su visita y tal vez durante años después.

Voces débiles sonaron desde el edificio delantero, en la puerta de madera cerrada solo hubo unos pasos a su derecha. Probablemente, Burton regresaría al patio para mostrarles a Ren y Guy dónde dormirían. Ella se puso a caminar rápidamente. Ren no iba a verla desmayándose y todavía tratando de recuperarse de su beso. Ella nunca escucharía el final de sus alardes.

Con el raspado arenoso de los zapatos sobre la tierra compacta, Averil alcanzó a Liliana. “No confundas mis bromas, Lil,” ella dijo suavemente. “Estoy feliz por ti. Mereces ser cortejada por un joven señor elegible.”

“No quiero que Ren me corteje,” murmuró Liliana.

“¿Por qué no? Es joven, muy guapo y está disponible. Además, sabe besar bien.”

Poniendo los ojos en blanco, Liliana se acercó a las puertas abiertas de la cocina. El vapor flotaba hacia el patio, junto con el aroma de las tartas de grosellas horneadas. “Un buen beso no compensa las fechorías pasadas de Ren.”

“¿Al menos podrías *intentar* pensar más amablemente en Ren?” Preguntó Averil, con una súplica en sus ojos. “Estuvimos de acuerdo en que pueden ocurrir milagros en Navidad.”

Capítulo cuatro

"Lamento no haber estado aquí para saludarte cuando llegaste, Ren." Sentado a la mesa del señor en el estrado del gran salón, Lord Thornleigh sirvió más vino tinto en la copa de Ren.

Su Señoría y su escolta de hombres de armas habían regresado al torreón, justo antes del anochecer, y él había ordenado inmediatamente que se sirviera la cena. Las risas y las charlas subieron hasta las sombras de la gran cámara, mientras los hombres de armas, los sirvientes del castillo y sus hijos comían un espeso potaje de verduras, trucha al horno con salsa de vino blanco y mostaza, queso, abundante pan de cereales y rebanadas de pan y pastel de jengibre. Los perros revoloteaban debajo de las mesas, esperando encontrar algún bocado caído.

Mientras el salón estaba lleno, había dos sillas vacías en la mesa del señor: los lugares reservados para Liliana y Averil. Después del beso bajo el muérdago, Liliana había decidido evitar a Ren. De nuevo. Ren luchó por ignorar su decepción. No le sorprendió su ausencia, pero esperaba que después del beso ella se sintiera un poco afectuosa con él.

Ren aceptó la copa llena con un gesto de agradecimiento. "No me ofendí por su ausencia, milord. Entendí que tenía asuntos urgentes que atender." De ninguna manera Ren mostraría disgusto porque Su Señoría no estuviera en la fortaleza antes. Lord Thornleigh había acogido a Ren años atrás, cuando su propio padre no quería tener nada que ver con él. Además, Su Señoría le había dado a Ren la oportunidad de mejorar su vida, a pesar de que Ren era demasiado joven y estúpido, en aquel entonces, para apreciar lo que se le había ofrecido.

"Asuntos urgentes." Una risa irónica surgió de Su Señoría. Dejó la jarra de vino plateada y sacudió la cabeza. "Siempre hay asuntos que necesitan atención cuando uno es un señor, como estoy seguro de que bien sabes."

Ren sonrió. "Muy cierto." Su propiedad en Lincolnshire, que le fue concedida a su regreso de la cruzada, era la mitad del tamaño de la de Lord Thornleigh, pero, en realidad, siempre había disputas que resolver, edificios y carreteras que reparar, o criminales que perseguir. "Espero que el trabajo de su día no haya sido un problema demasiado grave."

Su Señoría tomó la cuchara y cogió un poco de potaje rebosante de col, puerros, trozos de nabo y lentejas. "La última nevada fue tan intensa que un puente principal que entraba y salía del pueblo se quebró bajo el peso," dijo. "Contraté a gente local para repararlo, pero no trabajaban lo suficientemente rápido. Uno de mis hombres los habría supervisado, pero, su esposa va a tener un bebé, así que dije que yo supervisaría el trabajo. Con suerte, la tripulación debería terminar mañana." Su Señoría tomó su cucharada, se volvió ligeramente y analizó a Ren. "¿Confío en que hayas sido bien recibido?"

Ren luchó contra una punzada de recelo. El rostro de Su Señoría estaba marcado por la edad y su cabello era gris plateado, pero a Ren, esa expresión aguda le recordaba mucho a Haddon.

Igualmente, en presencia de este hombre, a pesar de todo lo que Ren había logrado, todavía se sentía como el joven idiota sin principios que había sido años atrás.

Sujetó con más fuerza el pie de su copa. “Me recibieron como es debido. Gracias.”

“¿Viste a Liliana? Ella y Averil decoraron el salón hoy. Debo decir que han hecho un trabajo maravilloso.”

Efectivamente, señor, vi a Liliana y la besé de lleno en la boca, ahí mismo, debajo del muérdago. “Vi a Liliana por unos momentos.”

“Bien. Cuando recibí tu carta sobre llegar dos días antes, decidí no decírselo. Se enfadará conmigo si se entera, pero no quería que desapareciera, como suele hacer cuando la visitas.” Señaló las sillas vacías. “Veo que era una esperanza tonta.”

Ren ahogó una sonrisa. “Liliana se ha convertido en una mujer hermosa.”

El orgullo suavizó los rasgos de Su Señoría y asintió, mientras terminaba de masticar su bocado. “Ella lo es. Se parece mucho a su difunta madre, que era la dama más bella que jamás haya visto.” La angustia se apoderó de su rostro. “La verdad no sé qué hubiera hecho sin Liliana, en los años tristes que su mamá estuvo enferma. Liliana cuidó a Clara, día y noche, hasta el final. Sabes que mi esposa murió, ¿verdad?”

“Sí, milord. Lo siento.” Ren tragó otro sorbo de vino. “Mi esposa también murió.”

“En el parto, escuché.”

“Sí. La perdí a ella y a mi hijo, mi único hijo.”

La simpatía brilló en los ojos de Su Señoría. “También lo siento por tu pérdida.”

Ren masticó un bocado del sabroso pan. Era doloroso pensar en su esposa y su hijo muertos, porque los recuerdos eran agudos y crueles. Sin embargo, también había compañerismo en la angustia que compartía con Lord Thornleigh. Se quedó callado, sintiendo que Su Señoría tenía más que decir.

“Aunque me alegré del tierno cuidado de Liliana por su madre,” continuó finalmente Su Señoría, “sé que ha habido consecuencias para ella. Se negó a considerar pretendientes, a pesar de que los señores deseaban cortejarla. La animé a pensar en el resto de su vida, incluyendo el matrimonio y los hijos, pero, ella se negó.”

Liliana no había considerado pretendientes. El pensamiento envió una ráfaga de calor posesivo a través de Ren. “Ella todavía es joven. Quizás ahora esté lista para considerar un marido.”

Su Señoría se rió entre dientes. “Recuerdo cómo intentaste llamar su atención hace años. ¿Ranas y cardos, creo?”

“Ahora soy un poco más valiente.”

“¿Quieres decir ranas y cardos más grandes?”

Una carcajada surgió de Ren y sacudió la cabeza. “Por el honor de mi caballero, lo juro: no más ranas ni cardos.”

Su Señoría se rió entre dientes. Cuando su risa murió, tomó otro bocado de potaje. “Bien. Independientemente de lo que ocurrió en el pasado entre Liliana y tú, ¿supongo que hay una buena razón por la que llegaste aquí antes de lo previsto?”

El estómago de Ren se retorció. Tenía mucho que contarle a Su Señoría, algunos de estos temas eran extremadamente difíciles. “De hecho,” resaltó, “hay una buena razón.” Al menos una de esas razones era lo suficientemente peligrosa como para que él y otros fueran asesinados si la noticia llegaba a oídos equivocados, “pero, me temo que lo que tengo que decir será mejor compartirlo en privado.”

Las cejas grises de Su Señoría se alzaron. “Oí que visitas con frecuencia los tribunales de

Londres. Supuse que estabas estableciendo alianzas, una cuestión de necesidad para todos nosotros, los nobles, con el creciente malestar político en Inglaterra.”

“Las alianzas son, de hecho, el centro de lo que tengo que decirle.” Destellos de recuerdos, sombríos y dolorosos, parpadearon en los pensamientos de Ren, y un escalofrío lo recorrió. Los acuerdos nacidos en la amistad y forjados en la sangre eran votos hechos hasta la muerte. “Cuando le diga por qué he venido, milord, comprenderá por qué no hablaré más en este salón.”

LILIANA Y AVERIL acercaron las sillas a la mesa de roble, colocada junto al crepitante fuego, en la habitación de Liliana. Sobre la alfombra de lana estampada, tendida ante la chimenea, Rosy se sentaba y jugaba con una muñeca de tela. La niña había terminado su ración de potaje, pan y queso, y ahora hablaba en voz baja y cantarina, mientras desataba el pelo de hilo de la muñeca. Una sonrisa melancólica apareció en los labios de Liliana, porque Rosy tenía unas manitas tan perfectas. Su cabello que llegaba hasta los hombros era oscuro, igual que el de Averil y el de su madre. Averil tenía una actitud amable y gentil hacia su hija.

“Lil,” dijo Averil. “Aún no has respondido mi pregunta. ¿Qué vas a hacer?”

Liliana metió un trozo de nabo en su potaje. “No te estaba ignorando. Solo estaba…”

“¿Conspiramos para robar la ropa de Ren, mientras está de visita?” Averil sonrió y masticó un trozo de queso amarillo intenso. “Recuerdo que tuvimos una conversación así hace años, durante una comida similar en esta cámara.”

Liliana soltó una risita. “Estaba pensando lo mismo.”

“¿En verdad? ¿Sobre robar la ropa de Ren?”

“¡Ay, misericordia! ¡No!”

Averil se encogió de hombros. “Sería muy divertido. En algunos hogares, es tradición jugarse bromas, unos a otros.”

“Sí, pero, hace años íbamos a involucrar a Haddon, y...” La voz de Liliana se apagó. No había querido hablar de su hermano. Ahora que lo había hecho, esa sensación de pérdida la invadió. Parpadeando fuertemente, miró hacia el fuego.

“Lo siento. No quise recordarte a Haddon,” dijo Averil en voz baja. “Debo admitir que cuando hablaba de bromas, pensaba en la familia de mi marido. El año en que nació Rosy, su hermano mayor… Bueno, no importa.”

Liliana le sonrió a su amiga. “Somos una buena pareja, ¿no?”

Averil se secó una lágrima del rabillo del ojo y le devolvió la sonrisa, luego mojó un pequeño trozo de pan en su caldo de potaje. “Somos. Pero, no lo desearía de otra manera.”

“Yo tampoco,” susurró Liliana.

Asintiendo, Averil se enderezó en su silla y su expresión era más serena. “Bien. Ahora, volvamos al asunto crucial que nos ocupa: Ren. Por mucho que disfruto comer en tu habitación, no puedes comer aquí todos los días que él esté de visita.”

“Lo sé.”

Averil tragó el pan que había estado masticando. “Me alegra oírlo, porque si tuvieras tales intenciones, simplemente no te lo permitiría. Tienes derecho a disfrutar de la Navidad, Lil, especialmente en casa de tu padre.”

“Es cierto, pero…”

“Como ambas hemos visto, Ren es un hombre adulto, ya no es un muchacho tonto.” Una sonrisa traviesa curvó su boca. “¿Mencioné antes que creo que es muy guapo?”

“¡Averil!”

“Tengo ojos,” replicó Averil, riéndose. “No puedo evitar admirar a un hombre hermoso.” Ella sonaba un poco melancólica, como si pensar en Ren le hubiera hecho recordar a su difunto marido nuevamente.

Cuando la mirada de Averil se posó en Rosy, que ahora vestía a su muñeca con ropa nueva, Lil luchó contra una pizca de arrepentimiento. Había prometido darle a su más querida amiga una deliciosa Navidad, y antes, en el patio de armas, había aceptado pensar más amablemente en Ren, aunque esa promesa requeriría todos sus mejores esfuerzos.

Sin embargo, comparando ambos votos, el relativo a Averil era el más importante. Por lo tanto, Liliana debía hacer todo lo posible para mantener el ánimo de su amiga en alto.

“Está bien.” Liliana puso los ojos en blanco. “Lo admito, Ren es guapo.”

Averil soltó una risita. “También es muy ancho de hombros.”

“También parece más alto que hace años. Más grande… por todos lados.”

Averil se atragantó con el bocado. “Bueno, no puedo decir que lo haya notado más grande por todas partes,” dijo entre risas.

Liliana jadeó. “¡Averil! No te refieres a esa parte de Ren, ¿verdad?”

“Soy viuda,” dijo Averil, todavía riéndose.

Sí. Una viuda que había experimentado mucho más con su marido que lo que Liliana había experimentado con cualquier hombre. Una sensación de insuficiencia se apoderó de Liliana, porque en muchas experiencias (cortejo, matrimonio, intimidad conyugal y parto), ella estaba muy por detrás de Averil y de la mayoría de las mujeres nobles de su época. No obstante, nunca se arrepentiría de esos años que pasó cuidando a su madre. Si tuviera la opción, volvería a hacer lo mismo.

“Oh, Lil. Te he sorprendido.”

“No. En todo caso, me has intrigado.” Liliana dijo con honestidad. “Algún día espero casarme y saber cómo es…” No podía pronunciar las palabras.

“Lo harás. Estoy seguro de ello.” Averil apretó la mano de Liliana. Luego sonrió y asintió con la cabeza hacia Rosy, que sostenía su muñeca, con la ropa torcida y mal abotonada, para que su madre la admirara. “Mientras tanto, Lil, debes pasar esta Navidad. Si quieres mi consejo, te sugiero que en lugar de evitar a Ren, aproveches la oportunidad para ser absolutamente educada e impecablemente encantadora.”

“¿Con Ren?”

“¡Con Ren!”

“¡Averil! No puedo.”

“¡Puedes!” Destacó su amiga con firmeza. “Él no se lo esperará, así que piensa en lo sorprendido que se sentirá. ¡Qué deliciosamente maravilloso! No puedo esperar a ver su expresión.”

“¡Ugh!” Liliana simplemente no quería imaginarlo.

“Utiliza toda tu fuerza de voluntad femenina,” prosiguió Averil. “Considera la visita de Ren como una forma de practicar tus mejores modales y tu aplomo femenino. Estuviste perfecta en el pasillo antes, cuando les presentaste a Ren y Guy a Burton.”

“Pero…”

“Solo necesitarás comportarte lo mejor posible durante unos días, hasta que Ren se vaya. Entonces, podrás volver a despreciarlo tanto como quieras. Sé que puedes hacerlo. Estoy segura de que tu padre también estaría muy orgulloso de tu actuación.”

Liliana tragó saliva y miró los restos de su comida. “Bien…”

“¿Al menos inténtalo?” Averil la convenció. “¿Por favor?”

“Está bien, lo intentaré.”

LORD THORNLEIGH se quedó quieto mientras servía dos copas de vino tinto. “¿El Halcón del Rey, dices? ¿Viene aquí?”

“Sí, milord. Debería llegar en los próximos días.” Ren se sentó en una silla tallada junto a la chimenea. Después de la cena, el señor mayor había ordenado que enviaran una gran jarra de vino al solar y luego invitó a Ren a seguirlo al nivel superior del castillo. A su llegada, los guardias habían abierto dos enormes puertas de madera, reforzadas con hierro, para permitirles entrar en la cámara privada de Su Señoría.

El gran solar contaba con muebles de roble: una amplia cama de dos plazas, dos mesitas de noche, una larga mesa con caballetes, varios baúles para la ropa blanca; y alfombras y tapices de colores. Era una habitación cómoda, aunque Ren no podía ignorar la frialdad que se había acumulado en su interior durante la comida. Ni siquiera el calor del fuego alivió el frío. Había llegado el momento de decírselo todo a Lord Thornleigh, y Ren no sabía cuál era la mejor manera de abordar lo que tenía que relatar. No quería molestar a Su Señoría, un hombre al que respetaba mucho, y, sin embargo, probablemente no había otra alternativa.

Y entonces, Liliana se enteraría.

Ella odiaría a Ren, aún más, aunque él hubiera hecho lo que tenía que hacer. Él realizó lo que la Corona esperaba y exigía. Cumplió con un voto de caballero de deber estricto y servicio honorable al rey, e hizo esa promesa sagrada en el suelo sangriento de Acre. Cuando recibió sus órdenes, Ren no tuvo más remedio que obedecer.

Lord Thornleigh entendería por qué Ren había hecho lo que hizo.

¿Y Liliana? Solo en el Cielo lo sabrían.

Su Señoría le entregó a Ren una copa de plata. El sudor cubría la mano de Ren y su palma estaba resbaladiza contra el metal pulido. *Era fuego del infierno*, pero él tenía los pies húmedos dentro de las botas.

“Bien.” Soplando aire entre sus labios, Lord Thornleigh se dejó caer en la otra silla. Las juntas de madera crujieron bajo su peso. “Es un gran honor, por supuesto, que un hombre tan importante sea mi invitado.”

“Me han dicho que él espera conocerte.” Afortunadamente, la voz de Ren sonaba tranquila y no traicionaba su inquietud.

Su Señoría tomó un sorbo de vino y estiró sus botas hacia el fuego. “Nunca antes había conocido a ese hombre. Sin embargo, lo vi una vez, hace unos ocho años. Cruzó una plaza de la ciudad donde mi difunta esposa estaba, dentro de una tienda, probándose un vestido que había encargado. El Halcón del Rey guiaba un segundo caballo con un asesino capturado atado a la silla.” Sacudiendo la cabeza, Su Señoría dijo: “nunca olvidaré ese momento. Liliana y Haddon estaban conmigo. De repente toda la plaza quedó en silencio. El Halcón del Rey tenía una figura impresionante: un hombre gigante, todo vestido de negro, con el rostro protegido por el yelmo y la capa ondeando detrás de él. No me di cuenta de quién era. Lo vi solo como un jinete vestido completamente de negro, hasta que más tarde un comerciante nos dijo que era el Halcón del Rey. El pobre hombre susurró el nombre, como si temiera ser castigado al pronunciarlo.”

“Realmente es un hombre legendario,” expuso Ren y bebió más del excelente Burdeos. Quizás si bebiera lo suficiente, podría aliviar un poco su ansiedad y calentarse de adentro hacia

afuera.

"Sí," estuvo de acuerdo Su Señoría. "Ciertamente es legendario en todo Lincolnshire. ¿Persigue también a criminales en otras partes de Inglaterra?"

Ren asintió. "Va a donde la Corona siente que lo necesita. El año pasado, los ministros del rey incluso consideraron enviarlo a Alemania para tratar de ayudar al rey Ricardo a escapar de su encarcelamiento en Trifels. Sin embargo, al final, se pagó el rescate requerido para liberar a nuestro rey."

Por todo lo que Ren había visto, el Halcón estaba muy orgulloso de su trabajo. Era especialmente bueno para llevar ante la justicia a los asesinos más despiadados con su astucia, su fuerza bruta y el poder de su espada.

La expresión de Lord Thornleigh estaba teñida de curiosidad. "Pareces saber mucho sobre el Halcón del Rey. Entonces, ¿lo has conocido?"

Una oleada de inquietud recorrió a Ren. "Lo he conocido."

"¿Cuándo lo conociste por primera vez?"

La pregunta tenía una respuesta peligrosa. Reprimiendo un escalofrío cada vez más profundo, Ren se encogió de hombros. "No puedo recordarlo." Sonriendo, añadió: "es posible que estuviera borracho en ese momento."

Su Señoría se rió entre dientes, pero ahora el asombro brillaba en sus ojos. "Se dice que el rey solo permite que unos pocos favorecidos se acerquen a su Halcón. Eres un señor honorable, en verdad."

La admiración en la expresión del hombre mayor era tan genuina que Ren no pudo resistir una sonrisa. "Me siento honrado, y no solo por el rey. Es un gran gesto de bondad, milord, que tenga que pasar la Navidad aquí en Maddlestow."

Lord Thornleigh agitó una mano desdeñosa. "Eras el amigo más cercano de mi hijo. Estuviste con él hasta que murió. Es lo mínimo que puedo hacer." Sus palabras se desvanecieron y al calmarse, su rostro parecía cansado, tenso, mientras los recuerdos claramente tomaban protagonismo en sus pensamientos. El fuego arrojaba luces y sombras sobre su rostro. "¿Dijiste que el Halcón Real llegará aquí en uno o dos días?"

"Sí." Ren se inclinó hacia adelante en su silla, apoyando los codos en las rodillas y balanceando el vino en las manos. "Primero debe completar una misión para el rey," él expresó. "Entonces, vendrá aquí."

"Me aseguraré de informar a Burton, para que prepare una cámara," manifestó Lord Thornleigh. "A Liliana también se le debería decir."

Liliana. Hermosa, tentadora y deseable Liliana. Ren se frotó los labios, sintiendo las palabras difíciles acumulándose en su lengua. "Milord," dijo en voz baja, mientras un leño ardiendo en el fuego se partía y siseaba, "no llegué aquí temprano solo para informarle de la visita del Halcón. Mi visita aquí…" Él respiró hondo, "tiene otro propósito."

"¿Qué quieres decir?"

Ren miró el vino en su copa, tan oscuro y rojo como la sangre. "No me resulta fácil decir lo que debo decir, milord. Perdóneme. No es mi intención ofenderle, pero temo que le molestará lo que le diré."

"¡Saca la verdad!" Murmuró su señoría.

Ren se encontró con el ceño fruncido del hombre mayor. "Es hora de que sepas la verdad sobre Haddon."

Capítulo cinco

Ren se sentó en frente de la chimenea en el gran salón. Inclinándose hacia adelante en la silla, con los codos sobre los muslos, colocó su pequeño cuchillo en el trozo de madera del tamaño de la palma de su mano. El sonido áspero era apenas audible sobre el crujido y el silbido del fuego. Las virutas cayeron sobre los juncos secos a sus pies. Haciendo una pausa, movió la madera para estudiarla bajo el resplandor del fuego, antes de tallar una sección más cercana a su pulgar.

Tallar siempre lo había calmado. La primera vez que llevó su daga a la madera fue cuando era niño, en duelo por su difunta madre. Nunca había dejado de crear animales a partir de cualquier pieza de madera que pareciera adecuada para sus proyectos. Una sonrisa apareció en la boca de Ren, porque el perro estaba progresando muy bien. Además, cada vez que inhalaba, percibía el olor a abeto, un aroma que le recordaba el bosque donde hacía mucho tiempo, él y Haddon habían espiado a Liliana y Averil, mientras ellas nadaban.

El salón estaba oscuro y silencioso, salvo por el ruido del fuego y los murmullos de un grupo de hombres reunidos en una mesa iluminada con velas junto a la pared del fondo. Las otras mesas de caballetes utilizadas para la cena fueron retiradas y los jergones de paja habían sido removidos y colocados sobre el suelo cubierto de juncos. Los niños pequeños dormían junto a sus madres. Los perros se acurrucaban entre la gente que dormía. Más sirvientes cruzaban silenciosamente el pasillo para buscar sus camas para pasar la noche.

Un bostezo ardió en la boca de Ren, pero se lo tragó y se concentró en su tallado. Tenía los párpados pesados y el cuerpo cansado por un largo día de viaje, pero no tenía sentido retirarse a la cama todavía. No podría dormir. Su conversación con Lord Thornleigh todavía daba vueltas en su mente como un halcón inquieto.

Su Señoría había tomado las revelaciones de Ren tan bien como era de esperarse. La conmoción había drenado los rasgos del hombre mayor a un tono ceniciento. Entonces su ira había aparecido. Sin embargo, al final, Lord Thornleigh admitió de mala gana que era deber de Ren permanecer en silencio hasta ahora. Un caballero estaba obligado por honor a seguir las órdenes de su rey hasta que el propio regente rescindiera esas órdenes. Si bien la conversación había sido difícil, un peso aplastante se liberó del alma de Ren, uno que se alegraba de no tener que soportar más.

Cuando el silencio se instaló en el solar, Su Señoría pidió estar solo. También había acordado que Ren debería decírselo a Liliana. Ren suspiró, porque tenía que encontrar a Liliana para hablar con ella. Su ausencia en la cena demostró que no sería fácil conversar con ella, y tal vez no tuviera la oportunidad hasta mañana como muy pronto.

Se oyeron ligeras pisadas en el rellano cercano.

Los instintos de Ren se pusieron en alerta máxima.

Era Liliana.

La conciencia de ella lo atravesó, mientras guardaba el tallado y el cuchillo en la bolsa de cuero atada a su cinturón. Miró hacia el rellano, iluminado por una hilera de antorchas. Sus miradas se cruzaron. Sus ojos se abrieron como platos, antes de que pareciera tomar aire, empujar sus hombros hacia atrás y continuar. Su manto verde oscuro estaba flotando hasta sus tobillos. Con una de sus manos en la barandilla, él bajó las escaleras.

El deseo hormigueó en las entrañas de Ren. Ella se movía con tanta gracia. El orgullo definía la obstinada inclinación de su barbilla, pero él vio una belleza exquisita en las líneas esbeltas de su mano, su rostro y el elegante balanceo de su cuerpo. Si tan solo ella no lo despreciara… Pero él haría todo lo posible durante esta visita para cambiar eso.

Se levantó para recibirla. "Liliana."

"Ren." La desgana grabó sus rasgos, pero aún así, ella sonrió. "¿Confío en que hayas disfrutado tu velada?"

"Sí." *Tan bien como se podría esperar.* Él ofreció lo que esperaba fuera una sonrisa encantadora. "Aunque en los últimos momentos mi velada ha mejorado mucho."

El desconcierto apareció en los ojos de ella. Luego, parpadeó con fuerza y un rubor invadió su rostro. Su mirada nerviosa se dirigió a la entrada del edificio delantero.

¿Estaba pensando en su beso de antes? No lo había olvidado ni por un momento. Ni la sensación de sus labios con los de él, los sonidos de placer que había emitido, ni el calor de su cuerpo presionado contra el de él.

"Espero que tu dolor de cabeza haya mejorado," él dijo.

"Me siento un poco mejor, gracias." Su atención se deslizó hacia la entrada nuevamente.

"Por favor." Él señaló las sillas junto a la chimenea. "¿Quieres sentarte conmigo? Es agradable estar aquí junto al fuego."

"Quizás mañana. Prometí traer un poco de leche caliente para Rosy, la hija de Averil, y no debo demorarme."

Ella volteó para alejarse rápidamente. Su trenza estaba balanceándose como una sedosa cuerda dorada por su espalda.

"Liliana."

Dudando, ella miró por encima del hombro. "¿Sí?"

"Debo hablar contigo esta noche. En privado. Si me lo permites," él añadió, suavizando la exigencia que había subrayado sus palabras.

Las manos de ella se cerraron en puños. "Se está haciendo tarde. Y…"

"Por favor. Debo hablarte de un invitado que llegará pronto. Hay detalles que debes conocer." No podría haber dicho palabras más verdaderas, lo cual Ren resaltó con un gemido silencioso. Los músculos entre sus omóplatos se tensaron instintivamente, porque temía su reacción ante lo que debía decirle. Pero, no la evitaría. Él era un hombre de honor y ella merecía saber la verdad.

Sintió que Liliana reunió coraje a su alrededor como un segundo manto. Ella asintió enérgicamente. "Muy bien. Volveré aquí una vez que le haya llevado a Rosy su bebida antes de dormir. Luego iremos a algún lugar privado y hablaremos."

LILIANA LE ENTREGÓ la taza a Averil, quien estaba sentada en el borde de la cama donde Rosy

iba a dormir. Averil y Rosy compartían una de las grandes cámaras del nivel superior del torreón durante su estancia. Las mantas de la niña estaban bien arropadas a su alrededor y ella estaba apoyada sobre almohadas de plumas. Una sonrisa iluminó su rostro, mientras sus manos regordetas se cerraban alrededor de la taza. “Leche.”

Averil tocó la nariz de su hija. “¿Qué le dices a Liliana?”

“Gracias,” dijo la niña tímidamente.

“Es un placer,” Liliana le devolvió la sonrisa. Rosy era una niña hermosa, inteligente, educada y fascinada por todo tipo de plantas, animales e insectos. Un día, cuando Liliana tuviera sus propios hijos, esperaba a una niña tan atractiva e inteligente como Rosy.

La niña sorbió su leche con los ojos muy abiertos sobre el borde de la taza.

Con un suspiro prolongado, Liliana se dejó caer en la silla vacía junto a Averil. La cámara estaba cálida y quería quitarse el manto, pero no tenía sentido si iba a encontrarse con Ren en breve. Su corazón dio un vuelco ante ese pensamiento.

“¿Por qué ese profundo suspiro?” Preguntó Averil.

“Ren quiere hablar conmigo. En privado.”

“¡Oh, Lil! ¡Qué intrigante!”

“Dijo que necesitaba hablar conmigo sobre uno de los invitados que llegará pronto. Pero...” Se retorció las manos, cruzadas sobre su regazo. “¿Y si quiere hablar de nuestro beso?”

Con una amplia sonrisa, Rosy le tendió la taza a Averil. “Todo listo.”

“Buena chica,” murmuró Averil, tomando la taza, e inclinándose para besar la frente de su hija. Luego, volviendo a mirar a Liliana a los ojos, dijo: “no sabes con certeza que quiere hablar de ese beso.”

“Es cierto, pero…”

“Tal vez el invitado sea muy importante y Ren quiere asegurarse de que se hagan todos los arreglos correctos. Él sabe que puede contar contigo.”

“Puede que sea así, pero...”

Rosy extendió la mano para tirar de la manga de su madre. “¿Gatita, mamá?”

Con una risa irónica, Averil alisó el cabello oscuro y rizado de su hija. “Rosy. ¿Cuántas veces debo decírtelo? No debes interrumpir a los adultos cuando están hablando.”

“Lo siento.” La expresión de la niña se volvió tímida, aunque sus ojos todavía bailaban de emoción.

“Pido disculpas, Lil. Como sabes, a Rosy le encantaría que uno de los gatitos que viven en nuestro establo fuera su mascota.”

Los rizos de la niña rebotaron mientras ella asentía. “Gatita.”

“Aún no lo he decidido,” expresó Averil. “Todavía son un poco jóvenes para dejar a su madre.”

Rosy hizo un puchero.

Era tan adorable, tan dulce con su pequeño ceño fruncido, que Liliana no pudo evitar sonreír también. Rosy recibiría un gatito para Navidad. En realidad, tres. Liliana se estaba asegurando de esto, aunque los gatitos tal vez no serían exactamente como la niña imaginaba.

Averil sacó las almohadas detrás de su hija y la convenció para que se acostara. La cama crujió. Con manos suaves, Averil alisó las mantas alrededor de la barbilla de Rosy. La niña suspiró satisfecha y se acurrucó más profundamente en la ropa de cama, con los párpados caídos.

Averil se puso de pie y le hizo un gesto a Liliana para que la siguiera al otro lado de la cámara.

“Acerca de Ren,” expresó Averil en voz baja. “Tal vez solo quiera hablar. Es un invitado en

el castillo de tu padre y está ansioso por conversar. Han pasado años desde que se han dicho algo más que unas pocas palabras, y desde entonces han sucedido muchas cosas en su vida y en la tuya."

"¿Crees que eso es todo lo que quiere?"

La picardía brilló en los ojos de Averil. "¿Quieres mi opinión honesta?"

"¡Por supuesto que sí!" Liliana replicó en voz baja.

"Creo que ese beso bajo el muérdago le pareció tan bueno, tan verdaderamente mágico..."

"¡No!" Se atragantó Liliana.

"Que quiere otro."

"¡Cielos, no!" Exclamó Liliana, encogiéndose.

Averil suspiró. "Lil."

"No me mires así. Sabes que nunca habría besado a Ren si ese muérdago no estuviera allí."

"Pero, sí estaba ahí. No se puede deshacer lo que se ha hecho. Y, por lo que vi, fue un hermoso beso, de hecho, un beso muy romántico. Es algo que deberías valorar en lugar de lamentar."

Liliana se quedó mirando las sombras parpadeantes que el fuego proyectaba en la pared. *Un beso romántico*. Una pequeña y pecaminosa parte de ella se regocijó con las palabras de Averil, porque el beso de Ren *había* sido maravilloso y ella *había* disfrutado estar en su abrazo. Esa pequeña y traicionera parte de ella se estremecía de placer cada vez que pensaba en sus labios sobre los de ella.

"Ve a conocerlo," expuso Averil suavemente. "Escucha lo que tiene que decirte. Si realmente no deseas pasar más tiempo con él, interrumpe la conversación. Incluso puedes decir que te pedí que vigilaras a Rosy por mí, si quieres."

"Gracias," dijo Liliana. La niña dormitaba, con una mano apoyada en la mejilla bajo la almohada. "Aprecio tu consejo, Averil. Sinceramente, no sé qué haría en este momento sin ti."

Los ojos de su amiga brillaron. "Qué cosa tan bonita has dicho."

"Lo digo en serio," expresó Liliana, con la emoción obstruyéndole la garganta. "Los besos, qué pensar de ello… Todo esto es nuevo para mí. Es bastante… abrumador."

Averil abrazó a Liliana en un abrazo fraternal. "Estoy feliz de ayudarte."

Mientras ambas se alejaban, Liliana sonrió con tristeza. "Si mi madre todavía estuviera viva, supongo que ella también me habría aconsejado sobre asuntos tan delicados."

"Conociendo a tu madre, como lo hice, estoy segura de que ella lo habría hecho," coincidió Averil. "Ella también habría aprobado al señor valiente y capaz en el que se ha convertido Ren." Ella le guiñó un ojo. "Recuérdalo cuando quiera besarte de nuevo."

UN VIENTO cortante azotó la oscura almena de Maddlestow Keep, que estaba iluminada por unas cuantas antorchas ondeantes. La fría brisa anunció heladas durante la noche.

Ren reprimió un escalofrío, contento de haber pensado en buscar su capa y sus guantes. Mientras Liliana lo miraba con el manto agitado por el viento, se preguntó si se habría dado cuenta de que afuera hacía tanto frío, cuando regresó al salón, y le pidió que la siguiera.

Una risa silenciosa y arrepentida brotó de su interior. Ella debía haberlo sabido, había cruzado el patio para llegar a la cocina por la leche, y luego regresó caminando. Probablemente, esperaba que el frío intenso hiciera que la conversación fuera breve.

Que así fuera, aunque él no podía prometer que lo que tenía que decir se difundiera

rápidamente.

Liliana se quitó un mechón de pelo de la cara, arrastrado por el viento, y lo analizó a lo largo de los pocos pasos que los separaban, con los ojos tan brillantes como las resplandecientes estrellas dispersas sobre su cabeza. "¿Qué deseas discutir conmigo?"

¿Cómo empezar? Ren había reflexionado sobre el dilema en el pasillo, antes de que ella lo fuera a buscar, y todavía no había encontrado una buena respuesta. Por lo tanto, tendría que seguir adelante. "Bien…"

"No vas a hablar de nuestro beso," ella dijo demasiado rápido.

No esperaba que ella mencionara el beso. Sin embargo, ahora que ella lo había aludido... "En realidad..."

"No hay nada más que discutir sobre eso," expuso asintiendo con decisión.

Ahora, él estaba intrigado... y también un poco irritado. ¿Había sido su beso tan corriente que ella podía ignorarlo tan fácilmente?

Él reprimió una sonrisa. ¡Ah! Ahora, sí lo entendió. Ese beso había significado algo para ella. De lo contrario, no lo habría mencionado.

Alzando las cejas, él preguntó: "¿por qué no deberíamos hablar del beso?"

"¿Por qué no?" Los ojos de ella eran enormes.

"¿Te arrepientes?" Él preguntó.

"Umm…"

"¿Te pareció desagradable?"

Ella frunció el ceño. La culpa se apoderó de su expresión. "No. Quiero decir…"

"¿Te pareció deficiente en comparación con los otros besos que has experimentado?"

Ella se mordió el labio inferior y miró hacia otro lado. Cuánto deseaba él besarla de nuevo, justo donde su diente presionaba su suave labio rojo, para aliviar el escozor.

"Ren…"

"¿Te encuentras con ganas de otro beso?"

Ella exhaló rápidamente, un suspiro de alivio. "No hay muérdago en esta almena."

"No necesitamos muérdago," él expresó fácilmente, dando un paso hacia ella.

Ella retrocedió. Con un golpe sólido, el tacón de su bota pegó la base del camino de piedra.

"Nuestro segundo beso podría ser incluso mejor que el primero," él la persuadió, incapaz de ignorar el deseo que zumbaba dentro de él. La travesura también estalló, como siempre ocurría cuando él estaba cerca de ella.

"¡Por favor! No me beses. O…"

"¿O?" Él dio otro paso hacia ella. Respiraba rápidamente, sus exuberantes labios estaban entreabiertos y en su respiración había bocanadas blancas en el aire helado. Por un momento, sus respiraciones se unieron, entrelazadas por el espacio de un latido antes de que el viento se las llevara.

"Eso no importa." Ella se deslizó de lado a lo largo de la mampostería, acercándose claramente a la puerta de madera con bandas de hierro que daba acceso al castillo. "Voy a volver adentro. Lo que quieres discutir..."

"No lo he dicho todavía." Él igualó su paso lateral.

Ella se detuvo, con la espalda apoyada en una almena de piedra, y lo fulminó con la mirada. Sus ojos ahora eran duros, como fragmentos de hielo. "Ren, *por favor*."

Él levantó las manos enguantadas de cuero, con las palmas hacia arriba. "Está bien. No debería haberte molestado por nuestro beso. Perdóname."

Ella no respondió, pero miró hacia la puerta. Mientras estaban solos, él necesitaba decir lo

que debía y luego llevarla de regreso a la fortaleza, antes de que ella cogiera un resfriado. A su padre no le agradaría que ella estuviera enferma para Navidad.

"Lo que quiero discutir…" Ren tragó saliva, la emoción amenazaba con dominar su coraje. "No es fácil."

"Dijiste que se trataba de un invitado."

"Sí." Parpadeó contra las ráfagas de viento. Manteniendo el tono bajo, dijo: "como le dije a tu padre en confianza antes, el Halcón del Rey pronto llegará a Maddlestow."

"¿El Halcón del Rey?" El shock subrayó su voz baja. "Recuerdo haberlo visto una vez, cuando era niña."

"Tu padre me lo contó."

"Me aseguraré de que una de nuestras mejores cámaras esté preparada para él. Si al hombre le gustan las comidas especiales o tiene otras peticiones, me encargaré de que se las proporcionen."

"Bien… Pero, es importante que no le digas a nadie que nos visitará. En este momento, él se encuentra en una misión peligrosa para el rey. Su seguridad podría verse comprometida si las personas equivocadas se enteraran de que se dirige hacia aquí. Podría sufrir una emboscada y lo matarían. ¿Lo entiendes?"

Ella asintió. Luego, volvió a mirar con nostalgia la puerta. "¿Eso es todo?"

Si tan solo fuera así de fácil. "No," replicó Ren. "Hay más…"

"¿Quieres disculparte?" Preguntó, "¿por lo que me hiciste hace años?"

La ira y la humillación iluminaron esa mirada femenina. El arrepentimiento se apoderó de él, pero lo obligó a dejarlo a un lado para reconocerlo más tarde. "Hay mucho que necesitamos discutir sobre el pasado, y mientras yo esté aquí, lo haremos."

Temblando, ella se abrazó de la parte delantera de la capa.

"Lo que debo decirte… vine a decirte… es que…" Las palabras se atascaron en su garganta. Rezó en silencio para que ella no lo odiara.

"¿Sí?" Ella instó.

"Haddon…"

La angustia arrugó sus rasgos. "*Ren.…"*

"Él está vivo."

Capítulo seis

Liliana miró a Ren a través de la oscuridad. Le ardían los ojos. Haddon no podía estar vivo.

Había visto el pergamino enrollado, asegurado con cera, que llevaba el sello oficial de la Corona y declaraba que su hermano había muerto como un héroe durante la cruzada. Había llorado sobre la misiva, deseando hacerla trizas, antes de que su padre se la arrancara suavemente de las manos y la guardara bajo llave.

Mientras Ren continuaba sosteniendo su mirada, ella bajó los brazos a los costados y sus manos enguantadas se cerraron en puños. Esta vez, su broma había ido demasiado lejos.

"¿Cómo te atreves?" Espetó, temblando. Cómo odiaba que él viera cuánto la había lastimado, pero su cuerpo la traicionó.

"Lo que digo es verdad," expresó Ren en voz baja. La convicción brilló en sus ojos. No vio la más mínima punzada de remordimiento.

La respiración se le hizo a ella entrecortada en el pecho, como si un peso aplastante le apretara los huesos de la caja torácica. "¿Cómo puede ser verdad lo que dices? Llegaste a este castillo después de regresar de la cruzada. Le entregaste a mi padre la misiva de la Corona. Confirmaste que Haddon había muerto a causa de sus heridas." Con cada palabra, la ira crepitante en su voz aumentaba.

"Por favor." Ren miró a ambos lados de la almena. "Sé que estás molesta, pero debes mantener la voz baja. Lo que te estoy diciendo no es de conocimiento común."

Lágrimas de furia brotaron de sus ojos. Manteniendo el tono silencioso, ella preguntó: "¿por qué me atormentas con una mentira tan odiosa? ¿*Por qué?* Aprovecharse de la generosa hospitalidad de mi padre, solo para hacerme daño, él..."

"Liliana."

"¿Le hablaste de esto a mi padre?"

"Lo hice. También le prometí que te lo diría. Ustedes son los únicos dos que pueden saberlo ahora mismo. Nadie más." Ren habló con calma, casi suavemente. Eso solo empeoró el dolor en su interior.

"¿*Por qué* el secreto?"

"Por mucho que me gustaría decírtelo, yo... no puedo…"

Esos ojos se entrecerraron. "Si mi hermano está vivo, ¿por qué la Corona notificó su muerte? ¿Por qué nos ocultarías tal hecho a mi padre y a mí?" Con un sollozo atrapado en su boca, empujó a Ren en medio de su pecho. Su cuerpo musculoso era tan duro como el hierro debajo de su ropa.

Ren no se inmutó.

"¿Por qué?" Ella susurró.

Su mirada firme no vaciló, aunque ahora el remordimiento ensombrecía sus rasgos. “No tuve elección.”

“¿Sin poder elegir?” Ella sacudió su cabeza. Una risa quebradiza surgió de sus labios. “¿Qué quieres decir…?”

“Por orden del rey.”

El aire frío de la noche se abrió paso a través de sus capas de ropa y se filtró hasta sus huesos. ¿Qué estaba diciendo Ren? “El rey…” Si el rey hubiera ordenado a Ren que mintiera sobre Haddon, entonces, de hecho, Ren habría tenido el honor y el deber de permanecer en silencio.

¿Se atrevía a creer (aceptar) que después de años de llorarlo, Haddon estaba vivo?

Su temblor se intensificó.

Ren y la almena de repente giraron a su alrededor. Justo cuando sus rodillas se doblaron, ella fue levantada, atraída contra el pecho de Ren, uno de sus brazos alrededor de su cintura y el otro debajo de sus rodillas. Su aliento le calentó la frente.

“Te lo contaré todo, Liliana,” murmuró, sus labios contra su cabello.

“¿Lo prometes?”

“Lo prometo. Pero, entremos, ¿de acuerdo? Hace demasiado frío aquí y no quiero ser responsable de que te enfermes. Tengo suficiente culpa para atormentarme en lo que te respecta, Lady Thornleigh.”

Ella casi se rió entre dientes. Sin embargo, una obstinada chispa de desafío dentro de ella le recordó que estaba en los brazos de Ren, como una damisela indefensa y desmayada. Mientras él caminaba hacia la puerta del torreón, ella se retorció. “Por favor, Ren, bájame.”

Sus brazos la rodearon con más fuerza. “¿Y te has caído de bruces? Yo creo que no.”

“Pero…”

“¿Recuerdas lo que acabo de decir sobre mi culpa?”

“Sí, pero la gente chismorreará si me llevas en brazos por el castillo.”

Él le guiñó un ojo. “Déjalos hablar. No me importa. Estoy ayudando a una damisela en apuros, como es costumbre de los caballeros.”

Liliana suspiró. “Honestamente, Ren, me siento mejor ahora. Por favor, déjame mostrarte el camino.”

REN SIGUIÓ a Liliana a una cámara espaciosa en el nivel superior del torreón. Un fuego brillaba en la chimenea al otro lado de la habitación. Tres sillas de respaldo alto y cojines estaban orientadas hacia el fuego y a la alfombra de vistosos estampados, que bordeaba la chimenea. Mesas de roble estaban colocadas entre las sillas. Sobre una mesa había un tablero de ajedrez, con sus piezas de marfil dispuestas en una partida inacabada; sobre otra había un bordado encima de la seda, con tela doblada, hilo y agujas de hueso.

Aún de espaldas a él, Liliana se acercó al fuego, quitándose los guantes y la capa al caminar. Mientras la prenda caía, su mirada recorrió el cuerpo de ella, desde su cabello trenzado hasta el elegante movimiento de sus caderas. Su sangre todavía ardía por la alegría de tenerla contra él. Si hubiera podido, no la habría dejado en la almena, porque le había parecido muy bien estar en sus brazos.

Fuego del infierno, si sus deseos más sinceros alguna vez se hicieran realidad, abrazarla sería solo el comienzo de los placeres que compartiría con ella, pero ese milagro no ocurriría esta noche, si es que alguna vez sucedería.

Ella colocó su manto sobre el respaldo de una de las sillas. Mirándolo, le hizo un gesto hacia otra. “Por favor. Siéntate.”

Él caminó hasta esa silla junto a la de ella y dejó su capa y sus guantes. Luego, frunciendo el ceño, metió la mano en la bolsa de tela que estaba en el suelo y sacó un bulto redondeado. Fuera lo que fuera, lo habían cortado con trozos de tela marrón, cosido y rellenado con tela. “¿Qué es esto?”

“Una gatita.”

Tenía a la pobre criatura boca abajo. Ahora vio la cara, con bigotes de hilo, una nariz rosada y rellena, y una cola corta.

“Es una de las tres que he hecho para Rosy. Sin embargo, no puedo entender bien su nariz.”

La gatita parecía haber inhalado un racimo de uvas. Él forzó una risa y una expresión solemne, mientras guardaba el juguete en la bolsa. “Estoy seguro de que lo harás bien.”

“Eso espero.” Ella se sentó en el borde de la silla, con las manos levantadas hacia el fuego. “Por favor. Háblame de mi hermano.”

Ren se sentó. El miedo se burló de él, porque su historia no era fácil ni agradable, pero él siguió adelante. “Bueno, como te dije, tu hermano no murió en la cruzada.”

“Pero, por orden del rey, tenía que decirle a su familia, a ustedes, que él había fallecido.”

Ren asintió. “A decir verdad, Haddon también deseaba que lo reportaran muerto.”

“¿Por qué?”

La agonía en esa sola palabra lo hirió profundamente. Los recuerdos, arremolinándose como la arena en el abrasador suelo oriental, llenaron la mente de Ren. “*Debes tratar de comprender.”* Luchó por encontrar las palabras adecuadas. “Durante el asedio de Acre, nos enviaron para ayudar a asegurar las puertas de la ciudad. Éramos quince en el grupo al que me asignaron con Haddon. Nos tendieron una emboscada. Superados en número, luchamos lo mejor que pudimos. Haddon fue acorralado por tres sarracenos. Los mató y nos ayudó a ganar la pelea, pero, resultó gravemente herido.”

“Oh, ¡cielos!” Susurró Liliana.

“La espada de un sarraceno cortó la carne de Haddon hasta el hueso. Lo saqué de la batalla y lo llevé a nuestro cirujano lo más rápido que pude. Cuando Haddon se enteró de la magnitud del daño... dijo que preferiría morir antes que ver esa cicatriz por el resto de su vida.”

Un sollozo ahogado salió de Liliana. “¿Cómo pudo pensar algo tan terrible?”

“Estaba en shock. Perdió mucha sangre y se debilitó mucho. Hice lo mejor que pude para reforzar su voluntad de vivir. No me separé de su lado. Estuve allí cuando el cirujano lo cosió, allí cuando yacía sudando y con fiebre en la calurosa tienda.” Ren tragó con dificultad. “Allí, cuando me rogó que tomara su daga y lo apuñalara en el pecho, para no tener que vivir con su desfiguración.”

“Desfiguración,” ella repitió suavemente.

“Sí.” Ren quería decir más, y, aun así, sintió que Liliana estaba abrumada por todo lo que ya había revelado.

Ella apretó los labios y miró hacia el suelo. Parecía perdida, tambaleándose en el creciente mar de sus emociones. Cuánto deseaba acercarse a ella, rodearla con sus brazos y consolarla. No obstante, tal vez ella solo lo alejaría.

“Haddon se sintió así al principio,” ella dijo tranquilamente. “Que quería acabar con su vida. Sin embargo, obviamente pudiste convencerlo de lo contrario.”

“El rey Ricardo se enteró de la situación de Haddon y fue a la tienda donde estaban tratando a tu hermano. No se me permitió asistir a esa reunión, pero Haddon pasó varios días

reflexionando sobre cualquier propuesta del rey y luego aceptó."

Las lágrimas brillaron en los ojos de Liliana. "Pero, ¿por qué tuviste que decirnos que Haddon estaba muerto? No comprendo."

El estómago de Ren se retorció, como si lo hubiera desgarrado el giro de una daga. "La desfiguración…"

"¡Lo habríamos aceptado, incluso con su desfiguración!"

"Él no estaba tan seguro."

Un gemido bajo salió de ella. "Él es mi hermano. Él es el heredero de mi padre. Él era… es… todo para nosotros."

No podía soportar ver tanto dolor en sus hermosas facciones. Se levantó de la silla, se arrodilló junto a ella y le tomó las manos entre las suyas. Ella no se apartó.

"Traté de convencer a Haddon de que sus amigos y familiares lo aceptarían sin importar el alcance de sus heridas," dijo Ren. "Él no quiso escuchar. Al día siguiente, los guardias del rey se lo llevaron. Se corrió la voz de que había muerto. Pero, yo sabía que esto no era cierto. Antes de que lo trasladaran, Haddon me dijo que volvería a verme y me hizo jurar por mi honor de caballero que no le diría a nadie más que estaba vivo. El mismo rey me buscó y me hizo hacer tal juramento. También me dio la misiva para entregársela a tu padre." Gentilmente, Ren le apretó los dedos. "Espero que ahora entiendas, Liliana, que no quería mentirte a ti ni a tu padre sobre Haddon, pero era mi deber hacer lo que me ordenaron."

Después de un largo momento, ella asintió. "¿Cuándo volviste a ver a Haddon…?" Susurró. Sus ojos llenos de lágrimas se encontraron con los de él, nuevamente. "¿Te encontraste con él en Londres, a tu regreso del este?"

"Lo hice."

"¿Lo has visto a menudo a lo largo de los años?"

"Sí lo he visto. Pero, él es un hombre ocupado gracias a su acuerdo con el rey. Por su propia seguridad, nunca permanece mucho tiempo en Londres ni en ningún otro lugar."

Un suspiro tembloroso separó sus labios y luego frunció el ceño. "¿Cómo es posible que a mi padre no le haya llegado la noticia de que Haddon está vivo? Conoce a la mayoría de los lores de Lincolnshire y a muchos de la corte del rey. Si alguno de ellos conoció a Haddon..."

Ren se permitió una sonrisa irónica. "Tu hermano usa ahora el nombre de Thomas Smith."

"Thomas Smith," repitió Liliana. "Un nombre muy común."

"Es a propósito."

Su expresión se volvió pensativa. "Si Haddon ha estado trabajando en secreto para el rey, ¿por qué ahora puedes decirnos que está vivo?"

Había muchas preguntas. Aunque ella merecía saber la verdad. "Haddon está cansado de estar solo," dijo Ren. "Él te extraña a ti y a tu padre. Quiere volver a casa."

Ella sollozó. "Quiero ver a Haddon." Sus manos se curvaron en las de Ren, aumentando el suave roce de su piel contra la de él. "Oh, Ren, ¿cuándo podré verlo? ¿Pronto?"

"¡Sí!" Ren sonrió, porque la emoción y la esperanza iluminaron sus ojos. "Cualquier día de estos. Debe terminar una misión que le asignó el rey y luego vendrá aquí."

"¡Oh! Esas son noticias maravillosas." Su cuerpo se estremeció con un sollozo estremecido, y antes de que Ren pudiera detenerse, él se levantó, la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia la alfombra frente al fuego. Ella no se resistió, no pronunció una palabra de negación, mientras él la movía con cuidado para que su cabeza descansara sobre su hombro izquierdo y sus brazos rodearan su cintura, acunándola contra él.

Sus sollozos se hicieron más profundos, como si ya no tuviera fuerzas para contenerlos. Ella

lloró, sus lágrimas empaparon su túnica hasta su camisa de lino debajo, pero a él no le importó. Con la mejilla presionada contra la sedosa coronilla de su cabeza, murmuró palabras tranquilizadoras. Él besó su cabello, su frente, la meció suavemente, hasta que ella se calmó. Su respiración entrecortada fue el único sonido en la cámara excepto el crepitar del fuego.

Él esperaba que ella se recuperara y se alejara, pero no se soltó. Después de secarse los ojos y sonarse la nariz con un pañuelo que se había sacado de la manga, permaneció acurrucada contra él, mirando al fuego, como si extrajera consuelo y fuerza de su abrazo. La luz del fuego proyectaba luces y sombras sobre los pliegues de su falda, y le tentaba con sugerencias de las torneadas piernas que había debajo.

Eso fue completamente egoísta de su parte, pero nunca quiso que este momento con Liliana terminara. Su corazón se disparó con esta cercanía que había anhelado con ella, pero que nunca se le había permitido. A decir verdad, nunca había experimentado sentimientos tan fuertes por ninguna otra mujer, ni siquiera por su difunta esposa.

Liliana se movió en su agarre, y, de mala gana, él soltó sus brazos. Ella no retrocedió, sino que se giró con un susurro de tela y se volvió hacia él. Sus ojos, de un color azul tan brillante, resplandecieron con las últimas lágrimas.

Ella se estremeció al exhalar y luego su mirada se posó en sus labios. La curiosidad y el anhelo se registraron en sus ojos. La conciencia corrió como chispas frías y calientes sobre su piel. No se atrevió a moverse porque sus bocas estaban separadas por un simple suspiro.

Ah, ¡cielos! Pero él no podía apartar la atención de sus labios. Cómo anhelaba inclinarse hacia adelante y besarla, dándole un beso tierno para asegurarle que todo estaría bien.

Como si ella estuviera en sintonía con sus pensamientos, su mirada se posó en la de él. Y luego, ella se inclinó hacia adelante, cerró la brecha entre ellos y presionó su boca contra la de él.

Ren se quedó helado, aturdido y exaltado. Un grito ahogado le hizo cosquillas en el fondo de la garganta, mientras todo su cuerpo se estremecía de excitación. Saboreó la suavidad de su boca, su embriagador sabor, la necesidad de intensificar el beso. Se obligó a quedarse quieto y dejó que ella tomara la iniciativa. No quería asustarla. Si quería ganarse su confianza, debía dejarla mostrarle lo que quería.

Su aliento se abanicaba sobre su piel y sus labios presionaron con más fuerza contra su boca. Su lengua tocó la comisura de sus labios y un gemido impotente ardió dentro de él. Sus labios se curvaron contra los de él, lo que era la invitación a una sonrisa.

¿Se atrevió a devolverle el beso, como tanto deseaba? Él sufría por ella. Iba a perecer por puro deseo.

"Ren," susurró ella contra su boca.

Luchó por mantener la concentración. *"¿Mmm?"*

"Bésame."

"¿Sin muérdago?" Preguntó, sus labios estaban rozando los de ella en un beso provocativo.

Ella rió. "Sin muérdago."

Él gimió de nuevo y su boca se cerró sobre la de ella, igualando el ritmo delicioso y sensual que ella había iniciado. El deslizamiento de sus labios, sus suspiros hambrientos y el calor perfumado que surgía de su piel lo incitaron a profundizar más su contacto con sus labios y su lengua.

Mientras la besaba, hundió los dedos en su cabello y ahuecó su nuca. Ella se estremeció y, cuando su boca se abrió con un rápido gemido, él introdujo la lengua en su interior. Deslizó su lengua sobre la de ella. Ella se sobresaltó. El arrepentimiento lo despreció, porque sintió que se había movido demasiado rápido, pero luego, la lengua de ella coincidió con la suya, golpe tras

golpe.

Él nunca había experimentado besos como este. Su deseo ardía tan brillante y ardiente como el fuego del hogar.

Perdió la pelea para mostrar moderación. Su boca saqueó, provocó y tentó. Cerró los ojos y se entregó a las increíbles sensaciones, que tenían un sabor glorioso. Cada beso era más conmovedor y más tentador que el anterior.

Finalmente, ella se separó, respirando con dificultad. Ren abrió los ojos y se encontró acostado boca arriba sobre la alfombra. Liliana yacía encima de él, mirando hacia abajo, con los brazos presionados contra su pecho y las piernas dobladas junto a las de él. Su cabello, suelto de la trenza, caía en una salvaje caída dorada alrededor de su rostro.

Ren le sonrió. Tenía la cara sonrojada y los labios rojos e hinchados por los besos. Nunca la había visto tan hermosa.

“Bueno,” murmuró.

Ella le devolvió la sonrisa, la timidez iba apareciendo en su expresión, junto con una pizca de vergüenza. Sintió que ella se alejaba emocionalmente de lo que acababan de compartir. No podía dejarla ir. No con arrepentimientos.

Presionó una de sus manos sobre la de ella. “Liliana…”

“Por favor, Ren. Si alguien entra y nos encuentra así...” Sacó su mano de debajo de la de él y se sentó, echando su cabello hacia atrás sobre sus hombros en un intento inútil de arreglarlo.

“Gracias por besarme así,” él dijo.

La mano de ella, que alisaba las arrugas de su corpiño, se detuvo. Un rubor coloreó ahora su rostro. “Me sentí tan abrumada por la emoción que no pude evitarlo.”

“Fue un regalo inesperado,” él dijo, sosteniendo su mirada. “Uno que atesoraré.”

“Gracias por hablarme de Haddon. Saber que está vivo…” Su expresión se tensó con anhelo. “Quiero verlo.”

“Lo verás. Lo prometo.”

“¿Cuando?”

“Para Navidad.” Ren quería decir más, pero no sabía exactamente cuándo llegaría Haddon a Maddlestow. Eso dependía totalmente de Haddon, siempre y cuando él no perdiera los nervios. Qué buen lío sería ese.

La inquietud irritaba los restos del deseo de Ren, mientras Liliana se levantaba, alisándose las faldas y con movimientos bruscos. “Yo... debo irme ahora.”

“Espera.” Ren se levantó y se puso la túnica en su lugar. “Por favor.”

Ella se frotó los labios, como si luchara contra una confusión interior. Luego, miró la alfombra donde acababan de besarse y acostarse juntos. Su rostro se puso de color escarlata.

Antes de que él pudiera decir una palabra, ella volteó y salió corriendo de la cámara, dejando a Ren solo junto a la chimenea.

Capítulo siete

Una escarcha plateada brillaba sobre el césped que separaba los parterres de verduras y hierbas del jardín del castillo, rodeados de paredes de piedra. Era una mañana fría, aunque hermosa, mientras Liliana y Averil se adentraban más en el jardín bañado por el sol. Liliana respiró profundamente el aire fresco y deseó que su estómago revuelto se calmara.

Delante de ellas, Rosy, vestida con una capa de lana de color rojo brillante, deambulaba detrás de un petirrojo, que había revoloteado desde la hierba hacia los arbustos de bayas congelados, los cuales aún no habían sido podados. La niña charló con el pájaro, mientras se agachaba y recogía una hoja caída.

Averil se detuvo y miró a Liliana. “Está bien. Ya estamos bastante lejos de la gente del patio. Debes contarme cómo te fueron las cosas anoche con Ren.”

Liliana luchó contra un escalofrío que nada tenía que ver con el frío de la mañana. Desde el momento en que dejó a Ren junto al fuego, los nervios la invadieron. Apenas había dormido, el recuerdo de lo que él le había contado sobre Haddon, y luego los maravillosos besos se repetían una y otra vez en su mente.

Y su cuerpo... De toda maldad, el calor pecaminoso que había experimentado durante los besos continuaba bailando a través de ella hasta la punta de los dedos de los pies. Una extraña calidez también persistía en la parte inferior de su vientre, e incluso más abajo, en lugares en los que ninguna dama bien educada debería pensar con tanta curiosidad.

Sin embargo, considerarse una dama bien educada era casi ridículo, tomando en cuenta cómo había besado a Ren. Ella le había devorado la boca. Y luego, se había desplomado encima de él como una ramera lujuriosa...

Averil se aclaró la garganta.

“Lo siento,” dijo Liliana. “Solo estaba pensando…”

“¿Acerca de Ren?” Averil sonrió.

“Sí.” Un gemido silencioso burbujeó dentro de Liliana. ¿Alguna vez podría dejar de pensar en él? Su mente parecía decidida a seguir atormentándola.

Los ojos de Averil brillaron. “Por favor, Lil. Dímelo. ¿Qué pasó? ¿Solo quería hablar o… qué?”

“Hablamos un rato. Entonces…”

“¿Entonces?”

“Nos besamos de nuevo.”

Averil chilló y juntó sus manos enguantadas.

Liliana no pudo resistir una sonrisa. De hecho, el beso había sido uno de los momentos más exquisitos y excitantes de su vida. “A decir verdad,” ella admitió. “Lo besé.”

“¿Lo hiciste?” La mirada de Averil se agudizó. “¿Tenía muérdago? ¿Te lo puso sobre la cabeza y te obligó a besarlo?”

Liliana se rió. “¡No!”

“¿No?” El rostro de Averil se iluminó con admiración. “Bien. Es una noticia aún más extraordinaria.”

Liliana puso los ojos en blanco. “Averil…”

“¿Fueron buenos besos?”

“Muy bien. Pero...”

“Pero, ¿qué? Seguramente no te arrepientes.” La mirada de Averil se suavizó con compasión. “¿No quieres volver a besarlo?”

Solo imaginar los labios de Ren sobre los de ella, una vez más, y ese hábil deslizamiento de su boca y lengua hicieron que el pulso de Liliana se acelerara. “No debería querer más de sus besos, pero... los quiero.”

Los brazos de Averil rodearon a Liliana en un abrazo feroz. “Oh, Lil, estoy feliz por ti. Sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que un joven y apuesto señor te robara el corazón. ¿Quién hubiera adivinado que sería Ren?”

Liliana sacudió la cabeza y se apartó con el brazo extendido. “La forma en que me hace sentir tan intensamente, como si ya no tuviera control de mis propias emociones… es aterradora. Es maravilloso besarlo, pero aún así… bastante desconcertante.”

Averil sonrió. “Me parece que te estás enamorando.”

“¡Oh! Piedad, pero...”

“¿Tienes miedo de abrirle tu corazón, Lil? No lo tengas. Él es un héroe de las cruzadas y un señor muy respetado. Un hombre que obviamente se preocupa por ti.”

Liliana se mordió el labio. ¿Realmente, Ren se preocupaba por ella? Le había mostrado gran amabilidad cuando la consoló con la noticia de que su hermano estaba vivo. Los besos de Ren también habían sido tiernos y compasivos.

No obstante, ella había iniciado el beso porque se sintió abrumada por las noticias sobre Haddon. Además, no pudo resistir la atracción de las emociones que vio en los ojos de Ren.

¿Acaso ella le había devuelto el beso porque él no quería rechazarla, y él creía que besarla era la mejor manera de consolarla? ¿O realmente él había querido besarla?

Averil le dio unas palmaditas en el brazo y dijo: “no te preocupes. Todo lo que hiciste fue besar. ¿Está bien?”

“¡Por supuesto!”

Averil se rió. “Bueno, entonces, respira profundamente.” Esperó hasta que Liliana hiciera precisamente eso. “Ahora, piensa en lo que le dirás a Ren la próxima vez que lo veas.”

“No puedo volver a enfrentarlo tan pronto. ¡No después de anoche!”

“¿Por qué no?”

“Porque… bueno… me lancé sobre él.” La vergüenza tensó la voz de Liliana. “Estaba demasiado adelantada. No puedo creer que haya sido tan audaz.”

Averil miró a Rosy, que estaba clavando un palo en un montículo de tierra. “Rosabelle, mi preciosa niña. Baja el palo y vuelve conmigo, por favor.” Averil volvió a mirar a Liliana y dijo suavemente: “me parece que tienes miedo de reconocer tus verdaderos sentimientos por Ren. El amor es un regalo precioso y maravilloso, Liliana. Intenta dejar atrás lo que ocurrió en el pasado. Eso significará perdonar a Ren. Significará aceptarlo tal como es ahora.”

“Noo sé si puedo.”

Averil le guiñó un ojo. “No seas tonta. Puedes. Ahora, decide lo que vas a hacer. Ren está

cruzando el patio y se dirige hacia acá.”

MIENTRAS ESTABA de pie en el patio, dándole a Guy una lista de tareas, Ren escuchó una risa femenina flotando desde los jardines. Había echado un vistazo y su mirada encontró a Liliana. Sus cabellos eran exactamente del mismo tono que los de Haddon y brillaban como oro fundido a la luz de la mañana.

Una vez más, su cabello estaba tejido en una trenza, que caía por la parte posterior de su manto, y mientras charlaba con Averil, la trenza se movía y balanceaba, como si lo tentara a enterrar sus dedos, en esa gloriosa masa de seda nuevamente.

“¿Milord?” Guy ahora miraba el jardín con expresión curiosa.

“Lo que te he asignado es todo por ahora.” Expresó Ren. Era la tercera vez que se distraía ese día, pensando en Liliana. “Vuelve a consultarme durante la comida del mediodía.”

“Muy bien, milord.”

El ruido de los cascos de los caballos y los aplausos atrajeron la mirada de Ren hacia la puerta de entrada. Se bajó el puente levadizo, se levantó el portón y los jinetes emergieron de las sombras de la puerta de entrada. Un sonriente Myles y seis jubilosos hombres de armas iban delante de un ruidoso carro de madera. Varios campesinos los seguían con sus burros cargados con sacos abultados. Las gallinas cloqueaban desde jaulas atadas a los animales. La gente humilde llevaba a Lord Thornleigh las hogazas de pan, huevos, gallinas regordetas y cerveza casera que le debían todos sus inquilinos en Navidad, que a su vez se utilizarían para dar a los campesinos una abundante comida el día de Navidad.

Sin duda, los siervos estaban entregando rentas similares al castillo de Ren. Antes de partir hacia Maddlestow, Ren se había asegurado de que su mayordomo coordinaría la recolección y preparación de los productos para la comida festiva.

Mientras el carro se acercaba retumbando, rodeado ahora por una creciente multitud de sirvientes emocionados, Ren vio que el vehículo tenía un tronco enorme, probablemente el tronco de Navidad que se encendería en la chimenea del gran salón en Nochebuena. El tronco ciertamente parecía lo suficientemente grande como para arder durante doce días completos.

También se veía en la parte trasera del carro un jabalí sacrificado. De su cuello sobresalían flechas y chorros de sangre seca, que cubrían su piel.

“Parece que esta mañana la caza en el bosque ha tenido éxito,” expresó Guy.

“Así es. Es una bestia grande. Se necesitarán varios hombres para llevar la bandeja con la cabeza de ese jabalí el día de Navidad.”

Guy sonrió. “Si necesitan mi ayuda, con mucho gusto se las ofreceré.”

Ren se rió entre dientes. El escudero siempre estaba ansioso por estar en medio de cualquier festividad. “Es posible que necesiten tu ayuda ahora, especialmente para bajar ese tronco del vehículo. Sígueme.”

“Gracias, milord.” Después de una rápida reverencia, Guy se alejó y quedó atrapado entre la multitud. Ren sonrió, porque le había dado al escudero menos tareas matutinas de lo habitual, pero después de todo, estaba cerca la Navidad. El muchacho había trabajado duro y merecía tiempo para celebrar.

Sin embargo, Ren no se permitiría ninguna juerga hasta que Haddon hubiera atravesado las puertas del castillo. Ren le había prometido a Liliana que su hermano volvería a casa. De ninguna manera, Ren la decepcionaría. Si todo salía como él esperaba y Haddon llegaba esa

noche, entonces, el siempre presente nudo en el estómago de Ren finalmente se desharía. No obstante, si la misión de Haddon hubiera salido terriblemente mal y él no apareciera... Entonces, como Ren había acordado días atrás, iría a buscar a Haddon. Traería a Haddon a casa vivo o... vivo. Él tenía que hacerlo.

La atención de Ren se centró una vez más en el jardín. Cuando su mirada se posó en Liliana, su corazón se calentó. Solo tenía que mirarla y su día era más brillante.

Mientras ella hablaba con Averil, gesticulando de vez en cuando, lo único en lo que él realmente podía pensar era en el roce de su cabello sobre su piel, el sabor a miel de su boca y sus suspiros mientras se besaban. Su cuerpo todavía vibraba de anhelo por ella. Sin embargo, era un deseo mucho más profundo que la necesidad carnal, y por esa razón debía hablar con ella esta mañana. Atravesó el patio, pasando junto a los sirvientes que sacaban agua del pozo y las gallinas picoteando el duro suelo.

Liliana y Averil seguían hablando, cuando él llegó a la puerta de hierro forjado que daba al jardín. Mientras levantaba el pestillo, Liliana lo miró. Sus miradas se cruzaron y un pulso de deseo lo recorrió a él.

Ella se sobresaltó, como si hubiera sentido una sensación similar. ¿Lo había hecho?

Él se dirigió al jardín, cerrando la puerta detrás de sí, notando que de repente las dos mujeres se habían quedado en silencio.

Estaban frente a él ahora. Averil sonría. Liliana parecía inquieta.

Ofreció lo que esperaba fuera su sonrisa más cortés. “Buenos días, damas.”

“Buenos días, Ren.” Averil le tendió la mano a su hija, que estaba a varias yardas de distancia, mirando boquiabierta a Ren. “Vamos, Rosy.”

La niña hizo un puchero. “Mamá.”

“Liliana me dijo que hay un gato grande de color naranja y blanco que vive en el establo. ¿Vamos a ver si podemos encontrarlo?”

El rostro de la niña se iluminó con una amplia sonrisa. “¡Gatita!”

“Sí,” dijo Averil, riéndose.

Rosy corrió al lado de su madre, deslizó su pequeña mano enguantada en la de Averil y luego tiró de ella hacia la puerta.

“Te veré pronto,” Averil le dijo a Liliana.

“Está bien.” Liliana se rió entre dientes. El sol iluminó su perfil. Ella era tan encantadora que anhelaba pasar los dedos por su mejilla y oírla suspirar, mientras cerraba los ojos e inclinaba el rostro para aceptar su caricia.

La puerta se cerró con estrépito.

Liliana juntó sus manos enguantadas y sus pulgares se movieron nerviosamente. Un sonrojo apareció en su rostro.

“Es una hermosa mañana,” expresó Ren, con la esperanza de tranquilizarla un poco. “Fría, pero agradable.”

“Sí.”

“¿Confío en que hayas dormido bien anoche?” *¡Argh! Esa no fue la pregunta más sabia que él podría haber hecho.*

“Bastante bien, supongo.” Su sonrojo se hizo más profundo. “Si eso es todo, probablemente debería…”

“Por favor, quédate.”

“Ren, yo…”

“Realmente necesitamos hablar.”

Ella miró con nostalgia la puerta. Luego, como si estuviera considerando la decisión de él, asintió. “Tienes razón. Necesitamos hablar.”

Liliana le indicó que la siguiera. Uno al lado del otro, caminaron por el jardín cubierto de escarcha hasta donde dos bancos de piedra daban a un estanque ornamental con peces. Los macizos de flores con paredes de roca, algunos llenos de rosales estériles, indicaban que este sería un lugar colorido en primavera.

El hielo se aferraba a los bordes del estanque. Ren sonrió irónicamente, porque si fuera un muchacho más joven, se habría agachado junto al hielo y lo habría empujado hasta que todo se hiciera añicos y se derritiera.

Fuego del infierno, todavía quería hacer eso.

Liliana se sentó y su ropa crujió suavemente contra el banco. Miró el segundo banco vacío, pero en lugar de eso se sentó a su lado.

Volvió a juntar sus manos enguantadas y las apoyó en su regazo. Antes de que él pudiera pronunciar una palabra, ella dijo: “quieres hablar sobre lo que pasó anoche.”

“De hecho, lo quiero.”

“Sinceramente, no sé qué me pasó. Me molesté al saber que mi hermano está vivo. Me llené de emociones abrumadoras.”

“Entiendo.”

Su mirada sorprendida se encontró con la de él y luego se separó. “¿Cómo puedes entender? Haddon no es tu hermano.”

“Él es como un hermano para mí.”

“Quizás.” Ella negó con la cabeza. “Tú... fuiste muy amable anoche y estoy muy agradecida por el consuelo que me ofreciste. Y todavía…”

“¿Todavía?” Él murmuró.

La vergüenza se grabó en los rasgos de ella. Ren quería tomar sus manos entre las suyas, consolarla como lo había hecho la noche anterior en la cámara, pero tampoco quería darle una razón para salir corriendo. Se obligó a tener paciencia, a dejarle expresar todo lo que pesaba sobre su conciencia. “En verdad, no puedo explicar por qué de repente me sentí obligada a besarte y por qué… parecía que no podía parar. Me porté muy mal.”

Oh, Liliana. “No tienes nada de qué avergonzarte,” él dijo. “Confía en mí cuando digo que...”

“Por favor. Yo… te debo una disculpa.” Ella estaba pareciendo miserable y volvió a mirar a su regazo.

No podía soportar verla en semejante tormento. Ren se movió hacia adelante en el banco, extendió la mano, colocó suavemente sus dedos debajo de su barbilla e inclinó su rostro para que no tuviera más remedio que mirarlo. “No tienes motivos para disculparte,” él dijo con firmeza. “No hiciste nada malo. No desalenté tus besos. De hecho, ¿por qué habría de hacerlo cuando...?” *Cuando creo que te he amado desde el momento en que nos conocimos, hace tantos años.*

La curiosidad iluminó la mirada de ella. “¿Cuando?”

Él apartó su atención del cautivador azul de sus ojos. “Cuando soy yo quien debería disculparse.”

“¿De qué?” Ella frunció el ceño. “¿De devolverme el beso?”

Él se rió. No pudo evitarlo. “Nunca por besarte. Fueron algunos de los mejores besos que he tenido.”

“¿Realmente?”

“Realmente.”

“Oh.” El atisbo de una sonrisa tocó su boca. “No tenía ni idea.”

“No digo eso solo para apaciguarte. Lo digo con la mayor sinceridad.” Le soltó la barbilla y le tomó las manos.

“Ren.” Ella estaba sonrojada de nuevo.

“La disculpa que te debo también es muy sincera. Te lo debo desde hace años. Ahora la tendrás.”

Sus cejas se alzaron.

Respiró hondo. En su mente había ensayado lo que le diría, pero ahora que había llegado el momento, todas esas hermosas palabras se habían desvanecido. Aprovechando las emociones que se acumulaban en su interior, dijo: “lamento todas las bromas que te hice cuando éramos más jóvenes: los cardos dentro de tus zapatos; la rana que dejé caer en tu regazo…”

Un sonido ahogado salió de Liliana. Sus hombros temblaron. A juzgar por el movimiento de su boca, estaba intentando con todas sus fuerzas reprimir la risa.

“Veo que recuerdas la rana.”

“¿Cómo podría olvidarlo? No pude oír por mi oído izquierdo en toda la tarde porque Lady Kendelson había gritado muy fuerte.”

Al menos Liliana se estaba riendo, sin intentar darle una paliza. Ren se rió entre dientes. “Yo era un joven rebelde.”

“Lo eras.”

“Fue un momento difícil en mi vida,” admitió, suavizando la voz. “Mi padre se había vuelto a casar y mi madrastra me despreciaba. Ella me quería fuera del castillo de mi padre.”

“Mi padre me lo dijo. Lamento lo que te pasó.”

“Lo que tu padre no te ha dicho, porque no se lo he hablado a nadie hasta hoy…” Se tragó el amargo sabor de la ira. “Ella quería que me fuera porque me negué a acostarme con ella.”

“¿Qué?”

Asintiendo, miró sus manos unidas. “Mi padre estaba fuera. Ella intentó seducirme. Cuando la rechacé, ella se volvió contra mí. Ella también puso a mi padre en mi contra.”

“¡Que horrible!”

Ren se encogió de hombros. “Mi padre y yo nos llevamos bastante bien ahora. Está orgulloso de todo lo que he logrado. Él todavía está casado con ella, pero, ella sabiamente se mantiene alejada de mí.”

“Bien.” La compasión brilló en los ojos de Liliana.

Ansioso por cambiar de tema, Ren le apretó las manos y sonrió. “Luego estuvo el día en que te robé la ropa.”

Los labios de Liliana se apretaron. Miró hacia el estanque, con el orgullo herido ahora en la línea de su mandíbula.

“Lamento haberte avergonzado, haberte lastimado, haberte hecho sentir tonta.” Las palabras brotaron de él. “Lamento cada vez que te atormenté, Liliana. Debería haberme dado cuenta de que el engaño no era la forma de... ganar tu amor.”

Su mirada atónita volvió a él.

Él se rió, el sonido fue irónico. “¿Nunca adivinaste cuánto me gustabas? Si tan solo hubiera sido lo suficientemente sabio y valiente para decírtelo.”

LA MENTE de Liliana dio vueltas. Pensar que todas las bromas, burlas e incidentes molestos habían sucedido porque a Ren le agradaba ella...

Averil lo había sugerido hacía mucho tiempo, pero Liliana estaba demasiado enojada y molesta para querer creerle.

¿Y ahora…?

La expresión de Ren se había vuelto avergonzada. Se parecía tanto al chico travieso que había conocido años atrás que se rió.

“Espero que la risa sea una buena señal,” él murmuró.

“Eso.” Liliana negó con la cabeza. “Si tan solo me hubieras dicho que tú...”

“¿Pensaste que eras la joven más hermosa que jamás había conocido?”

El pulso de ella se convirtió en un latido de gorrión dentro de su caja torácica.

“¿O que habría dado cualquier cosa por tu beso?”

El corazón de ella iba a salirse volando de su pecho. Sus manos, todavía entrelazadas entre las de él, estaban húmedas dentro de sus guantes. “No estoy segura, en aquel entonces, de haberte creído si hubieras dicho esas cosas.”

“¿Qué te parece ahora?” Él preguntó.

Su voz baja y retumbante era similar a una caricia recorriendo su piel. Una calidez embriagadora brillaba dentro de ella, mientras sus palabras parecían flotar en el aire entre ellos, ya que eran poderosas y conmovedoras.

“Ahora,” ella dijo suavemente, “podría creer que esas palabras doradas estaban destinadas a cortejarme.”

“Bien.” Su párpado cayó en un perezoso guiño. “Entonces, con toda galantería, déjame decirte que…”

Ella liberó su mano derecha y le presionó los labios con un dedo enguantado. “Espera.”

“¿Mmm?”

“Ya que estamos intercambiando disculpas, tengo otra para ti.”

“¿Por qué?” Él dijo, con sus labios moviéndose contra su dedo envuelto en cuero.

“Hace años, no fui muy amable contigo. No hice ningún esfuerzo por ser agradable.”

Él sonrió, una curva sensual de sus labios contra el cuero. “Mi comportamiento fue mucho peor.”

“Aún así. Prometí que no me agradarías, hicieras lo que hicieras, porque...”

“¿Porque?”

El calor le quemó la cara. “Estaba celosa. Estaba increíblemente celosa de la forma en que Haddon quería pasar tiempo contigo, no conmigo.”

Ren exhaló un largo suspiro. “¡Ah!”

“Haddon y yo siempre habíamos sido cercanos. Pasaríamos todo el tiempo que pudiéramos juntos. Es decir, hasta que llegaste a la fortaleza de mi padre. Luego, la lealtad de Haddon cambió hacia ti, y yo, bueno… eso me molestó.”

“Veo.”

“¿Tú?” Al darse cuenta de que su dedo todavía estaba en la boca de Ren, apartó la mano. Lo puso encima de sus manos unidas.

“Como dije antes, Liliana, cuido a Haddon como si fuera mi hermano. Verlo tan derrotado hace años, verlo elegir que llenaba sus días con desesperación…”

“¿Desesperación?” La conmoción la recorrió. Eso no sonaba en absoluto como si viniera de su hermano.

“Haddon se desanimó mucho después de su lesión. Intentar competir con la oscuridad a la que había sucumbido era casi imposible. Pero me negué a renunciar a él. Me negué a permitir que desperdiciara la vida que se le había salvado por alguna razón concedida por el Cielo.”

A Liliana se le hizo un nudo en la garganta. Si lo que dijo Ren era cierto, entonces estaría muy agradecida por todo lo que había hecho para ayudar a Haddon. “Gracias,” susurró.

“Si las circunstancias fueran diferentes, él habría hecho lo mismo por mí.”

Oh, misericordia, pero Ren fue más heroico de lo que jamás ella habría imaginado. Quería besarlo de nuevo. El deseo era tan fuerte que ella luchó por no arrojarse a sus brazos, presionar sus labios contra los de él y ahogarse en las emocionantes sensaciones que habían compartido la noche anterior.

Sin embargo, tal comportamiento era indecoroso para una doncella de alta cuna. Además, alguien en el patio podría verlos. Si ella y Ren fueran sorprendidos besándose, sería como una promesa de compromiso, y, como cuestión de honor, su padre insistiría en un compromiso. No sería justo obligar a Ren a proponerle matrimonio, él podría preocuparse por ella y disfrutar cortejándola, pero eso no significaba que deseara convertirla en su esposa.

Además, no estaba del todo segura de lo que sentía por Ren, aunque el anhelo que crecía dentro de ella… Eso era innegablemente real.

“¿Liliana?” Dijo en voz baja. Su mirada ardía, como lo había hecho la noche anterior cuando se besaron. El calor en sus ojos despertó una nueva y dulce agitación, dentro de ella, que se hizo más caliente y más insistente, con cada momento que sus miradas se sostenían.

Contuvo el aliento, muy lentamente, él se inclinó hacia ella, con la mirada fija en sus labios...

“Ren.”

Liliana se sobresaltó al oír la voz de su padre.

Ren se alejó bruscamente de ella y se puso de pie abruptamente. “Milord.”

“Buenos días, padre,” dijo Liliana. Los Santos están arriba. ¿Cómo no había oído la puerta del jardín al abrirse o cerrarse?

Las pobladas cejas de su padre se alzaron. “¿Estaba interrumpiendo?”

“Tenía algo en el ojo,” expuso Liliana rápidamente, pasando los dedos por su mejilla izquierda. “Ren estaba tratando de ayudar. Para ver… si podía ver lo que me estaba molestando. Ya no está.”

Afortunadamente, Ren no intentó dar más detalles sobre esa explicación.

Su padre no parecía del todo convencido. “Bueno, Liliana, me alegro de que estés bien. Ren, si eres tan amable, debo hablar contigo en privado.”

La mirada de Ren se encontró con la de Liliana. Luego, con una pequeña sonrisa misteriosa, miró a su padre. “Por supuesto, milord. También hay un asunto importante que me gustaría discutir con usted.”

Capítulo ocho

"¡A *ah chooo!"*

Liliana hizo una mueca. Estaba parada en un charco de luz del sol de la tarde en el gran salón, leyendo el pergamino que enumeraba las tareas a completar, con Burton a su lado. Su nariz enrojecida chorreaba aún más que ayer, y sus ojos enrojecidos parecían igualmente llorosos.

Alejándose de ella, él se sonó la nariz con un pañuelo. El ruido era parecido al toque de una trompeta. Al oír el sonido, dos perros de caza cercanos se escabulleron y se escondieron bajo una mesa de caballetes.

"Lo siento, bilady." Él sollozó. "Este frío es una molestia."

"Deberías estar descansando en la cama, Burton. Estoy seguro de que tu esposa estará de acuerdo conmigo."

El hombre enjuto negó con la cabeza. "No puedo, señora. Demasiadas cosas que hacer. No puedo decepcionar a tu padre, estando en Navi…"

El pobre hombre parecía lo suficientemente cansado como para quedarse dormido de pie. Sacudiendo la cabeza, Liliana dijo: "ve. Descansa, Burton. Yo me ocuparé de los elementos de esta lista."

"Oh, bilady, podría segui..."

"Insisto. Cuando mi mamá estuvo bien ayudó a coordinar las fiestas navideñas. Con mucho gusto seguiré esa tradición." Liliana señaló las escaleras del edificio delantero. "Ve y descansa. Si necesito ayuda, se la pediré a otros sirvientes."

El alivio se apoderó de las facciones canosas de Burton. "¿Está segura, bilady?"

"Lo estoy."

"Se lo agradezco, bilady." Estornudando de nuevo, él se alejó.

Liliana volvió su atención a la lista. Honestamente, estaba contenta de tener algunas tareas que la mantuvieran ocupada. No había tenido la oportunidad antes en los jardines de preguntarle a Ren, si Haddon podría llegar hoy, y la anticipación se deslizó por su piel como hormigas en una tarta de bayas. Para ella era mucho más productivo estar ocupada que quedarse sentada sin hacer nada, cada vez más ansiosa.

A juzgar por los elementos tachados, todas las habitaciones de invitados habían sido preparadas, incluida la de la torre norte, que había decidido que sería entregada al Halcón del Rey. Sin embargo, aún quedaba por supervisar la gran fiesta del día de Navidad. El día veinticinco de diciembre, las puertas de Maddlestow se abrirían de par en par y la gente común de todas las propiedades de su padre traería leña, tazas, servilletas de tela y platos para poder disfrutar del regalo de una comida proporcionada por el personal de su padre. La gran cocina

llevaba días ocupadas, preparando la comida entregada en paquetes especiales. Además, habían estado preparando platos más elaborados para los invitados nobles que cenarían en el gran salón. El cocinero incluso había contratado trabajadores adicionales del pueblo.

Con la lista en la mano, Liliana se dirigió a la cocina. Al cruzar el umbral, inhaló los deliciosos aromas de la carne y el guiso de cordero cocido, a fuego lento. Al otro lado de la cocina, los niños daban vuelta a los pollos, que se asaban sobre los enormes fuegos. Los conejos desollados estaban amontonados sobre la tabla de cortar cercana, mientras grandes cestas de faisanes, gansos y codornices de ojos vidriosos, esperando ser desplumados, descansaban en el suelo cercano.

Las criadas que preparaban tartas con natillas y las últimas peras de otoño le hacían una reverencia, cuando pasaba en busca del cocinero.

Encontró al cocinero de pie, junto a una olla de salsa dorada que olía a clavo, cebolla y jengibre. “Sí, milady, todo va según lo planeado,” él dijo. La harina cubría la parte delantera de su delantal y un lado de su cara. “El pudín de ciruela y los pasteles de carne picada están listos. Todavía tenemos que empezar a cocinar el jabalí, pero lo haremos hoy mismo, más tarde. También hay una tanda más de pan para hornear, aquellos que tienen los frijoles escondidos en su interior. Entonces, tendremos suficiente para darles un pan a todos los humildes el día de Navidad.”

“Bien. Sé que los niños esperan con ansias el juego King of the Bean.”

“También lo hacen los hombres y mujeres adultos.” El cocinero sonrió. “Todos esperan encontrar el frijol escondido en su pan y ser nombrados rey de la fiesta.” Por cierto, añadió el hombre, removiendo bien la salsa, “le pregunté a Burton, pero, ¿hay alguna petición especial para alguno de los invitados de su padre?”

“No que yo sepa.” De hecho, Liliana esperaba que el Halcón del Rey no tuviera alimentos específicos que esperaba que le sirvieran. Ella no quería decepcionar a un hombre tan importante. La próxima vez que viera a Ren, debía preguntarle, solo para estar segura.

Después de revisar los platos del banquete en el gran salón, salió de la cocina, aliviada de que todo parecía estar en orden. Dejó la lista en su cuarto para revisarla más tarde y se dirigió a la habitación donde había quedado con Averil.

Su querida amiga ya estaba sentada junto al fuego, trabajando en su bordado. Ella levantó la vista cuando entró Liliana.

“Ahí tienes. Envié a Rosy a dormir la siesta hace bastante tiempo. Estaba empezando a preocuparme por ti.”

“¿Por qué?”

Con picardía en sus ojos, Averil murmuró: “pensé que tal vez estabas atrapada bajo más muérdago, asaltada por el guapo Ren.”

Liliana se rió. “Si quieres saberlo, envié a Burton a la cama para que se recuperara de su resfriado. He estado ocupado con su lista de tareas.” Sin mencionar que casi había vuelto a besar a Ren en el jardín y ese era un beso que realmente deseaba. Dejando a un lado ese pensamiento, se sentó en la silla que prefería más cerca de la chimenea.

“Supongo que ya no necesitas muérdago para ganarte el beso de Ren, ¿verdad?”

Sonriendo, Liliana sacudió la cabeza, descartando las burlas. Aún así, no podía evitar que los recuerdos acudieran a su mente: Ren, arrodillado junto a ella, en esta misma cámara, la noche anterior. Él yacía de espaldas cerca del fuego, con su hermoso rostro, definido por el resplandor parpadeante del fuego. Todo su cuerpo se estremeció, recordando sus labios y manos sobre ella...

“Lil.”

Ella parpadeó. *"¿Mmm?"*

Averil dejó su bordado en su regazo. "¿Estás bien?"

"Sí." Liliana agarró la bolsa de tela que contenía los gatitos para Rosy. "Estaba pensando en lo que hay que hacer antes de Navidad."

"Mentirosa."

Liliana desvió la mirada y sacó el gatito de tela con rasgos dispares. "Bueno, hay mucho que hacer…" Ella se quedó helada.

"¿Cuál es el problema?"

"¿Hiciste… hiciste esto?" Liliana puso al gatito en posición vertical, de cara a Averil.

Los ojos de Averil se abrieron como platos. "No lo hice, pero, desearía haberlo hecho."

Debajo de los ojos amarillos y negros del gatito había una nariz rosada perfectamente cosida y una boca curva. Se habían añadido pequeños puntos blancos a los ojos para que parecieran brillar con vida.

"Ren," susurró Liliana, pasando un dedo por la nueva costura.

"¿Ren?" Averil se rió. "Lo dudo."

"De hecho, fue Ren," insistió Liliana. "Él y yo... Bueno, anoche hacía demasiado frío para hablar mucho tiempo en la almena. Lo traje aquí. Vio el trabajo tan horrible que había hecho con la cara del gatito y a lo mejor, él decidió arreglarlo."

La admiración iluminó los ojos de Averil. "Obviamente es un hombre con muchos talentos."

"Me pregunto dónde aprendió a hacer puntadas tan finas." Liliana acercó al gatito a la luz del fuego. Los puntos eran mejores que los suyos y había estado bordando desde que su madre le enseñó cuando era niña. "Debo preguntarle."

"Estoy ansiosa por escuchar lo que averigües." Con una sonrisa curvando sus labios, Averil reanudó su trabajo sobre un pétalo de rosa.

Los ojos de Liliana se entrecerraron. "¿Me estás animando a pasar tiempo con Ren, querida Averil?"

Su amiga agitó las pestañas, su expresión era de fingida inocencia. "¿Yo?"

"Tú."

"¡Claro que lo estoy!" Riéndose, ella atrapó el gatito que Liliana le arrojó. Con los ojos suavizados, pasó el dedo por una de las orejas del juguete. "¡Ay Liliana! No hay nada como enamorarse. Quiero que seas feliz. Quiero que seas apreciada por un hombre que te ame tanto como tú lo amas a él. Sería maravilloso si Ren fuera ese hombre."

"¿Qué pasa contigo? ¿Alguna vez piensas en casarte de nuevo? Sé que amabas a tu difunto marido."

"Lo hice. Pero…"

"¿Pero?"

Averil desvió la mirada hacia el fuego. "Mi esposo era un hombre bueno y amable, y fuimos bendecidos con Rosy. Lo amaba, de verdad, pero había otro señor, hace años… Él tenía mi corazón desde la primera vez que nos conocimos."

El asombro recorrió a Liliana. Nunca antes había oído a Averil hablar de este hombre. "¿En serio?"

Mordiéndose el labio, Averil asintió.

"¿Quien era él? Debes decírmelo."

Sonó un golpe en la puerta abierta de la cámara. "Milady."

Averil se volteó desde su silla para mirar a la sirvienta que se encontraba allí. "¿Rosy está bien?"

“Se despertó de un sueño. Ella pregunta por ti.”

Averil se puso de pie y dejó caer su bordado en el asiento de la silla. “Te lo diré en otra ocasión,” le murmuró a Liliana, antes de salir de la cámara.

REN ESTABA en la almena cerca de las puertas del castillo, mirando hacia la oscuridad. El cielo volvía a brillar con estrellas, y el mordisco en el aire indicaba otra helada durante la noche. Su aliento formó una bocanada blanca, mientras miraba el trozo de madera que tenía en la mano enguantada. Pasó el cuchillo por la sección que sería la cola del perro y cortó más virutas, y los trozos de madera cortados eran rápidamente arrastrados por el viento.

¿Dónde estás, Haddon? ¿Dónde diablos estás?

La tensión se acumuló entre los omóplatos de Ren y él se encogió de hombros, con su capa deslizándose con el movimiento. Simplemente, era posible que Haddon se retrasara. Pronto, el ruido de los cascos de su corcel llevaría la brisa nocturna y estaría a la vista de los centinelas del castillo. Él se anunciaría, gritos de alegría resonarían en la fortaleza y Haddon se reuniría con su padre y hermana, tal como Ren le había prometido a Lord Thornleigh y Liliana.

Sin embargo, el peso de plomo en el vientre de Ren le indicó que algo andaba mal. Si bien Haddon era un guerrero hábil, que podía defenderse en cualquier situación, no era seguro para un hombre cabalgar solo de noche. El propio Haddon le había advertido a Ren que no lo hiciera, lo que significaba que era poco probable que Haddon viajara en la oscuridad.

Ya habría llegado si hubiera podido.

“Por los huesos sagrados,” murmuró Ren. Apretó los dedos con más fuerza sobre el tallado inacabado. Si Haddon no aparecía esta noche... Ren iría a buscarlo.

No había otra opción.

“¿Ren?”

La voz de Liliana llegó hasta él a través de la oscuridad. Deslizó el tallado y el cuchillo en la bolsa de cuero que llevaba en la cadera, y la miró. Ella caminó hacia él, era encantadora incluso cuando estaba envuelta en sombras oscuras.

“¿Cómo estuvo tu conversación con mi padre?” Preguntó ella, acercándose a su lado.

“Bien.” Mejor que bien, en realidad, considerando el asunto que habían discutido, el cual cambiaría sus vidas, pero ahora ella no necesitaba saber los detalles de esa conversación.

“Me alegro.” Ella sonrió. “Me preocupé un poco cuando casi nos pilló besándonos.”

Ren se rió entre dientes. “No es para preocuparse. Todo salió bien.”

Ella asintió antes de que su mirada se dirigiera a las brillantes estrellas en lo alto. “Vi lo que le hiciste al gatito de juguete. Está perfecto. Gracias.”

Él sonrió. “Fue un placer.”

“¿Dónde aprendiste a trabajar con esos puntos, tan excelente?”

El peso de plomo en su estómago se retorció. “En la cruzada.”

Su mirada, suavizada por la compasión, se mezcló con la de él.

Ren leyó la pregunta no formulada en sus ojos. Podría negarse a responder. Era difícil y desconcertante hablar de la fealdad de la guerra. No obstante, al divulgar más de su pasado, se estaba ganando su confianza y tal vez incluso su amor. “En el este, hubo tantos heridos que nuestro cirujano no pudo seguir el ritmo. En medio de la batalla, coser una herida para cerrarla a menudo podría significar la diferencia entre que un hombre viva o... muera. Me ofrecí como voluntario para ayudar al cirujano y él me enseñó lo mejor que pudo.” Ren se encogió de

hombros y soltó una risa áspera. “Con la cantidad de puntos que hice, creo que me volví bueno con ellos.”

“Estoy segura de que salvaste muchas vidas,”·ella dijo en voz baja. “Incluyendo la de Haddon.”

Ren miró fijamente hacia la oscuridad. Recordaba muy claramente la espantosa herida de Haddon y cómo ayudó al cirujano a coserla. No fue una tarea fácil ni agradable.

“El cocinero me preguntó hoy si alguno de nuestros invitados tenía pedidos especiales en términos de comida,” ella dijo. “¿Hay platos específicos que el Halcón del Rey espera que se sirvan?”

“No que yo sepa,” respondió Ren.

“Bien.” Ella vaciló, apretó los labios y luego expresó: “con respecto a Haddon.”

Ren ahogó un gemido, porque sabía lo que ella iba a preguntarle. Había estado esperando que ella le preguntara eso todo el día.

“¿Tienes alguna idea de cuándo llegará?”

“Yo no…”

“Seguramente, tienes alguna idea.” La decepción tiñó su voz.

Deseó, con cuánta sinceridad lo deseaba, poder decir algo más definitivo. Sin embargo, ¿cómo podría decirle que Haddon ya debería haber llegado? Ren no pudo. No podía soportar molestarla o verla llorar.

“Trata de no preocuparte,” él expresó, colocando un mechón de cabello detrás de su oreja. “Haddon llegará cuando esté listo.”

“Antes de Navidad,” ella indicó.

“Eso es lo que me dijo tu hermano.”

Ella suspiró y frunció el ceño. “Me temo que estoy impaciente. Además,” hizo una pausa como si considerara sus siguientes palabras, “me parece muy curioso que tanto el Halcón del Rey como Haddon no hayan llegado a Maddlestow.”

¡Ah! Ren forzó una sonrisa descuidada. “Estoy de acuerdo. Sí es curioso.”

Su ceño se hizo más profundo. “Seguramente, tú…”

“Liliana, ¿no te queda un gatito más por completar? Me pareció ver tres en la bolsa, pero solo dos están cosidos.”

“Tienes razón,” ella dijo lentamente. Él rezó para que su distracción funcionara, incluso cuando ella añadió: “tengo uno más que coser.”

“Ven. Déjame cumplir con mi deber caballeroso y acompañarte de regreso a tu cálida habitación de costura.” Bajando la voz, él dijo: “te besaría primero, pero, creo que reconozco a Myles, que está allí.” Inclinó la cabeza hacia los dos guardias de la almena opuesta que los observaban. “No me atrevo a tocarte, mientras Myles nos observa.”

Ella se rió.

“Pero, mañana es Nochebuena,” Ren le guiñó un ojo. “¿Quién sabe qué pasará entonces?”

Capítulo nueve

El día de Nochebuena amaneció frío y luminoso. La emoción recorrió a Liliana, mientras retiraba las mantas de su cama, se estiraba y luego apoyaba los pies descalzos en el suelo de tablas. Temblando, cruzó apresuradamente la cámara para lavarse la cara, y rápidamente se vistió con un elegante vestido de lana color dorado miel. Quizás hoy vería a Haddon. ¡Oh, eso esperaba!

Tomó la lista de Burton y se dirigió al gran salón, donde se encontró con su padre y Myles, de pie debajo del estrado y cerca de la mesa del señor. "Quiero que las puertas del castillo se abran temprano," expresó su padre, "como lo hemos hecho antes. Supongo que la mayoría de la gente viajará al torreón después de la misa del pastor al amanecer."

"De acuerdo," replicó Myles.

"Además, asegúrese de que haya suficientes hombres de armas custodiando el patio. No queremos que ninguna pelea arruine las festividades ni retrase a la gente para asistir más tarde a la misa de la palabra divina."

"Sí, milord." Myles hizo una reverencia, inclinó su cabeza gris para reconocer a Liliana y se alejó.

Exhalando un profundo suspiro, el padre de Liliana volteó hacia ella. Parecía cansado, como si no hubiera dormido bien. Ella sabía cómo se sentía él. Se había despertado varias veces la noche anterior, con su mente inquieta llena de pensamientos de volver a ver a Haddon. ¿Sería su hermano tal como lo recordaba o era un hombre completamente diferente? Después de todo lo que Ren le había contado, temía que las heridas de Haddon lo hubieran convertido en una persona distante y amargada que ya no reconocería, y eso la entristecía y asustaba. La anticipación de su padre debía ser aún peor, porque esperaba el regreso de su amado hijo, quien era su heredero.

"¿Todo va bien, hija?" Preguntó su padre.

No podía hablar de Haddon aquí en el gran salón, no cuando Ren había insistido en mantener el secreto, mientras las sirvientas y otras personas estaban trabajando cerca. Entonces, ella simplemente sonrió. "Sí," poniéndose de puntillas, besó la mejilla de su padre. "¿Y a ti?"

"¡Mmm!" Él frunció el ceño.

"Padre, ¿qué pasa?" Ella estaba esperando, lista para sugerir que fueran a algún lugar privado para hablar, si su padre deseaba conversar sobre Haddon.

Su padre se encogió de hombros, pero su ceño se hizo más profundo. "Puede ser una coincidencia. Sin embargo, el Halcón Real aún no ha llegado. Tampoco... *otro* invitado importante."

Haddon. El significado de su padre era claro en su tono y mirada directa.

Cuidando su respuesta, ella dijo: “anoche le pregunté a Ren sobre nuestro invitado tan esperado. Ren pensó que podría retrasarse. Con suerte, llegará hoy, al igual que el Halcón del Rey.”

Su padre se acercó. “Es un poco curioso, ¿no crees? ¿Que ambos hombres no hayan llegado?” Expuso en voz baja.

Liliana asintió. “La verdad es que yo me he preguntado lo mismo.” Sin embargo, Haddon y el Halcón del Rey no podían ser el mismo hombre. ¿O podrían serlo? ¿Cómo sería eso posible, cuando ella recordaba el Halcón Real de su infancia?

Su padre se enderezó y bajó las mangas de su túnica gris. “Con suerte, hoy llegarán todos los que estamos esperando y se darán las explicaciones. ¿Enviarás un sirviente a buscarme en el momento en que llegue alguno de ellos?”

“Por supuesto, padre.” Cuando él se dio la vuelta, ella preguntó: “¿has visto a Ren?”

“No, pero, según Myles, él se fue al amanecer con su escudero. Dijo que tenía recados que hacer en el pueblo.”

La inquietud se apoderó de Liliana. Ren no le había mencionado la noche anterior que hoy se iría del torreón. ¿Había recibido Ren un mensaje de Haddon durante la noche? ¿Qué hubiera pasado si su hermano hubiera decidido que la tensión era demasiado grande, y, después de todo, no quería volver a casa? La horrible idea hizo que se le escocieran los ojos con lágrimas no derramadas.

No obstante, solo faltaba un día para Navidad. En la mayor parte de Inglaterra, los regalos se intercambiaban la noche de Reyes, el sexto día de enero, en honor a los regalos otorgados al niño Jesús por los tres Reyes Magos. No obstante, cuando la madre de Liliana enfermó y no pudo coordinar eventos que duraron varios días, su padre sugirió intercambiar regalos como parte de las celebraciones del día de Navidad. El intercambio de regalos había ido tan bien que se había convertido en una tradición en Maddlestow. ¿Quizás Ren y Guy habían ido a comprar regalos?

Negándose a preocuparse o insistir en la ausencia de Ren, Liliana arregló un lazo que se estaba desenredando en la vegetación de una farola cercana y después fue a la cocina para comprobar los preparativos. Los sirvientes corrían entre los fuegos de la cocina y las mesas de comida, mientras el cocinero exaltaba sus órdenes. Después de revisar los arreglos con el cocinero, sudorosa, con el rostro sonrojado y satisfecha de que todo estaba en orden, ella regresó a su habitación para envolver sus regalos para el día siguiente.

Liliana agarró un saco de tela del baúl de lino pintado que estaba contra la pared, luego fue a su mesa de caballete y sacó los artículos del saco: los gatitos de juguete que había cosido para Rosy, una daga con mango de hueso tallado para su padre, una delicada peineta plateada para Averil, y una caja de madera que Liliana había comprado años atrás para Haddon, que era un regalo para cuando regresara de la cruzada, lo cual hasta hacía días no esperaba que él recibiera porque creía que había muerto.

Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando abrió la tapa de la caja y sacó la suave piedra de río, la moneda romana de plata y la bolsa de piezas de ajedrez de madera, todos eran tesoros de la infancia, que Haddon recordaría. Sonriendo, volvió a guardar los artículos en la caja y envolvió todos los regalos en trozos de lino atados con cordel.

Mientras los guardaba nuevamente en el cofre, hizo una pausa. “Ren,” murmuró. Un rubor frío y caliente recorrió su piel, porque seguramente debería tener un regalo para él.

Pero, ¿qué?

Mientras la pregunta se formaba en su mente, un recuerdo se agitó. Metió la mano en el cofre, pasó las capas de sedas bordadas y linos de gasa hasta llegar al fondo, encontrando lo que

había escondido hacía mucho tiempo. Llevó la bolsa de cuero al fuego, abrió el cordón y sacó el caballo tallado.

Aún así, después de tantos años, el tallado la dejó sin aliento. Había una belleza salvaje y cruda en la pieza que, de alguna manera, le hacía pensar en un Ren joven. No sabía si la hermosa pieza había sido hecha por él, pero si así fuera, debería devolvérsela.

Volviendo al baúl de lino, sacó una daga devoradora que había comprado en el mercado del pueblo hacía varios meses, pero que no había usado. La envolvió en lino y la metió en la bolsa junto con el caballo. Seguidamente, envolvió y ató la bolsa, al igual que los otros paquetes, y la guardó en el cofre.

¿Qué haría Ren cuando viera el caballo? La anticipación la estremeció, porque apenas podía esperar a ver eso.

"DEBEMOS PARTIR, milord, si queremos llegar a Maddlestow antes del anochecer."

Con los brazos apoyados en la mesa rayada de la taberna, Ren asintió y miró fijamente la cerveza sin terminar en su taza. Durante toda la tarde, las espesas nubes grises habían insinuado nieve.

Hacía poco tiempo, él y Guy habían entrado a caballo en la aldea, agrupada alrededor de las murallas exteriores de Maddlestow. Después de observar brevemente a unos mimos vestidos de colores, actuando en una calle principal, ellos fueron a la taberna a tomar un trago rápido. Sin embargo, tendrían que montar pronto si esperaban llegar al castillo antes de que comenzara a nevar.

Él se pasó la mano por la cara, deseando que desapareciera el feroz martilleo de su frente, aunque con algunas personas en el interior, lleno de humo, gritando un villancico muy conocido y más bebedores sentados en las mesas, uniéndose al espectáculo, esto era poco probable.

Un granjero canoso cerca del hogar comenzó a aplaudir al ritmo de la canción. Mirándolo y riéndose, un grupo de sirvientas pechugonas comenzaron a aplaudir también. El ruido resonó como un tambor dentro del cráneo de Ren.

¡Maldita sea, Haddon! ¿Dónde estás?

Un dolor crudo se extendió por el pecho de Ren. ¿Cómo podía regresar a Maddlestow y decirle a Liliana que no tenía idea de lo que le había sucedido a su hermano, y, que, después de todo, tal vez Haddon no regresaría a casa para Navidad?

Simplemente no sabía qué más podía hacer. Él y Guy cabalgaron la mayor parte del día y visitaron todas las tabernas, a varias leguas de Maddlestow Keep, en busca de alguna señal de Haddon. Según lo acordado, si Haddon necesitaba enviarles un mensaje, lo dejaría bajo el techo de paja, en la esquina trasera derecha del techo de una de las tabernas locales. Ellos registraron las tabernas cercanas al castillo y las más alejadas. No habían encontrado nada excepto unos pocos escarabajos. Incluso fueron a la oficina del alguacil local para preguntar por Haddon, pero el edificio estaba a oscuras y la puerta permanecía cerrada.

Además, el otro encargo igualmente importante de Ren tampoco había tenido éxito.

"Milord," dijo Guy.

Ren presionó las palmas de sus manos contra sus ojos cansados. "Lo sé. Y tienes razón. Deberíamos irnos ahora."

Después de tragar lo último de su cerveza, Ren se puso de pie. Su silla chirrió por el suelo, aunque el sonido era apenas audible entre los ruidosos cantos, vítores y aplausos. Entrecerrando

los ojos para protegerse de la neblina de humo de las velas de sebo que había sobre las mesas, se dirigió hacia la puerta. Solo podía esperar que por algún milagro, mientras él y Guy estaban buscando, Haddon hubiera encontrado el camino a casa.

SENTADA JUNTO a su padre en la mesa del señor, Liliana sorbió su vino y mordisqueó un dátil seco espolvoreado con canela y nuez moscada. Un cuenco de frutos secos, especias y nueces y una copa de vino medio vacía descansaban en el lugar junto a ella. Averil había prometido que volvería, en unos momentos, para terminar su bebida. Durante la cena, a Rosy se le había caído un bocado de estofado de pescado por la parte delantera de su vestido y, entre lágrimas, había insistido en ponerse un vestido limpio. Averil la había llevado arriba para que se cambiara.

La mayoría de las mesas utilizadas para la comida habían sido dobladas y retiradas a los lados del salón. Al otro lado de la vasta cámara, los músicos se sentaban y sacaban sus laúdes, arpas y flautas. Una canción alegre llenó el aire y los sirvientes risueños, incluyendo a la sanadora de cabello negro, formaron un círculo y bailaron.

Liliana tamborileó con los dedos sobre el mantel de lino. Le encantaba la juerga que siempre se producía en Nochebuena y que a menudo continuaba hasta la misa del ángel a medianoche. Sin embargo, todavía no había señales del Halcón del Rey, Haddon o Ren. ¿Había verdad en la idea de su padre de que el Halcón del Rey y Haddon podían ser el mismo? Independientemente de si eso era cierto o no, ¿por qué ninguno de los dos había llegado? Además, ¿qué podría estar haciendo Ren para mantenerlo alejado tanto tiempo?

La impaciencia la atormentó hasta que no pudo soportarla más. Un poco de aire fresco ayudaría a calmar su mente inquieta. Se disculpó y cruzó el pasillo, abriéndose paso entre los juerguistas hasta llegar a las escaleras del edificio delantero. Cuando salió a la gélida oscuridad, respiró hondo. Se había olvidado de ponerse el manto, pero no quería ir a buscarlo. Ella solo estaría afuera por unos momentos.

La luz atrajo su mirada hacia el patio. Las puertas del establo estaban abiertas. Afuera había dos caballos ensillados y atados, esperando que les quitaran los arreos. La anticipación se arremolinó dentro de ella en una ráfaga embriagadora. Ren debía haber regresado recientemente.

Se apresuró al establo y entró, al igual que el mozo de cuadra. Guy y Ren cruzaban por una esquina, y todavía llevaban sus pesadas capas y guantes.

Al verla, los hombres se detuvieron e hicieron una reverencia. “Buenas noches, milady.”

“Buenas noches a ustedes.” Al encontrarse con la mirada de Ren, preguntó: “¿tuviste un día exitoso?”

El rostro de Ren se ensombreció de inquietud. “No tuve tanto éxito como esperábamos.” Su mirada se iluminó con aprecio, mientras recorría el vestido de ella y volvía a su rostro, pero luego entrecerró los ojos. “¿Dónde están tu manto y tus guantes? No estás vestida para estar al aire libre, especialmente cuando hay nieve en el camino.”

“Cierto. No lo estoy. No tenía intención de estar afuera por mucho tiempo.”

Él frunció el ceño. “Muchacho, ocúpate de los caballos.”

“Por supuesto, milord.”

Ren se acercó a ella, se desabrochó la capa y se la puso sobre los hombros. Su aroma masculino, una mezcla de cuero, caballo y aire invernal la rodeó, despertando un delicioso calor en su interior.

“De verdad, Ren, yo…”

“No discutas conmigo esta noche,” él gruñó, tomándola del brazo y arrastrándola hacia la puerta, saliendo de la oscuridad. En unos momentos, ella estaba dentro del edificio de piedra y él la llevaba escaleras arriba hacia el gran salón.

Risas, música, pisadas rítmicas y vítores bulliciosos los rodearon, mientras caminaban bajo el muérdago. Averil y Rosy, en el círculo de bailarines, los saludaron. Liliana sonrió y les devolvió el saludo.

Estaba a punto de burlarse de Ren por el muérdago que había sobre sus cabezas, pero la línea dura de su mandíbula la hizo detenerse. Nunca lo había visto tan agitado y emocionalmente nervioso. La inquietud la invadió. Esperaba que su intranquilidad no tuviera que ver con Haddon.

“¿Ren? ¿Qué pasa?”

Sacudió la cabeza y su mirada se dirigió a los juerguistas cercanos. “Aquí no.”

“Está bien. ¿Has comido?”

Cuando él volvió a negar con la cabeza, ella llamó a una sirvienta y la envió a la cocina a buscar algo de comida para Ren. Después, le indicó que la siguiera hasta las escaleras que conducían al rellano. Abriéndose paso entre la gente sentada o parada en las escaleras, se dirigieron a la cámara donde habían hablado en privado anteriormente.

Ren se quitó los guantes, hundiéndose en una de las sillas junto al fuego. Se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, la cabeza gacha y las manos hundidas en la nuca. Dejando a un lado su capa, se sentó tranquilamente en la silla que prefería y observó el fuego, indicándole que estaba listo para compartir sus noticias. Cómo esperaba ella que nada terrible le hubiera sucedido a Haddon.

Momentos después, la criada llamó a la puerta abierta y le entregó a ella, una bandeja cargada con un plato de guiso de pescado, pan, queso, higos secos y una taza de vino especiado. Después de una rápida reverencia, la muchacha se apresuró a alejarse, sin duda para seguir ayudando en las celebraciones de abajo.

Ren comió una cucharada del guiso y luego dejó la bandeja a un lado.

“Ren,” ella susurró. “¿Qué pasa?”

Parecía cansado y ella sintió una tremenda tristeza en su interior. “Lo siento, Liliana.”

Un escalofrío helado la recorrió. “¿Lo siento?”

“Yo...” Él maldijo en voz baja. “Se suponía que Haddon estaría aquí.”

La intensidad de sus emociones tiró de su alma. “Esta mañana, cuando dejaste el torreón...”

“Fui a buscarlo. Guy y yo seguimos unas pistas. No hay señales de él.”

Un gemido de angustia amenazó con salir de ella, pero lo contuvo.

“Sé que te lo prometí, Liliana. Te lo prometí a ti y a tu padre. Ahora, yo...” Sus hombros subieron y bajaron, mientras respiraba pesadamente. “Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, te estoy decepcionando. De nuevo. Eso me duele muchísimo porque es lo último que quería hacer.”

Ella odiaba verlo en tal tormento. Deslizándose de su silla, se arrodilló junto a él, su vestido quedó desparramándose a su alrededor sobre las tablas del suelo. Tocando su brazo, ella murmuró: “estoy segura de que hiciste lo mejor que pudiste.”

Él no respondió. Un músculo hizo tictac en su mandíbula.

“El Halcón Real tampoco ha llegado,” ella expuso en voz baja.

La cabeza de Ren se volvió y ella sostuvo su mirada aguda y ardiente, decidida a no desviarse de las preguntas que debía hacer. “¿Sabes su paradero?”

“Yo no…”

En su expresión, ella vio una lucha, una por controlar emociones y palabras que clamaban

por ser desatadas. Le dolía por dentro lo que él claramente estaba soportando, pero ahora necesitaba la verdad. “Me doy cuenta de que el Halcón Real y mi hermano pueden no ser el mismo hombre, pero...”

Ren soltó un fuerte suspiro y se llevó la mano a la boca.

“¿Ren?” Ella lo miró fijamente, intentando leer su perfil.

“Me gustaría poder contártelo todo,” él dijo finalmente con voz áspera. “No puedo. Todo lo que puedo decir es que ambos debemos orar por un milagro.”

TODAVÍA DE RODILLAS A SU LADO, Liliana exhaló un suspiro entrecortado y miró hacia otro lado. Ella estaba temblando. Ren lo sintió en su mano delgada, todavía presionada contra su brazo. Con qué urgencia quería revelarle hasta el último detalle, pero había jurado por el honor de ser un caballero. Le habían concedido permiso para decirles a Liliana y a su padre que Haddon estaba vivo, pero no en qué se había convertido.

Un silencio tenso reinó en la cámara. El estómago vacío de Ren gimió, pero no tenía ganas de comer. Lo que él quería era…

Liliana ladeó la cabeza. “Escucha.”

Qué exquisita se veía ella con su cabello brillando a la luz del fuego. “¿Qué?” Él dijo. “No oigo nada más que el fuego ardiendo.”

“Exactamente.” Sus ojos se abrieron. “No hay música sin risas.”

Ella tenía razón. Todo el ruido del gran salón se detuvo de repente.

“Lord de Vornay,” gritó un hombre. Su voz se escuchó desde el pasillo. Era la voz de Myles. “¡Lord de Vornay!”

Liliana se puso de pie.

Ren corrió hacia la puerta, con ella detrás de él. La emoción y el recelo se arremolinaron en su interior. Si tenían razón, el momento del anhelado reconocimiento había llegado.

Se detuvo en el rellano que daba al pasillo. Los sirvientes desconcertados todavía llenaban la vasta sala y los músicos sostenían sus instrumentos silenciosos. Con una armadura de cota de malla completa y una capa larga, Myles estaba de pie cerca de la entrada arqueada del edificio principal. Gritó de nuevo: “Lord…”

“¡Aquí!” Respondió Ren. Abriéndose paso entre los hombres, mujeres y niños que subían las escaleras, se apresuró a bajar al vestíbulo.

“¿Qué ha sucedido?” Liliana gritó muy cerca de Ren.

“Su Señoría solicita la presencia de Lord de Vornay en el patio,” dijo Myles. “Tenemos una visita.”

Liliana soltó un grito ahogado. Ren sintió el sonido como una astilla de hielo raspando su columna.

Afuera, una pequeña multitud se había reunido en el patio. Antorchas encendidas en soportes de hierro, a lo largo de las paredes, arrojaban la luz del fuego en la oscuridad densa y grisácea. La luz se reflejaba en las cotas de malla de los hombres de armas, quienes formaban un semicírculo para proteger la entrada al torreón y tres lados del patio. Sus espadas permanecían envainadas, pero parecían listas para desenvainar el acero y luchar si su señor les daba la orden.

Todas las miradas estaban puestas en el guerrero que estaba sentado a horcajadas sobre un enorme caballo negro. La puerta de entrada, el puente levadizo bajado y el portón elevado estaban directamente detrás de él. El hombre estaba vestido todo de negro, desde su capa negra

con capucha y vaporosa hasta sus botas de cuero.

También llevaba un yelmo negro con aberturas para los ojos. Todo, salvo la parte inferior de la mandíbula, la boca y la barbilla, estaba oculto. Sin embargo, Ren no necesitaba ver el rostro del hombre para reconocerlo. El alivio lo invadió, porque no había forma de confundir al Halcón Real o su corcel, debido a su reluciente pelaje negro puro. Ren recordó que le había costado un poco de búsqueda hasta encontrar exactamente el caballo adecuado para el guerrero.

“Santos arriba,” respiró Liliana, con asombro y temor en su voz. Abrazando sus brazos sobre su pecho, se paró junto a su padre, detrás de la barrera protectora de guardias.

Lord Thornleigh captó la mirada de Ren y asintió. “El Halcón del Rey y yo acabamos de ser presentados. Me preguntó si estabas aquí.”

Interpretando el asentimiento de Lord Thornleigh como una señal para hacerse cargo de los procedimientos, Ren avanzó entre la línea de hombres de armas y se acercó al caballero montado. Un pesado silencio se apoderó del patio.

“Buenas noches, Halcón del Rey.”

“Buenas noches.” La voz del hombre chirrió como un cuchillo al arrastrarse sobre la piedra. Había aprendido esa manera de hablar para disfrazar su voz real.

El cuero crujió. Era el sonido del hombre apretando las riendas con guantes de cuero o ajustando su peso en la silla.

Ren miró fijamente las rendijas donde están los ojos del hombre. “Eres bienvenido aquí. Te esperábamos y nos alegramos de que por fin estás aquí.”

El guerrero inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. Mientras lo hacía, pareció balancearse en la silla, como si estuviera mareado.

Ren frunció el ceño. “Señor, ¿está usted…?”

Con un gemido de dolor, el Halcón del Rey se aferró a la parte delantera de su capa. Lentamente, se desplomó hacia adelante. “Ren,” él jadeó.

“Milord,” le gritó Ren a Lord Thornleigh. “Está herido.”

“¡Ayúdenlo!” Rugió Su Señoría. “Bájenlo de su caballo.”

Se alzaron voces, junto con el raspado de botas y armas. “Por favor,” gritó Ren. “Llévenlo a una cámara privada.”

Liliana corrió al lado de Ren. “Hay una lista en la torre norte.”

Ren sostuvo la mirada preocupada de Liliana, incapaz de reprimir una repugnante oleada de miedo. “Trae a la sanadora,” expuso. “Rápidamente.”

Capítulo diez

Liliana corrió por el pasillo iluminado con antorchas hasta la habitación de Averil. La sanadora estaba en camino para cuidar al Halcón del Rey. Con el rostro enrojecido por la bebida y la alegría, ella pareció asombrada cuando Liliana la sacó de la fila de bailarines en el salón, y le ordenó que fuera directamente a la torre norte.

"Qué terrible ser herido en Nochebuena," había dicho la mujer antes de alejarse apresuradamente.

Aún más terrible, había susurrado una voz dentro de Liliana, *si ese hombre herido fuera su amado hermano.*

Con mano temblorosa, Liliana llamó a la puerta de Averil. Ella abrió el panel y susurró: "… Acabo de acostar a Rosy en la cama. ¿Todo está bien?"

"No." La respiración de Liliana se entrecortó.

"¿Lil? ¿Qué ha sucedido?"

"No puedo explicarlo ahora." Las lágrimas amenazaron. "Por favor," dijo Liliana. "Ven conmigo."

"Lo haré. ¿Puedes llamar a una sirvienta para que se siente con Rosy hasta que se duerma?"

Liliana fue a buscar a una de las jóvenes al salón y regresó con ella a la habitación de Averil. Todo el cuerpo de Liliana ansiaba estar en la torre norte para saber qué estaba pasando con el Halcón del Rey.

Por un breve momento en el patio, la mirada del guerrero había tocado la de ella, quien sintió una extraña tensión emanando de él. Era una mezcla de alivio, esperanza, ansiedad y desesperación. Detrás de esa máscara que lo ocultaba, ¿encontraría a Haddon?

Averil salió al pasillo. Juntas se apresuraron hacia la torre con sus faldas susurrando, mientras subían las estrechas escaleras en espiral de la torre.

Dos guardias armados bloquearon la puerta de la cámara. Saludaron con la cabeza a Liliana y Averil, y se hicieron a un lado. Con un suave golpe, Liliana abrió la puerta.

Los olores a sangre y a fuego recién hecho la recibieron cuando entró. El Halcón Real, todavía vestido con sus ropas oscuras, su cota de malla y su yelmo, yacía en la cama que habían empujado al centro de la habitación. Su cabeza y sus hombros estaban apoyados sobre almohadas de plumas manchadas de sangre. La sanadora se sentó en un taburete de madera a su lado izquierdo, examinando la herida que supuraba debajo de su clavícula, mientras Ren y el padre de Liliana estaban a su lado derecho. El hombre gimió y su cuerpo se tensó, mientras la sanadora trabajaba.

Cuando Liliana entró, él volteó la cabeza y ella sintió su intensa mirada.

"El Señor encima de todo," susurró Averil, empujando la puerta para cerrarla detrás de ella.

“¿Quién es él?"

“Es conocido como el Halcón del Rey,” respondió Ren. Se encontró con la mirada de Liliana y sus rasgos se tensaron por la preocupación. “Perdió el conocimiento. La sanadora dice que ha perdido mucha sangre.”

“¿Por qué todavía lleva puesto su yelmo y su armadura?” Preguntó Liliana con un tono que se volvió agudo. “Seguramente si se los quitaran, sería más fácil para ella cuidarlo.”

“Es cierto,” expresó Ren suavemente. “Pero, la sanadora quería examinar primero la herida para determinar qué suministros necesita reunir y traer aquí.”

Liliana se acercó a la cama, sintiendo a Averil unos pasos detrás. “¿Va a…?” No pudo terminar sus palabras. Si este hombre fuera Haddon, él tenía que estar bien.

Si él fuera Haddon...

Con qué desesperación quería saberlo.

La cabeza del Halcón Real volvió a moverse. Sus labios se separaron de sus dientes con un silbido agudo, mientras la sanadora examinaba sus heridas. “Déjanos,” él dijo con voz áspera.

Asintiendo, la sanadora retrocedió y se secó las manos con un trapo. “Traeré lo que necesito. Volveré en breve. Será mejor si le quitan la armadura, milords.” Ella salió de la cámara y la puerta se cerró con un clic.

Se hizo un tenso silencio. Luego, mirando al hombre herido, Ren preguntó en voz baja: “¿estás listo?”

“Sí.”

El corazón de Liliana golpeaba contra sus costillas. Esa voz... Ya no era un ronco bajo, sino que la reconoció con tanta seguridad como la suya.

Ella contuvo la respiración, mientras Ren se inclinaba hacia delante, agarraba los bordes inferiores del yelmo y lo levantaba. El casco se soltó, revelando una piel bronceada y un cabello rubio despeinado del mismo color que el suyo.

Se encontró con la mirada de ojos azules del hombre.

Era Haddon.

Un repentino grito salió de ella.

Detrás de ella, su padre maldijo en voz baja.

Averil jadeó.

Los sollozos brotaban de sus labios. Liliana pasó junto a su padre y a Ren, y abrazó a su hermano. Con el rostro presionado contra el hombro derecho y el cuello de Haddon, Liliana lloró. Oh, cuánto lo había echado de menos y qué contenta estaba de que estuviera en casa.

Su torso se movió ligeramente debajo de ella y su pesado brazo se curvó alrededor de su cintura, abrazándole la espalda. La alegría y la angustia estallaron en su interior, y sus sollozos se intensificaron. Por encima del sonido de su llanto, oyó a su padre caminar detrás de ella, lo escuchó susurrar “hijo mío” y luego los brazos de su padre los abrazaron a ambos.

Varios momentos después, su padre se alejó. Los sollozos de Liliana se habían reducido a respiraciones entrecortadas y estremecimientos. Ella levantó la cabeza y se enderezó.

Su mirada recorrió su rostro, húmedo por sus propias lágrimas. Parecía más viejo, diferente, y no solo por la cicatriz…

Otro grito salió de ella. Un espantoso y arrugado corte iba por el lado izquierdo de la cara, desde la frente hasta la mandíbula. Era una herida terrible que lo desfiguraba, tal como había dicho Ren.

La tristeza y la amargura nublaron los ojos de Haddon, y miró hacia otro lado, con la mandíbula apretada. “Soy un espectáculo espantoso, lo sé.”

"¿Horrible?" Liliana negó con la cabeza. "No, Haddon…"

"Lo soy. Sé quién soy. No necesitas ser amable."

Su garganta se cerró ante una oleada de angustia. Su hermoso rostro podría estar marcado, pero seguía siendo su hermano. Su amor por él siempre sería fuerte y verdadero, sin importar los años que hubieran pasado o lo que le hubiera sucedido.

Ella tomó su mano derecha, que yacía sobre la cama, y entrelazó sus dedos con los de él. Su palma estaba áspera y callosa, reflejando el signo de un hombre luchador, pero ella le apretó suavemente la mano. "Te extrañé, Haddon." Sus palabras terminaron en un suspiro ahogado.

Su mirada volvió a ella, con un toque de calidez en su mirada fría.

"Yo también," insistió Averil, de pie en el lado izquierdo de la cama.

"Te lo dije, Haddon," añadió Ren detrás de Liliana. "Él no estaba convencido de que tú estarías feliz de verlo."

"¡Por los huesos sagrados! Por supuesto que estamos contentos de verlo," dijo el padre de Liliana. "¿Cómo podríamos no estarlo?" Se acercó a los pies de la cama y Liliana sintió el temblor recorrer el brazo de su hermano. Ella lo apretó con más fuerza.

"Tenerte de vuelta, hijo," expresó su padre. "Es... un regalo maravilloso."

"Un milagro," agregó Liliana. Lágrimas frescas humedecieron sus ojos, mientras miraba a Ren. Ella estaba muy, muy agradecida por todo lo que él había hecho para traer a Haddon a casa.

Él sonrió. Luego, su mirada se deslizó hacia Haddon. "Antes de que regrese la sanadora, ¿puedes contarnos qué te pasó?"

"Esta mañana recibí una flecha en el hombro," respondió Haddon. "Rompió mi cota de malla. Logré sacar la flecha, pero la herida era más grave de lo que pensaba."

"¿Quién te disparó?" Preguntó Liliana.

Haddon vaciló, como si se debatiera entre responder o no. Seguidamente, con un suspiro, dijo: "un matón al que había estado persiguiendo. Ayer, con la ayuda del alguacil local, capturé al líder de una banda de asesinos, que atacaba a los comerciantes en Lincoln. Tres hombres fueron arrestados. Están en prisión y serán enviados a Londres para ser juzgados. Cinco matones se dieron a la fuga. Sabía que varios de ellos habían regresado y me estaban persiguiendo, pero, pensé que los había eludido durante la noche… Pero… me sorprendieron en un camino forestal." Él hizo una mueca. "Yo los maté… Antes de hacerlo, uno de ellos soltó su flecha."

"¿Por qué no acudiste al curandero más cercano en busca de ayuda?" Preguntó Liliana.

"Yo estaba pensando lo mismo," agregó Averil.

"Fui a la ciudad más cercana," expresó Haddon. "Pero, debo haberme desmayado. Me desperté y me encontré en el bosque, encorvado sobre el cuello de mi corcel. Afortunadamente, mi caballo se había metido entre los árboles, por lo que no era visible desde la carretera. Ya era tarde y sentí que se acercaba la nieve. También sabía que los matones restantes probablemente me estaban buscando. Decidí que era más seguro ir directamente a Maddlestow."

"Una decisión acertada," destacó el padre de Liliana. "Nadie te hará daño aquí."

"Hay una cosa que debo saber," indicó Liliana, con los dedos todavía entrelazados con los de Haddon. A menudo ella había expresado esa misma afirmación cuando eran más jóvenes.

La boca de Haddon se torció en una leve sonrisa, como si él también lo recordara. *"¿Mmm?"*

"¿Cómo te convertiste en el Halcón del Rey?"

"El señor que ocupó este cargo antes que yo quería volver a una vida tranquila en su propiedad," contestó Haddon. "Cuando me hirieron en la cruzada, el rey Ricardo me ofreció el puesto. Pero, me dijo que no podía tener contacto con mi familia. Tendrían que reportarme muerto. En ese momento, fue un acuerdo que acepté con gusto."

“¿Y ahora?” Susurró Liliana, casi temerosa de la respuesta.

Los dedos de Haddon presionaron los de ella. “Ahora me alegro de estar en casa.”

Ella sonrió.

“¿Qué pasa ahora con el Halcón del Rey?” Preguntó el padre de Liliana.

“Otro hombre ocupará mi lugar. Mi misión de ayer era la última para la Corona. El rey ya ha elegido a mi sucesor.” Haddon miró a su padre y luego a Ren. “Mientras lo pienso, hay cosas que no logré hacer. Cosas que debería haber hecho.”

“Cuéntanos,” dijo Ren. “Nos ocuparemos de estas.”

Los ojos de Haddon se cerraron. Parecía agotado. “Para empezar, mi yelmo y mis prendas serán destruidos. Hice un voto...”

“Así se hará,” confirmó Ren. “No te preocupes.”

“Pero, antes de que hagas eso,” advirtió Haddon, abriendo un poco los ojos, “deben verme alejarme del castillo. No traeré enemigos del Halcón del Rey a Maddlestow. Lo último que quiero es poner a mi familia en peligro.”

“Myles tiene una estatura similar a la tuya. Estoy seguro de que él ayudará con ese truco,” dijo el padre de Liliana. “Él, Ren y yo idearemos un plan para que tu partida sea convincente.”

“Bien.” Haddon suspiró. “Gracias. Me acabo de dar cuenta de que también debemos tener una explicación por mi regreso repentino a Maddlestow. El rey ha prometido enviar un documento proclamando que por error me creían muerto. Hasta entonces, debemos poder justificar mi regreso. Todos debemos contar la misma historia.”

El padre de Liliana se rascó pensativamente la barbilla. “No debes ser el primer caballero al que se le declara muerto en las cruzadas y después se descubre que está vivo. Podemos decir que estabas cumpliendo una misión secreta y muy peligrosa en el este para el rey. Hay al menos una pizca de verdad en esa explicación.”

Haddon asintió lentamente. “Está bien.”

“En lo que respecta a entrar al castillo sin que otros se hayan dado cuenta,” expresó Liliana, “tengo la respuesta perfecta para eso. ¿Recuerdas, Haddon, cuando encontraste el pasadizo secreto que llevaba desde el solar hasta el patio de armas? ¿Aquel en el que la puerta exterior se abre cerca de la puerta poterna en la pared trasera del castillo? Myles sin duda recordará ese día porque estaba vigilando la poterna cuando de repente apareciste por ahí.”

Haddon se rió suavemente. “Me acuerdo. Le di un gran susto.”

“Lo hiciste. Myles puede decir que te atrapó regresando al castillo a través de ese pasadizo secreto. Hace poco regresaste a Inglaterra y tenías la intención de sorprender a mi padre.”

“Eso suena razonable,” Haddon estuvo de acuerdo. Suspiró con cansancio y volvió a cerrar los ojos.

Un golpe rápido y la puerta de la habitación se abrió. La sanadora entró, llevando una cesta llena de tinajas y vasijas, y un grueso montón de ropa limpia. Al ver el rostro pálido y lleno de cicatrices de Haddon, dudó, luego se acercó a la cama y dejó sus suministros.

“Todavía lleva su cota de malla,” señaló la sanadora.

“Se la quitaremos ahora,” dijo el padre de Liliana. “Teníamos asuntos que discutir.”

Otro golpe en la puerta y varias criadas entraron corriendo con cubos de agua humeante. Otro sirviente llevaba un instrumento de metal, lo arrojó al fuego, y Liliana se estremeció, porque había visto usar un instrumento así antes.

“Habrá que sellar su herida y necesitará muchos puntos,” dijo la sanadora. Su mirada ansiosa recorrió la cámara. “Me temo, milord, que después de beber tanta cerveza, mi vista no es tan aguda como debería ser.”

“Soy bueno con los puntos,” expresó Ren. “Con mucho gusto te ayudaré.”

“Gracias, Lord de Vornay. Ahora, si me perdonan, debo pedirles al resto que se vayan. Nos resultará más fácil trabajar. Haremos todo lo posible para salvar la vida de este hombre.”

“Este hombre es mi *hijo*,” expuso el padre de Liliana, antes de que Liliana pudiera decir una palabra. “Cualquier cosa que debas hacer para salvarlo, hazlo.”

Capítulo once

Con la barbilla apoyada en la mano, Liliana se quedó mirando el fuego menguante. Después de salir de la cámara de Haddon, ella y Averil habían ido a la habitación que usaban para coser, ambas demasiado preocupadas por Haddon como para regresar a la juerga en el pasillo. Rosy, quien estaba demasiado excitada para dormir, se había unido a ellas. La pequeña llevaba un rato jugando con su muñeca. Luego, frotándose los ojos, se acurrucó en el regazo de Averil. Tanto la madre como la hija estaban ahora profundamente dormidas. La cabeza de Averil colgaba contra el respaldo de la silla, mientras la niña dormía con la mejilla pegada al pecho de su madre.

Sonriendo ante la tierna imagen que Averil y Rosy crearon juntas, Liliana volvió a mirar la chimenea. Le dolían los miembros por la fatiga. Sin embargo, no descansaría hasta saber que Haddon estaba bien. Seguramente pronto habría alguna noticia. Si no, iría a la torre norte y preguntaría por su hermano.

Un ligero golpe sonó en la puerta abierta. Ren entró con la capa sobre el brazo izquierdo.

Liliana se levantó rápidamente. "¿Cómo está Haddon?"

"Está durmiendo," dijo Ren en voz baja, acercándose a ella.

"¿Todo salió bien con sus puntos?"

Ren asintió. Tomando sus manos entre las suyas, expresó: "la sanadora cree que con mucho descanso y buenos cuidados, Haddon se recuperará por completo."

"Oh, Ren." Ella lo abrazó con fuerza. "Es una buena noticia."

"La sanadora permanecerá junto a su cama toda la noche," murmuró Ren, con su cálido aliento contra su oído. "Ella convocará a tu padre si surgen problemas, pero espera que no los haya."

Gracias al Cielo, Haddon iba a estar bien.

Alejándose de su abrazo, Ren miró a Averil y Rosy. No se habían movido. Susurrando dijo: "me vendría bien un poco de aire fresco. ¿Te gustaría dar un paseo?"

"Sí. Tendré que pasar por mi habitación y agarrar mi manto y mis guantes."

"Está bien. Nos reuniremos fuera de esta cámara."

Liliana corrió a su habitación. Se puso el manto y, mientras lo abrochaba con el alfiler de la capa, su mirada se posó en el arcón de lino. Una oleada de emoción la recorrió. Abrió el cofre, sacó el paquete envuelto, se lo puso bajo el brazo y fue a encontrarse con Ren.

Ren salió a la almena donde él y Liliana habían hablado antes. El aire frío y pesado de la noche lo sacudió como un golpe helado. Los copos de nieve vinieron del cielo y cayeron sobre su

cabello y su capa. Una suavidad helada rozó su mejilla.

"¡Está nevando! ¡Qué lindo!" Respiró Liliana. Caminando junto a él por la almena, Liliana extendió la mano y cogió un copo de nieve en la palma enguantada. Ella se rió. Sus ojos brillaron a la luz de una antorcha cercana y la alegría iluminó sus rasgos. Copos blancos se posaron sobre su cabello como pétalos de flores. La exquisita belleza de ella lo calentó, no solo en su corazón, sino también en su alma.

Siguieron caminando y el pesado silencio de su entorno se filtró en él. La juerga en el gran salón había terminado. Después de asistir a la misa del ángel en la capilla, la gente del castillo se había ido a dormir. Todavía todo estaba en la oscuridad antes del nuevo día: el de Navidad. Dejó escapar un suspiro y la tensión del regreso de Haddon finalmente se alivió.

Liliana se detuvo junto a una almena de piedra y la miró. Ella se estremeció un poco, pero su sonrisa no se había desvanecido. "Es hermosa, ¿no?"

"Mucho," él estuvo de acuerdo con su mirada recorriendo su rostro.

Los copos de nieve cayeron sobre sus pestañas, obligándola a parpadear con fuerza. Ella volvió a encontrar su mirada y la calidez suavizó sus ojos. La pequeña distancia entre ellos de repente pareció llenarse de calor. "Esta noche," ella dijo en voz baja, "ha sido uno de los momentos más felices de mi vida."

"Estoy complacido."

"Gracias a ti," ella añadió.

Ren sonrió.

"Estoy muy agradecida por todo lo que has hecho, Ren. Sin ti..." Ella tragó con dificultad. "Haddon nunca habría encontrado el camino a casa. En verdad, nunca podré agradecerte lo suficiente."

Podrías agradecerme con un beso, respondió su mente lujuriosa. Sus labios se habían enrojecido por el frío, y esta sería una manera fácil y placentera de calentarlos. En lugar de eso, le tomó las manos. Cuando él levantó sus brazos, sintió una ligera resistencia en el izquierdo. Llevaba algo bajo el brazo, lo que parecía un paquete envuelto.

Al notar su mirada, ella sonrió. Liberando su mano derecha, sacó el paquete atado con cordel y se lo entregó.

"¿Qué es esto?" Él murmuró.

"Ábrelo."

"¿Es un regalo?"

"Sí. Ya es Navidad, así que no hay motivo para esperar."

Estaba a punto de protestar. Él no había traído ninguno de sus regalos para ella. Sin embargo, tal era la anticipación que brillaba en sus ojos, que él simplemente no pudo resistirse. Desató el cordel y retiró los bordes del lino para dejar al descubierto una bolsa de cuero. Los elementos del interior chocaron entre sí con un ruido sordo.

Cuando metió la mano en la bolsa, sus dedos rozaron un objeto sólido y frío. Reconoció la textura y el material: era madera. Un cosquilleo de conmoción y reconocimiento danzaron sobre su nuca, mientras sacaba el tallado que no había visto en muchos, muchos años.

Sus ojos ardieron. "Lo guardaste," él susurró.

"Por supuesto. Lo admito, no estaba completamente segura de que viniera de ti."

"Se lo entregué a uno de los sirvientes para que te lo diera antes de irme de Maddlestow," expresó Ren, recorriendo con los dedos el costado pulido del caballo. "Este fue uno de mis favoritos. Me llevó semanas."

"¿Tú lo tallaste?"

“Sí.”

“Averil tiene razón,” dijo Liliana en voz baja, mientras su tono de voz rebosaba admiración. “Eres un hombre con muchísimos talentos.”

La lujuria se agitó en su ingle. No podía dejar pasar ese comentario. Sosteniendo su mirada, Ren le guiñó un ojo. “Averil no sabe ni la mitad de eso.”

Un hermoso sonrojo coloreó el rostro de Liliana. “Ren…”

Él presionó su dedo enguantado contra sus labios, silenciándola como ella lo había hecho con él antes.

Sus ojos se abrieron como platos.

“No digas una palabra más,” él dijo con voz áspera.

“¿Por qué?” Ella susurró. Sus carnosos labios de color rojo rosa sea movían contra el cuero de su guante. La necesidad lamió sus entrañas y luchó contra un escalofrío.

“Shh,” él dijo, mientras daba un paso adelante, cerrando la brecha entre ellos. Se acercó más y más hasta que su capa presionó contra su manto. Sus respiraciones se mezclaron, eran dos brumosos rizos blancos en el aire gélido. Lentamente, muy lentamente, él deslizó su dedo por sus labios y por su barbilla, hasta colocarlo debajo de su mandíbula. Levantando suavemente su rostro, la miró a los ojos.

Él inclinó la cabeza para besarla. Un suspiro, un sonido de aguda anticipación, surgió de ella cuando sus bocas se encontraron. Sus labios se amoldaron a los de él, tan hambrientos como los suyos. Él gimió profundamente en su garganta, ahogándose en el sabor de ella. El calor de su cuerpo la calentó, mientras los copos de nieve que se derretían en su cara y labios provocaban escalofríos helados recorriendo su piel. Calor y hielo. Muy parecido a su relación, hasta ahora.

Con un gemido impotente, ella deslizó sus brazos alrededor de su cuello, abrazándolo con fuerza. La firme redondez de sus senos se aplastó contra él y su deseo se agudizó, porque él podía imaginar lo perfecta que ella estaría vestida, solo a la luz de las velas, y anhelaba conocerla por completo, en cada hermoso hueco y curvatura de su cuerpo.

Te amo Liliana. Te amo. Siempre te he amado.

De repente, ya no pudo quedarse quieto. Aún besándola, agarrando fuerte la bolsa y el caballo, deslizó sus brazos alrededor de ella y la levantó, alejándola del muro de piedra.

Sus labios dejaron los de él, mientras jadeaba, sorprendida. Él la hizo girar, los dobladillos de su capa y vestido flotaron. Ella se rió y continuó besándolo, la nieve se derritió en sus labios, su lengua se hundió profundamente, y cada beso era más tentador y más perfecto que el anterior.

Finalmente, él la dejó en el suelo. Miró sus ojos brillantes y chispeantes y supo, sin duda, que recordaría ese momento para siempre. No importa lo que sucediera más tarde ese día, lo recordaría.

“¿Ren?” Ella susurró y sus manos apartaron el pelo de su mejilla.

Él le dio otro beso rápido en la boca y se alejó. Miró una vez más al caballo tallado. Luego se lo tendió. “Esto te pertenece.”

“Es un tallado exquisito. Seguramente, ya que lo hiciste, ¿deberías tenerlo?”

Él se encogió de hombros.

“También te di una daga devoradora,” ella dijo, señalando la bolsa. “La envolví en tela.”

“Gracias. Siempre puedo usar un cuchillo para comer de nuevo.” Luego una sonrisa perezosa se dibujó en su boca. “¿Qué tal si compartimos el caballo?”

“¿Compartirlo?” Ella parecía desconcertada. “¿Qué quieres decir?”

La sonrisa de él se amplió. “Para eso, Liliana, tendrás que esperar hasta más tarde.”

LILIANA DESPERTÓ CON UNA SONRISA. *¡Día de Navidad!* Se apresuró a cruzar el frío suelo de su habitación y abrió las contraventanas para dejar entrar la luz del amanecer. Una fina capa de nieve se había asentado durante la noche, pero el cielo estaba azul y despejado, y un oleaje de voces y risas se elevaba hasta ella desde el patio.

Sonriendo, se abrazó a sí misma, con el corazón rebosante de alegría. No sabía exactamente por qué, pero intuía que esta iba a ser la Navidad más feliz de su vida.

Se lavó y luego se vistió con su mejor vestido de seda azul y sus mejores zapatos bordados con hilo azul. Después tomó unos bocados de pan y queso que le dejó una sirvienta, fue a la misa del pastor y se sentó con su padre, Averil, Rosy y Ren. Inclinando la cabeza en oración, dio gracias por el regreso de su hermano.

Una vez terminada la misa, se dirigió al gran salón. El enorme tronco de Navidad, encendido con un trozo de madera carbonizada, guardada del tronco del año pasado, ardía en el hogar. Arreglos de abeto, acebo y velas decoraban cada mesa con caballetes y no pudo evitar maravillarse de lo hermoso que se veía el salón. Su madre habría estado orgullosa.

Burton, que parecía muy recuperado, estaba asegurando trozos de acebo, que se habían caído del centro de mesa, en la mesa del señor. "¿Cómo te sientes hoy?" Le preguntó Liliana.

"Mucho mejor, gracias milady. Debería ser una gran celebración hoy. Me han dicho que la gente del pueblo y de las granjas circundantes está empezando a llegar al patio."

"La cocina estará ocupada," ella murmuró.

Burton hizo una mueca. "Es mejor mantenerse alejado del camino del cocinero. Bramó como un buey cuando hablé con él antes. Obviamente no le gustó que lo interrumpieran durante el último lavado de huevos para dorar la cabeza del jabalí."

Dejando a Burton con los arreglos finales, Liliana regresó a su habitación para recoger sus regalos. Se encontraría con su padre, Ren y Averil en la habitación de Haddon. Su hermano estaba demasiado débil para participar en la mayoría de las celebraciones del día, incluida la gran fiesta, y la sanadora le había aconsejado que permaneciera en cama y descansara. Entonces, las celebraciones (al menos el intercambio de regalos) se llevarían a cabo junto a su cama.

Liliana llamó y entró. Para su sorpresa, Averil ya estaba allí, con Rosy sentada en su regazo. No es de extrañar que Liliana no hubiera podido encontrar a su amiga hace unos momentos. Un bonito rubor recorrió el rostro de Averil cuando encontró la mirada de Liliana y después pasó una mano por el cabello revuelto de Rosy.

"Buen día de Navidad para ti," dijo Liliana.

"Y a ti," respondió Haddon con una sonrisa torcida.

Liliana se acercó a su cama. "Te ves un poco mejor hoy."

"Estoy seguro de que mis agradables visitantes han ayudado con eso," expresó Haddon, con la mirada fija en Averil.

El rubor de Averil se hizo más profundo.

Liliana se ocupó de colocar los regalos en la cama de Haddon. Nunca había visto a Averil sonrojarse así. Haddon debía haberla estado encantando.

Momentos después, sonaron más golpes en la puerta. Su padre y Ren entraron llevando regalos.

"¡Mira los regalos!" Rosy gritó, saltando arriba y abajo de emoción.

La mirada de Ren tocó la de Liliana y ella sonrió. Él le devolvió el guiño y un escalofrío de placer la recorrió.

Mientras todos se reunían alrededor de la cama, Rosy señaló el rostro de Haddon. Una punzada de inquietud atravesó a Liliana, pero antes de que pudiera distraer a la niña, Rosy dijo: "ráscalo."

"Oh." Averil parecía mortificada. "Cuando visitamos el establo el otro día, el mozo de cuadra le dijo a Rosy que no intentara acariciar al gato. De lo contrario, podría rayarse. El hombre nos mostró la marca en su brazo causada por las garras del animal."

"Ráscalo." Haddon se rió y sacudió la cabeza.

El pecho de Liliana se apretó. ¡Ay, piedad! Todo había ido muy bien. No podría soportar que su hermano se ofendiera y se refugiara en su tormento emocional.

"Lo siento, Haddon," dijo Averil en voz baja.

La vergüenza ensombreció los ojos de Rosy y hundió el rostro en el cuello de su madre.

Haddon miró hacia otro lado, al muro de piedra más cercano. Su mandíbula tembló, como si luchara con un dilema interno. Luego volvió a mirar a Averil, con una sonrisa irónica en la boca. "No puedo evitar los comentarios sobre mi cicatriz. La tendré por el resto de mi vida."

"Es cierto," resaltó Averil suavemente, "pero..."

Haddon levantó una mano. "No. Debo aceptar que será difícil de ver para los demás. Si a Rosy le resulta más fácil considerarlo un rasguño, que así sea."

"Es una respuesta muy valiente, hijo," dijo el padre de Liliana, con orgullo en su voz.

"Una respuesta sabia," Ren estuvo de acuerdo.

"Para ser honesto, Haddon, cuando te miro," expresó Averil, "no veo la cicatriz. Veo al joven y apuesto y brillante señor que conocí hace años."

"¿El hombre que… querías besar?" Haddon murmuró.

"El mismo," coincidió Averil con una sonrisa tímida.

Haddon sonrió. Su alegría era tan profunda que Liliana no pudo contener una risita. Con un sobresalto de sorpresa, Liliana se dio cuenta de que Averil debía haberse referido a Haddon cuando, en el cuarto de costura, había hablado de un joven al que había admirado años atrás.

Uno por uno, abrieron sus regalos. Haddon se quedó quieto cuando vio la caja que Liliana le había comprado, y cuando abrió la tapa, las lágrimas brillaron en sus ojos. "Gracias, Lil."

"Es un placer," murmuró.

Averil estaba encantada con su peine y su padre estaba contento con el cuchillo. A Rosy le encantaban los gatitos de tela y arrulló de alegría cuando Ren le entregó un perro de madera tallada. Ahora estaba sentada en el suelo, jugando con sus gatos y su perro, mientras el resto terminaba de abrir los regalos.

Por fin, solo quedaba un regalo: el segundo regalo de Ren para Liliana. Él ya le había regalado una delicada pulsera de plata, pero le había prometido que vendría otro regalo.

"Lo guardaste deliberadamente para el final," ella dijo con una mueca burlona. Él rodeó la cama y ella se levantó para recibirlo, mientras él le entregaba el pequeño paquete envuelto.

"Lo guardé para el final." Una luz misteriosa tocó sus ojos. "Cuando lo abras, verás por qué."

Presionó con los dedos el pequeño paquete, tratando de adivinar qué había dentro. El objeto era redondo, duro y...

"*¡Lil!* Ábrelo."

¿Por qué Averil parecía tan emocionada? ¿Qué sabía su amiga más querida que ella no?

El pulso de Liliana se aceleró, mientras separaba el hilo y luego los bordes de la tela. Dentro había un anillo tallado en madera. Parecía que unas estrellas habían sido grabadas en la banda.

Las lágrimas llenaron sus ojos. "¡Oh!"

"Como le dije a tu padre, traté de comprarte un anillo de oro," indicó Ren, sonando tímido.

“No pude encontrar uno que pensé que te gustaría. Te hice este de madera por ahora, hasta que encontremos uno que te guste más.”

“No puedo imaginar encontrar uno que me guste más,” ella susurró.

Las botas de cuero de Ren crujieron y luego se arrodilló ante ella y tomó su mano derecha entre las suyas. Deslizó el anillo de madera en su dedo. “¿Me harías el mayor honor de mi vida y te casarías conmigo?”

La alegría que había sentido esa mañana se disparó dentro de ella. Ella sonrió, lágrimas de felicidad brotaron y se deslizaron por sus mejillas.

“¿Y bien, Liliana?” Preguntó Ren. Parecía intranquilo, como si le preocupara que ella dijera que no.

“A estas alturas,” ella dijo suavemente, “creo que puedes llamarme *Lil*.”

Él sonrió. “*Lil*, ¿quieres...?”

“Lo haré.”

Averil chilló. Su padre rugió y aplaudió.

“¿Tú…?” Dijo Ren. Luego, con un grito triunfante, él se puso de pie y ella estaba en sus brazos, sus labios sobre los de ella, demostrándole cuánto la amaba.

“¡Oh! *Lil*,” llamó Haddon desde la cama. “Ven y dale un abrazo a tu hermano.”

Ella lo hizo, teniendo cuidado de no tocar su hombro vendado. Cuando sus brazos lo rodearon y él le devolvió el abrazo, ella suspiró de satisfacción. Días atrás, nunca hubiera creído que se enamoraría de Ren, o que su hermano, al que creía muerto, regresaría a casa.

Los milagros realmente se hicieron realidad en Navidad.

Epílogo

El pueblo cerca de Maddlestow Keep.
Abril, 1195.

Liliana detuvo su yegua en la plaza, cerca de la iglesia. La alegre multitud de hombres, mujeres y niños que habían seguido la procesión nupcial la rodearon, y sus gritos de júbilo casi ahogaron la alegre canción interpretada por los músicos, quienes habían abierto el camino a través del pueblo.

A su lado, Averil también detuvo su caballo. Más gente alegre se alineaba en el camino de piedra que conducía al pórtico de la iglesia.

A la sombra de esa estructura, Haddon y Ren esperaban con el sacerdote del pueblo. La luz del sol brillaba sobre los bordados de oro y plata de sus prendas. Ambos señores estaban vestidos con sus mejores ropas y hasta tenían sus botas lustradas. Liliana sintió que la mirada de Ren se posaba sobre ella y luchó contra un escalofrío de emoción. Aun así, después de todos los meses que habían estado comprometidos, solo una mirada ardiente de él podía acelerarle el pulso.

¿Ren también estaba nervioso? En verdad, ninguno de ellos debería estar ansioso. Ella, Ren, Averil y Haddon habían acordado la doble boda hacía meses. Al discutir dónde se casarían, notaron que las tierras de Ren estaban a cierta distancia. Las ricas propiedades que el padre de Liliana le había dado a Haddon estaban más cerca. También lo era la propiedad que Averil había administrado desde la muerte de su marido, pero ella y Haddon habían decidido vivir parte del año, en cada una de sus propiedades. En una cosa ambas parejas habían estado de acuerdo unánimemente: sus días en Maddlestow los habían unido, por lo que debían casarse en la iglesia del pueblo.

Ahora que el día estaba sobre ellos...

"¿Estás lista?" Averil la llamó. Ella estaba preciosa con su vestido plateado, bordado con flores de color gris oscuro, y su cabello recogido sobre su cabeza y salpicado de flores de manzano.

"Lo estoy." Liliana sonrió. Su padre, esperando pacientemente, extendió la mano para ayudarla a bajar de su yegua, cuya melena estaba trenzada con cintas y flores de principios de primavera. Sus pies tocaron el suelo e instintivamente se pasó las manos por su vestido fluido de seda dorada pálida. El corpiño y el dobladillo brillaban con un intrincado diseño floral elaborado con hilo dorado. Su cabello trenzado estaba enrollado alrededor de su cabeza como el de Averil, aunque también llevaba una diadema con perlas y gemas, y un velo largo.

Su padre entrelazó su brazo con el de ella. "Te ves hermosa, Liliana."

"Gracias." Ella lo besó en la mejilla. "Y tú te ves muy guapo."

Su padre se rió entre dientes y le dio unas palmaditas en la mano, luego extendió el otro codo para que Averil deslizara su brazo.

Rosy, vestida con un vestido de seda amarillo claro, estaba parada al comienzo del camino, sosteniendo una canasta de flores de manzano. Las cabezas de los tres gatitos de juguete asomaban de la cesta. Con un gesto de Averil, la niña comenzó a caminar por el sendero, esparciendo flores y pétalos.

Juntos del brazo, Liliana, su padre y Averil emprendieron el camino.

El ruido de la multitud se disparó.

Entre los simpatizantes, Liliana reconoció a la sanadora que había trabajado incansablemente para tratar la herida de Haddon, Burton y su esposa, sonriendo y saludando, y Myles, con su rostro curtido por el sol y una sonrisa orgullosa.

Se acercaron al pórtico. Ren intercambió palabras con Haddon y ambos hombres sonrieron. Podía imaginar de qué estaban hablando. Ren había bromeado la otra noche diciendo, que una vez casados, tendría derecho a robarle la ropa cuando quisiera: por la mañana, durante la noche o en cualquier momento intermedio. Su voz se había reducido a un gruñido sensual que la había puesto caliente e inquieta, y luego la había besado, tan profundamente que...

"Lil." Era la voz de Ren.

Ella parpadeó. Habían llegado al pórtico. El sacerdote estaba de pie frente a ella, sosteniendo una Biblia abierta y los anillos de boda descansando cerca de la encuadernación central.

Las cejas oscuras de Ren se alzaron. "¿Perdida en tus pensamientos, Lil?"

Ella sonrió dulcemente. "No te importa."

Una sonrisa perezosa apareció en los labios de Ren. "Más tarde, entonces, te preguntaré qué estabas pensando."

Haddon se rió entre dientes y su mirada amorosa se centró en Averil. Estaba deseando convertirse en marido y padre. Liliana sabía que él destacaría en ambos.

Mientras la multitud se calmaba y el sacerdote comenzaba la ceremonia, Liliana dijo una oración silenciosa de agradecimiento por que ella y Ren se hubieran encontrado. Serían felices en su vida matrimonial.

La mano de Ren se deslizó entre la de ella y Liliana saboreó la maravillosa sensación de ser suya. Su enamoramiento podría haber requerido uno o dos milagros, pero ahora, juntos, lo habían hecho para siempre.

PASA a la página siguiente para un extracto de *A Knight's Temptation*, tercer libro de la serie de Caballeros de Catherine Kean.

Extracto traducido de A Knight's Temptation

KNIGHT'S SERIES BOOK 3

Resumen del libro:

Cuando Lady Leona Ransley ve al audaz guerrero que entra en la taberna, lo reconoce: Aldwin Treynarde, el hijo del conde que casi le causa la muerte hace doce años y el único hombre que la ha besado. Sorprendida, lucha contra sus emociones, decidida a entregarle el colgante de rubí robado, recibir la recompensa y desaparecer.

Aldwin siente que esa belleza de voz ronca es más de lo que parece. Quizás ella conozca el paradero de los enemigos de su señor. Ella también podría ser su medio para ganar lo que más desea: el título de caballero.

Tomando a Leona como rehén, se la lleva. Ella lucha contra él en cada ocasión que se le presenta. Aldwin desea a su cautiva más que a cualquier mujer que haya conocido, y cuando descubre quién es ella realmente, tiene una última oportunidad de proteger su vida. Solo resolviendo lo que pasó entre ellos hace años y luchando, uno al lado del otro, podrán Aldwin y Leona derrotar a los traidores y rendirse a su mayor tentación: el amor.

Capítulo uno

Moydenshire.
Verano de 1195.

Si el infierno fuera un lugar en la Tierra, este podría ser el lugar.

Con la mano derecha en la empuñadura de su espada, Aldwin se paró a la sombra de un roble afuera de la taberna Raging Bull. La brisa nocturna susurró, y con su mano libre, se tapó la nariz con la manga de su capa para sofocar el hedor que flotaba desde el establo, a unas yardas de distancia. Venía un mal olor, combinado con el humo que silba de los leños mojados en el fuego, fuera de la taberna… ¡Uf!

Parpadeando contra la brisa humeante, él se concentró en las risas y las voces que salían de la taberna en ruinas durante esa noche. Una luz de color amarillo anaranjado sobresalía de las paredes agrietadas de adobe. Este lugar se adentraba en la oscuridad como mechones de pelo, dándole el aire de una prostituta desesperada que, pasado su mejor momento, luchaba por seguir pareciendo atractiva.

Un rugido surgió de los borrachos junto al fuego, que aún no lo habían notado. El humo se elevó alrededor del grupo, en su mayoría granjeros y campesinos, mientras la luz del fuego proyectaba sus rostros en grotescas máscaras naranjas. Ninguna de las personas parecía poseer el invaluable rubí colgante que buscaba para su señor, Geoffrey de Lanceau. Aún así…

"¡Oye! Te pedí que te hicieras a un lado," se quejó uno de los borrachos.

El hombre tambaleante a su lado se burló. Los dos intercambiaron golpes.

"¡Apuestas! ¡Apuestas!" Gritó otro borracho por encima de los gruñidos de dolor de los luchadores.

Los demás aplaudieron.

"Sangre sagrada," murmuró Aldwin. Todo lo que necesitaba era enfrentarse a una sangrienta pelea.

"Agarra el colgante y vete lo más rápido posible," había ordenado el señor de Lanceau en Branton Keep, días atrás, con su mirada sombría de color gris acero. "Cuanto menos sepan de la joya perdida, mejor." Él desvió la mirada con sus ojos ensombrecidos por el remordimiento. "No puedo decepcionar a mi esposa, Aldwin. No cuando ella soportó un parto tan difícil para darme una hermosa hija. No cuando durante semanas le prometí a mi amor un regalo maravilloso."

"Entiendo, milord," dijo Aldwin.

La expresión del señor de Lanceau no cambió. Mientras Aldwin se preguntaba si Su Señoría lo habría oído hablar, ese rostro se contrajo de odio. "Como usted sabe, el hombre que debía entregarme la joya desde Londres ha desaparecido. He oído rumores de que el barón Sedgewick de Avenley y esa perra intrigante, Veronique, están en este lugar de Inglaterra. No dudo que intentarán socavar mi gobierno. Me destruirán por frustrar sus planes asesinos de hacerse con el control de Moydenshire hace años. Harán todo lo que puedan para lastimar a mi familia. Si llegaran a tomar posesión del colgante…"

La forma en que las palabras de su señor terminaron en silencio hizo que un sudor frío cayera por la frente de Aldwin. Conocía muy bien la naturaleza malvada y manipuladora del barón. Debido a las mentiras del barón, Aldwin había disparado una ballesta al pecho del señor de Lanceau hacía tres años, después de la batalla de Wode. Casi había matado a Su Señoría, un error que Aldwin lamentaba profundamente. Luchó por reprimir esa intensa mortificación.

Si completaba esta misión para su señor, ¿podría finalmente recibir el título de caballero? Así Aldwin anhelaba convertirse en uno de los caballeros del señor de Lanceau para finalmente superar la deshonra que manchaba su pasado.

"Veronique y el barón no obtendrán la joya, milord," prometió Aldwin. "Haré lo que sea necesario para entregártela sana y salvo, tal como lo ordenó."

La dura mirada del señor de Lanceau se cruzó con la suya. Asintiendo, él dijo: "toma tantos hombres armados como desees. Caballos, armas..."

"Voy solo."

"¿Solo?"El señor de Lanceau frunció el ceño. "No sabemos quién me envió la noticia del colgante aquí en Branton Keep."

"Al ir solo, despierto menos sospechas," expresó Aldwin.

"No permitiré que caigas preso en una trampa."

La preocupación en la voz del señor de Lanceau retorció el estómago de Aldwin. Pensar que casi había matado a este hombre honorable que había traído paz y prosperidad a Moydenshire... "Soy muy capaz de defenderme, milord. Además, si esta misiva es una artimaña, el remitente estará, o los remitentes estarán esperando un convoy de jinetes armados. No esperan que un

solo hombre se mueva entre ellos, tome el colgante y desaparezca."

Una leve sonrisa apareció en la boca del señor de Lanceau. "Muy bien. Si no regresas dentro de cuatro días, enviaré a mi ejército a buscarte."

"No le fallaré, milord."

La mano del señor de Lanceau se apretó en un puño. "No deberías. Muchas vidas pueden depender de tu éxito. Incluyendo el mío."

Un grito devolvió la atención de Aldwin al fuego ardiente. Cuatro hombres estaban peleando ahora. Echando un vistazo al edificio de dos pisos, grabó mentalmente las entradas y salidas, y luego salió de las sombras que ocultaban los árboles.

Bordeando a los combatientes, él se dirigió hacia la puerta de la taberna. El humo flotaba a su alrededor, escociéndole los ojos. Sus prendas apestarían a humo durante el resto de la noche. Alcanzó la manija torcida de la puerta, no eran más de tres trozos de madera desgastados martillados juntos.

Antes de que sus dedos conectaran con la manija, la puerta se abrió con el crujido de bisagras oxidadas. Aplausos ligeros y obscenos estallaron en la noche, y un borracho con cara de viruela salió tambaleándose. Aldwin pasó junto a él y entró en el interior poco iluminado.

El hedor (cuerpos sin bañarse durante meses, restos de comida podrida aplastados contra el suelo y un fuego mal ventilado) le revolvió el estómago. Entrecerrando los ojos llorosos, se pasó una mano por la cara para protegerse de un estornudo y caminó hacia adelante.

En alguna parte de este miserable lugar estaba la persona que le entregaría el colgante.

O, como advirtió el señor de Lanceau, esto era una trampa.

Aldwin examinó la habitación, iluminada por el hogar en la pared opuesta y velas amontonadas en candelabros. Dirigiéndose hacia el bar lleno de gente, se permitió mostrar una sonrisa. Cualquier hombre que pensara en atacarlo se enfrentaría a una dura pelea.

A medida que se acercaba, varios hombres se apartaron de la barra de madera y le lanzaron miradas adormiladas. El cantinero, frotando la parte superior del bar con un trapo sucio, miró hacia arriba. Su mirada se posó en la espada de Aldwin y su boca gorda tembló, como si se preguntara por qué Aldwin había puesto un pie en su local.

"¿Una bebida, milord?" Dijo el dueño del bar. El sudor le salpicaba la frente, un signo de conciencia culpable. ¿Creía que Aldwin había venido a exigir una deuda impaga? O tal vez ese patán estaba en una trampa.

"En un momento." Aldwin se situó en el mejor punto de vista para evaluar la habitación y la puerta de la taberna.

"Solo házmelo saber." El hombre logró esbozar una sonrisa nerviosa antes de secarse la cara con el trapo. "Te daré la bebida en ese momento."

Aldwin asintió en señal de agradecimiento. Las sillas chirriaron por la habitación. Dos hombres estallaron en carcajadas estridentes, mientras una ramera, envuelta en una bata de lino, se acercaba sigilosamente a un grupo de hombres y les hacía señas para que se acercaran a ella. Tenía una figura encantadora. Sin embargo, por su aspecto, reflejaba edad suficiente para ser su madre.

"Difícilmente es una moza para ti, te lo digo," expuso un hombre cercano.

Aldwin percibió diversión en la voz baja y levemente ronca. Su mirada se deslizó hacia el hombre nervudo, quien estaba parado junto a la barra, que apenas llegaba al hombro de Aldwin. Con el pelo gris despeinado hasta los hombros, una nariz puntiaguda y brillantes ojos azules, el hombre parecía una criatura arrancada de los libros de historia.

Un gemido silencioso retumbó en la garganta de Aldwin. Lo último que quería era verse

arrastrado a una conversación sin sentido. La charla tonta podría resultar una distracción mortal. Incluso en un cuchillo en la espalda, antes de que sintiera a un agresor.

Distraerlo podría ser el propósito de ese hombre.

“Disculpe.” Aldwin se alejó de la barra.

La mano del anciano salió disparada. Sus dedos nudosos, sorprendentemente fuertes, apretaron la manga de la capa de Aldwin. “La mujer que deseas...”

Aldwin miró al anciano.

“... tiene labios tan rojos como rubíes.”

Aldwin se tensó y luego hizo a un lado su asombro. Era posible que ese anciano no supiera nada del colgante. Sus palabras podrían ser simplemente una coincidencia.

“Rubíes,” repitió Aldwin con una leve sonrisa. “Suena muy tentadora.”

Una sonrisa de respuesta apareció en la boca del hombre, revelando el espacio entre sus dientes frontales. Parecía un gnomo descarado. “Sí, milord, pero lo es.” Le guiñó un ojo. “Exquisita.”

La anticipación hormigueó en la base del cráneo de Aldwin. O el hombre estaba intentando venderle los servicios de una prostituta (por un precio exorbitante que pronto revelaría), o estaba indicando que tenía información sobre el colgante del señor de Lanceau. En cualquier caso sería mejor que Aldwin no pareciera estar demasiado emocionado.

Mirando intencionadamente hacia la mano marchita apretada en su capa, Aldwin dijo: “estoy intrigado, viejo. Me gustaría ver ese… premio.”

El hombrecillo sonrió radiante. Inclinando su salvaje cabeza gris, expresó: “esperaba que lo hicieras.” Retiró la mano y luego la hizo girar en un cortés gesto de aliento. “Sígueme.”

Leona estaba en la oscura habitación trasera de la taberna, bebiendo una jarra de cerveza, la cual estaba podrida, amarga y aguada, pero al menos esta le calmaba los nervios.

Echó la cabeza hacia atrás, bebió otro sorbo, se encogió y luego dejó la taza de barro desconchada en el alféizar de la ventana, junto a la vela encendida. Se pasó la trenza hasta la cintura por encima del hombro y jugó con la tanga de cuero. Debía hacer algo, cualquier cosa, aparte de pasear de un lado a otro por esta habitación mugrienta, que olía a barriles húmedos y sacos de harina mohosos.

Sin embargo, ella esperaría.

Cuando llamaron a la puerta, ella debía estar lista.

Sir Theodore Wrenleigh (lo había llamado cariñosamente Twig, desde la infancia, porque le recordaba a un árbol larguirucho) se había retirado por un tiempo, prometiendo informar tan pronto como tuviera alguna noticia. Su compañero de armas, Sir Reginald Themdale estaba de guardia en el pasillo exterior.

“Milady, espere aquí. Escuche la señal.” Twig había levantado la mano para detener sus objeciones, antes de que ella hubiera pronunciado una palabra. “Hay mucha gente en la sala principal. No es el lugar para usted en absoluto.”

“Twig…”

Él había golpeado su escuálido puño en el frente de su capa, con expresión solemne. “Milady, estas son circunstancias inusuales, y soy un hombre de palabra. Hice una promesa antes de salir de Pryerston Keep. Preferiría cortarme los dedos de los pies antes que verla sufrir.”

Leona suspiró al recordarlo. El querido y bondadoso Twig. El sobreprotector e irritante Twig.

Debería ir junto con él, salir al pasillo y dirigirse a un rincón oscuro de la taberna, donde ayudaría a vigilar al hombre que el señor de Lanceau envió a recoger el colgante. Nadie la reconocería como una mujer noble, oculta por la capa andrajosa, que la cubría desde la cabeza hasta los tobillos. Además, no era una doncella frágil que dependía de otros para defenderse.

Ella había empezado a decírselo cuando estallaron los gritos en la taberna principal.

"Si te sucede algo malo," había dicho Twig en voz baja, "¿quién cuidará de Pryerston?"

La tristeza había profundizado su voz, y, en ese momento, el desafío dentro de ella se había derretido. Porque él hablaba con la verdad. Su padre, borracho todos los días desde la trágica muerte de su madre, durante la primavera pasada, apenas podía atender sus propias necesidades. Leona no tuvo más remedio que hacerse cargo de la gestión del torreón, trabajar junto a los sirvientes y velar por las decisiones necesarias, pidiendo, sin embargo, que sus esfuerzos se mantuvieran en secreto. Como señor, su padre merecía el respeto de sus súbditos, ya que todavía era el gobernante del castillo.

Es decir, antes de que llegaran el barón y Veronique.

Pensar en ellos despertó una oleada de furia tan intensa que apretó los dientes. "Muy bien. Esperaré."

Twig había sonreído con su manera galante. "Gracias." Y luego él y Sir Reginald se fueron, cerrando la puerta detrás de ellos.

Se dio la vuelta y caminó por el suelo, pasando por barriles de cerveza vacíos y una caja de madera llena de velas. Aunque estaba deteriorada, la taberna, ubicada aproximadamente a medio camino entre Branton y Pryerston, era el lugar perfecto para intercambiar el colgante robado por la recompensa que ofreció el señor de Lanceau. Pagarle a un músico viajero para que entregara la misiva que ella había escrito sobre el intercambio fue idea de Twig, y una buena idea, ya que el hombre no tenía ninguna conexión con Pryerston.

Nunca había conocido al señor de Lanceau, pero por lo que había oído, no era tonto. Si ella hubiera enviado a uno de los sirvientes de la fortaleza, lo habrían arrestado, interrogado y obligado a revelar cómo la joya llegó a estar en Pryerston. Por mucho que Leona quisiera deshacerse del colgante, no se arriesgaría a implicar a su padre como traidor.

Además, se recordó a sí misma que el dinero de la recompensa ofrecida se necesitaba desesperadamente para reponer las arcas de Pryerston. Luego, podrían comenzar las reparaciones atrasadas en el torreón. Y, por fin, Leona tendría dinero para comprarle zapatos a Adeline, la pequeña hija del cocinero de Pryerston, especialmente hechos para ayudarla a enderezar sus piernas arqueadas por su difícil nacimiento. Aunque Adeline caminaba sin cojear y corría tan rápido y tan bien como las otras niñas de su edad.

Algunos de los recuerdos más felices de Leona fueron cuando corrió con Ward por los prados cerca de Pryerston. ¿Qué niño, campesino o noble, no quería esa libertad?

¡Crash! Leona saltó ante el sonido que provenía de la parte principal de la taberna. Dio la vuelta sobre el talón de sus gastadas botas de cuero y volvió sobre sus pasos, esperando que Twig no tardara mucho más.

¡Ah! Padre. No importa lo que hayas hecho, todavía te amo.

Dos golpes hicieron temblar la puerta de la cámara.

Era la señal.

La mano de Leona instintivamente voló hacia su pecho. Sus dedos rozaron el rubí de forma ovalada del tamaño de un huevo de petirrojo y engastado en un delicado marco de oro, escondido debajo de su ropa. La joya colgaba de una cadena de oro y descansaba justo encima de su escote, debajo de su camisa de lino. La misma estaba segura contra su piel desnuda. Por lo que el

colgante no podía ser arrebatado sin su conocimiento.

O consentimiento.

Dos golpes más, un poco más fuertes.

El hombre del señor de Lanceau se acercaba.

Su pulso se convirtió en un trueno. Anhelaba sacar la daga de su bota derecha, como medida adicional de seguridad, pero el hombre del señor de Lanceau podría interpretar eso como una amenaza. No quería que ningún malentendido retrasara el intercambio.

Con dedos temblorosos, revisó la capucha de su capa, bajándola lo más posible para ocultar completamente su rostro. El sudor humedeció sus palmas. Le temblaron las piernas, como lo habían hecho aquel día de verano cuando estaba parada en la orilla rocosa del estanque, en el borde del bosque, tratando de ignorar las burlas de su hermano, mientras se preparaba para saltar al agua profunda, aunque no estaba segura de poder nadar hasta la orilla.

Se oyeron pasos fuera de la puerta. La tela rozó el panel tosco.

Leona respiró profundamente.

Hago esto por ti, padre. Porque te amo y no dejaré que destruyas tu vida.

La puerta crujió hacia adentro. Una luz nebulosa se derramó sobre el suelo de tierra.

Twig, de pelo revuelto, estaba en la puerta. Detrás de él, con la mano preparada para desenvainar su espada, Sir Reginald miraba fijamente a alguien que estaba justo fuera de su vista.

Twig se llevó la mano a la frente (obviamente intentó distinguirla en la habitación oscura), antes de inclinarse y entrar. “Por aquí,” dijo, indicando a la persona que lo seguía para que entrara.

Leona enterró sus manos inestables en los pliegues de su capa, mientras pasos audaces sonaban detrás de Twig. Un hombre alto dominaba el espacio fuera de la puerta y su bota derecha estaba a un pelo del umbral. Con una mano en su espada envainada, él miró hacia adentro, luego escudriñó a Sir Reginald, antes de volver a mirar hacia la habitación en sombras.

El recelo la invadió. Él le resultaba familiar, de alguna manera. No podía decir por qué.

Su mirada se movió, como un halcón evaluando el paisaje ante él. ¡Eso estaba mal! Era un hombre imponente. La capucha de su capa cubría la coronilla de su cabeza, pero su cabello rubio creció lo suficiente como para deslizarse por los espacios, donde su capucha se encontraba con su hombro. Sin duda, prefería una vista completa y sin obstáculos de su entorno, ya que su rostro no estaba oculto.

Él dio otro paso adelante, haciendo que la luz cayera sobre sus rasgos.

Qué cara…

Austero. Hermoso. Un rostro tan atractivo que lo recordaría por el resto de sus días. Pómulos angulosos y una mandíbula fuerte se compensaban con su nariz esbelta y noble. Sus ojos eran azules. No era el azul cálido de un joven e inexperto luchador ansioso por complacer a su señor, pero era el azul helado de un cielo invernal. Esa era la mirada de un guerrero endurecida por la astucia y la resolución.

Cuando su cabeza ladeó y su atención se deslizó hacia el rincón más alejado de la habitación, ella reconoció rastros de alguien que conocía.

De cuando eran niños.

Se le cortó el aliento, como si su mirada fría la atravesara. El Cielo está arriba. ¿Podría estar equivocada? ¿Podría ser este hombre alguien más que Aldwin?

No lo había visto desde el accidente hace años. No había querido volver a verlo nunca más. Había oído hablar de él, sí. ¿Quién no conocía la popular *canción de gesta* que cuenta la gran

batalla en la que le disparó a Lord Geoffrey de Lanceau con una ballesta a muchas yardas de distancia? El disparo casi imposible fue contado con asombro y horror. La mayoría de los hombres habrían muerto a causa de tal herida, pero se decía que el verdadero amor del señor de Lanceau por Lady Elizabeth Brackendale le había dado la fuerza de espíritu para superar su grave herida y vivir.

La canción de gesta era todo lo que había conocido de Aldwin a lo largo de los años.

Hasta hoy, cuando sus vidas se habían tocado nuevamente.

La mente de ella daba vueltas, resucitando el dolor y la ira de años atrás. Estuvo atada al árbol. La abeja la picó. El río.

Como si sintiera la conmoción que brotaba desde su interior, la mirada del hombre se posó en ella. De pie al fondo de la habitación, con la luz de la vela detrás de ella (deliberadamente) y la capucha que cubría sus rasgos, Leona dudaba que él pudiera distinguir su rostro.

Aún así, no podía detener el horrible revoloteo de su estómago. Tenía que saber si este hombre era Aldwin. Porque si lo fuera y la reconociera, todo estaría perdido.

Lea el resto de la aventura romántica de Aldwin y Leona en: *A Knight's Temptation*.

Acerca de Catherine Kean



Catherine Kean es una autora galardonada de novelas románticas medievales publicadas en Kindle Unlimited, con todas las estrellas. Su musa creativa la ha convencido a escribir también en otros géneros románticos. Escribió su primer romance medieval, *A Knight's Vengeance*, mientras su hija pequeña dormía la siesta, y ahora tiene una lista de más de 20 libros publicados.

Las novelas de Catherine se imprimieron originalmente en edición de bolsillo y varias se publicaron en ediciones extranjeras: checas, alemanas y tailandesas. Ha ganado numerosos premios por sus historias, incluido el Premio a la Excelencia Gayle Wilson. Sus novelas también han sido finalistas en los premios Next Generation Indie Book Awards, los National Readers' Choice Awards e International Digital Awards (dos veces).

En 2019, ella fundó CPC Publishing con el autor Wynter Daniels y está ocupada escribiendo libros para la serie Cat's Paw Cove Romance.

Cuando no está trabajando en su próximo libro, a Catherine le gusta cocinar, hornear, visitar tiendas de antigüedades, ir de compras con su hija y hacer jardinería. Vive en Florida Central con dos gatos rescatados que están mimados.

Contactando a Catherine

Página web

Facebook

Catherine Kean. Autora de novelas románticas históricas en Facebook

Página de la autora en Amazon

BookBub

Goodreads

Historias románticas en Cat’s Paw Cove

Libros de Catherine Kean

¡Gracias por leer mis historias!
Por favor, consulta la lista completa de mis libros en mi página de autor de Amazon (en inglés):

https://www.amazon.com/Catherine-Kean/e/B001JOZEMU/

Novelas románticas históricas

A Knight and His Rose
A Knight to Remember
A Knight's Desire
A Legendary Love
Bound by His Kiss
Dance of Desire
Her Gallant Knight
My Lady's Treasure
One Knight in the Forest
One Knight Under the Mistletoe
One Knight's Kiss
That Knight by the Sea

Serie de novelas de caballeros

A Knight's Vengeance (Knight's Series Book 1)
A Knight's Reward (Knight's Series Book 2)
A Knight's Temptation (Knight's Series Book 3)
A Knight's Persuasion (Knight's Series Book 4)
A Knight's Seduction (Knight's Series Book 5)
*A Knight's Redemption (*Knight's Series Book 6)

"Boxed Sets"

The Knight's Series: Books 1-5

Novelas románticas paranormales

A Witch in Time

Hot Magic

Detalles del copyright

Catherine Kean

P.O. Box 917624

Longwood, FL 32791-7624

Visite la página web de Catherine

One Knight Under the Mistletoe.

Copyright © 2014. Catherine Kean.

Diseño de la portada Kim Killion, The Killion Group.

Este libro tiene una licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de la autora.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o han sido utilizados de manera ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos, lugares u organizaciones reales es totalmente coincidencia. Reservados todos los derechos. Con la excepción de las citas utilizadas en las reseñas, este libro no puede reproducirse ni utilizarse, total, o parcialmente por ningún medio existente sin el permiso por escrito de la autora.

.